

para la

860-4(1866) Clases
Ch 431

Biblioteca Nacional

HONORES Y BOHEMIA

DE MI REINADO

RECUERDOS DE MIAMI

POR

SARA CHACON

(SEÑORITA ECUADOR)



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
No. 8719 / NO. 1992
PRECIO D. NACION

Artes Gráficas "Senefelder" - Guayaquil

003671 - J. Boulevard Nueve de Octubre 713

**DERECHOS RESERVADOS
PROHIBIDA SU REPRODUCCION**



DEDICATORIA

A GUAYAQUIL

Con el mismo fervor con que Guayaquil me ungió con su voto para que representara al Ecuador, mi amada Patria, en el certamen latino-americano de belleza de Miami, le dedico esta modesta ofrenda de recuerdos de un efímero reinado de triunfos y de bohemia, que dirá siempre lo mucho que quiero a mi País y los esfuerzos sinceros y entusiastas que hice por dejar bien puesto su nombre en el extranjero, y en alto, muy en alto, como se merece, el de la virtuosa y bella mujer ecuatoriana.

Nada de extraordinario se hallará en estas páginas, que no sea la ingenuidad de un corazón femenino, el alma de una mujer patriota y un conjunto de graciosos y originales episodios, quizá de romántica bohemia, que son a manera de sonrisas amables del recorrido por Miami.

Las dedico a Guayaquil, que me ha hecho sentir todo el calor de su noble entusiasmo y apreciar, aun mucho más, sus legendarios timbres de generosidad, hidalguía y caballeridad.

Y en especial, estas páginas son para la mujer, cuya representación he tenido el inmerecido honor de llevar con orgullo en tierras extranjeras.

Guayaquil, mayo 24 de 1930.

Sara Chacón

ECOS DEL TORNEO

Alegato lírico en favor de la candidatura de la Srta. Sara Chacón, sostenido en el Teatro Olmedo por el Dr. Francisco Uribe.

Honorable Jurado, Señoras y señores:

Cuando, en las últimas horas de ayer, con el amable y reiterado imperativo de una señaladísima distinción, los entusiastas organizadores de este qué, como primero, será un histórico certamen de civismo en las bellas conquistas de la espiritualidad ecuatoriana, me invitaron a que hiciera en la hermosa fiesta de hoy el elogio de la Srta. Sara Chacón—la elegida de las simpatías, como que es la personificación del alma encantada de nuestra tierra—no pude menos que responder afirmando que todo elogio de palabra estaba demás ante la elocuencia apologética de su propia persona, la cual es el mejor poema a su hermosura, escrito en versos reales por el Divino Hacedor, con la tinta negra de sus grandes ojos soñadores, que son luz e inspiración, y ceñido a la sintaxis lírica de sus líneas, que evocan las de las deidades olímpicas, como si el modelo hubiese sido el mismo de sus formas esbeltas y ágiles, hechas de corolas de lirios, al no haber nacido cabe las márgenes del rumoroso Guayas y haberle copiado a las palmeras la arrogancia de su talle, mientras los atardeceres apacibles coloreaban su finísima y sonrosada tez y se adentraban los crepúsculos en esa suave y exquisita melancolía de su expresión, que es sonrisa de aurora y tierna caricia de plenilunio, a cuyo amoroso conjuro se ha plasmado su virginal belleza.

Pero los postreros retoques de orfebrería para la elección de la Reina que habrá de llevar a las fiestas de Miami los prestigios y timbres de la mujer ecuatoriana—que son los de esta fiesta memorable—decidieronme, no ciertamente a hacer el elogio de la por mil títulos primorosa candidata Srta. Sara Chacón—quien no ha menester de ello, toda vez que había de encontrarse en presencia de vosotros, atenta al veredicto justiciero que le diciterna el título de Srta. Ecuador, en mérito a los genuinos rasgos de belleza de la mujer que encarna el espíritu y los peculiares encantos de nuestra raza—sino a condensar en desaliñadas frases los sentimientos ardorosos de la noble sociedad y pueblo de Guayaquil, que al unísono con el País entero, vibran de entusiasmo anticipándose al triunfo de la que es ya su ídolo; porque nadie como ella resume en proporciones más equilibradas y uniformes lo que hay de verdaderamente bello en nuestra tierra: el sol del trópico que dora nuestros trigales y esmalta de un moreno tenue—muy propio—la tersa y asedada piel de nuestras mujeres; la riquísima exuberancia de nuestros campos, en perpetua primavera, que al esparcir su poder vitalizador por el ambiente a manera de polea, hacen brotar de nuestros jardines sociales esa múltiple variedad de flores espléndidas en cuyo delicado perfume se embriaga legítimamente nuestro orgullo; la serena majestad de nuestras cimas inmarcesibles, y de nuestros ríos soberbios, que se reflejan en la gallardía de nuestras mujeres, en su sencilla y natural desenvoltura, en la flexibilidad de sus movimientos, en la excelsitud de su porte, en el garbo de su silueta, en la honda y lejana visión de su mirada, en la infinita bondad de su alma y en la acrisolada pureza de sus virtudes.

¿Decid, entonces, si no es legítimo el entusiasmo gentilmente puesto por la general simpatía de esta noble Ciudad, con

optimismo de enamorado, en torno a la candidatura de la Srta. Sara Chacón?

La tenéis aquí presente. La apoteosis con que premiáis su belleza, la hace estremecerse de emoción como una alondra herida. Es bella porque sí, como bellos son los arreboles otoñales al caer de la tarde, en amoroso letargo, sobre el muelle y cristalino lecho que le forman las aguas del Río Guayas; como bello es el edén de las riberas del Daule, donde la fronda, en verde perpetuo, entona la más dulce orquestación de la naturaleza, matizada con el grano de oro de las mazorcas de cañao; como bello es el Mar Pacífico que ensaya primorosas cenefas en los admirables acantilados de nuestra Costa o finge sembríos de lirios al deshacerse en espumas sobre los arenales de nuestras playas abiertas y risueñas; como magníficamente bello es el espectáculo del viejo Chimborazo, Rey de los Andes y Señor de nuestros nevados excelsos, cuando en las mañanas despejadas alisa sus guedejas de nieve mirándose al espejo límpido del Guayas; como bella, en fin, es nuestra historia heroica de inmortales y enaltecedores sucesos, y bello nuestro sincero patriotismo.

No busquéis en ella artificios, amaneramientos, ni nada que no sean sus propias galas, en las cuales finca su mayor tesoro. En cambio, la sencillez, las virtudes, prendas son de su espíritu, áureos galardones de su cuna. Sus labios os lo dicen, sin que se escuche su dulce voz: son una ofrenda de pureza de la cual se alimentan los ángeles del Cielo. Os lo confirman sus ojos, a través de los cuales podéis confiadamente asomaros a su corazón y gozar con las primicias de tan rico tesoro al amor de su lumbre, cuyos fulgores iluminan todos los horizontes y cuyo fuego sólo abrasa las pasiones nobles. Y su frente tersa, espaciosa, que con tanta armonía descansa sobre

esas dos cejas, que son dos pinceladas de arte, os lo dice también: ahí se dan batalla los ensueños, y las fantasías, y las dulces penas de la juventud, y sus locamente hermosas alegrías.

Esta fiesta tiene una alta significación patriótica. Como lo más delicadamente representativo de un país, se ha escogido a la mujer—principio y fin de la vida—para que en internacional torneo de belleza mantenga los propios y genuinos atributos de la nación por la cual ha sido elegida. Cita será Miami, la gran ciudad invernal de Estados Unidos de Norte América, durante las festividades en honor del Dios Momo, de las más dilectas beldades de este Continente. Allí la trigueña mejicana, de ojos rasgados y pupilas ardientes como ascuas, de labios que resuman moras y líneas que son un canto a la eterna belleza; la cubana grácil, que tiene las ondulaciones del Mar Caribe, que circunda su encantada Isla, de pinares y bambús, de quemante sol y paisaje evocador, y donde se quedó para siempre y para gloria de España la gracia de Andalucía florecida en la espiritualidad habanera; allí la portorriqueña y la dominicana, de caracteres fisonómicos casi semejantes, como que ambas, cual la Diosa de la mitología, parecen haber emergido del mar de las Antillas y haber recibido las caricias del mismo sol y el encanto balsámico de la misma brisa, a cuyo influjo se plasmó esa gracia infinita que es el distintivo de su belleza; allí las centroamericanas, entre las cuales es fama que la costarricense es dueña de todos los secretos de la belleza; allí la venezolana, la argentina, la colombiana, la uruguayana, la peruana, la chilena; las hijas primogénitas todas de este Hemisferio, que despierta para el mundo con una civilización y un carácter propios, entre las cuales va a figurar, al lado de la espléndidamente rubia de la Unión Norte-Americana, de ojos azules como guñeos de cielo y de tez blanca y ter-

sa como el mármol de la Venus de Milo, la Señorita que más cabalmente interprete el tipo real de belleza de la mujer ecuatoriana.

Bellas, extraordinariamente bellas son todas las señoritas concursantes, ungidas por el voto popular para este torneo final, que recuerda las leyendas de las cruzadas galantes; y si queréis, todas colindan con el tipo de belleza universal, o si cabe la expresión, con el tipo de la belleza abstracta, que lo mismo reinaría en Europa como en la América Hispana. Pero si ha de ser el espíritu de la Patria amada; el distintivo de nuestra tierra; las inconfundibles características de la belleza femenina ecuatoriana, los que han de decidir del cetro de nuestra representación en Miami, aclamada enseguida, que en unánime sentir con el corazón de Guayaquil y de todo el País, la Señorita Sara Chacón personifica las aspiraciones y finalidades del Ecuador en esta elección.





Discurso pronunciado por el Dr. Francisco Uribe en el Teatro Edén, en el acto de la proclamación solemne de la Srta. Ecuador.

Señoras y señores:

Dueña del triunfo con el solo maravilloso poder de sus encantos en el gentil torneo de belleza en que las más lindas flores de nuestros incomparables cármenes abrialeños se disputaron el título de Señorita Ecuador, el corazón entusiasta de Guayaquil, que en estos solemnes momentos encarna las aspiraciones del País, inflamado con un sentimiento unánime de orgullo, propio de su carácter, sirve de mármoleo plinto para la apoteosis final de nuestra radiante Diosa del Trópico.

Ha cesado ya el romántico furor de esta contienda lírica de ojos azules, garzos, verdes y negros. Las multitudes, ebrias con el licor generoso de esas ánforas de eurítmica armonía, que son las beldades del torneo, ya no quebran las lanzas de su admiración bajo la insignia de unos cabellos rubios como manitas de sol, castaños como nidos de gorriones o negros como vuelo de cóndores. Sangrantes de júbilo las manos baten atronadoras palmas aclamando a la elegida. Y paladines de una justa galante, no queda en el campo sino el eco arrullador y magnífico de una gran victoria, que es de todos, porque la Patria amada es una sola, y la Señorita Sara Chacón será un símbolo de ella en las lejanas playas por donde lleve las vir-

tudes y merecimientos del Ecuador en el cáliz purísimo de su núbica e imponente belleza.

Hay en esta victoria que celebramos con una delectación extraordinariamente exquisita y grande, algo así como un reverdecer lozano de inquietudes cívicas en todos los campos del patriotismo, pleno de expresivas significaciones. La sangre de la Perla del Guayas, que supo derramarse cien veces en el altar de los ideales más puros, vuelve a circular impetuosa por sus venas, que al regar sus potentes músculos, les dá a sus hombres las arrogancias de los valerosos adalides de otros tiempos, y pone en las mejillas aristocráticamente pálidas de sus mujeres sonrosados aleteos de aves del Paraíso.

Hasta ayer, abandono, indiferencia, despreocupación; parecía como que los gloriosos días de otrora se habían ofuscado para siempre, perdida la fé en los hombres, amenguado el valor de las instituciones y subvertido el significado de las cosas, bajo el avasallamiento inicuo de todas las imposturas y el gesto tristemente célebre de la mediocridad triunfadora: entregados a la molición de su tranquilidad personal nuestros hombres de pro; descompuesta bajo la pática del miedo la pluma de nuestros escritores; ensordecidas las liras de nuestros poetas, que no fuera para componerle endechas a la luna o cantar en versos heroicos los prestigios del oportunismo; el País atravesando una crisis sin precedentes, y Guayaquil en una sorpresa de silencio, abatida por todos los infortunios y duramente escarmentada.

¡ Cuán distinto el ejemplo que nos dá la elección de nuestra soberana del trópico! ¡ Como ha vuelto a vivir la Ciudad, gallarda y valerosa, de las memorables conquistas por la Libertad, por la Autonomía y por la República! ¡ Como se ha vesti-

do de fiesta para celebrar este triunfo tan sencillo como altamente significativo, haciendo honor a los dictados de la voluntad y colocando en su trípode excelso a la razón, que se ha impuesto en sufragio libre, como es el caso de la linda morena del Guayas, abrumadora de encantos, cuyo cuerpo hará en Miami el elogio de la esbeltez y arrogancia de nuestras palmeras reales, y cuyo color moreno, que es riquísima canela de la despensa íntima de nuestros afectos, dirá del amor de nuestro sol tórrido y de la miel de su luz, que sirve de único alimento a nuestras mujeres hermosas!

Y es que la herencia de sus mayores no podía jamás ser olvidada. Faltaba una oportunidad para volver por los fueros de ese sacrosanto legado, y la elección triunfante de la Señorita Ecuador la ha ofrecido con caracteres que traspasan toda ponderación. Guayaquil vuelve a ser la invicta Ciudad, de tradicional desprendimiento y altruismo, que tiene el tesoro infinito de su corazón magnánimo para contrarrestar no sólo quinientos sino todos los reveses de la fortuna, de preferencia cuando la Patria grande, la que sueña nuestro patriotismo, umida y compacta, incorporada a sus límites hasta la última pulgada del territorio con que su ufanan audazmente nuestros detentadores, es la que va a ser representada en las capitales del mundo civilizado, en la gentil persona de una de nuestras bellas mujeres, que reúne los distintivos y genuinos rasgos de nuestro suelo; que es así, como ella, moreno, porque el sol, al herirlo con sus rayos fecundantes, lo hace de frente y no de soslayo, y como morena, como ella, es nuestra almendra de oro.

Quizá por no tratarse de una representación diplomática flamante, de esas que en la actualidad son el orgullo de nuestros mandatarios—y para las cuales, desde luego, no hay lími-

te, como no debe haberlo, en las arcas fiscales—éstos no han hecho suya la embajada de mayores títulos que con la Señorita Ecuador, abandonará mañana el calor amoroso de nuestras playas. Pero no importa, aun cuando haya que lamentarlo de veras, toda vez que el País entero, las clases sociales, sin distinción alguna, el culto y entusiasta pueblo, se han puesto de pié para aclamar a nuestra beldad del trópico, a la sirena encantada del Guayas, que hechizará en Miami con el sortilegio de sus primores; y Guayaquil, haciéndose eco de la voluntad ecuatoriana, se ha apresurado a rodear de la esplendidez que le corresponde a quien, representando a la mujer ecuatoriana, será la genuina representación de la Patria.

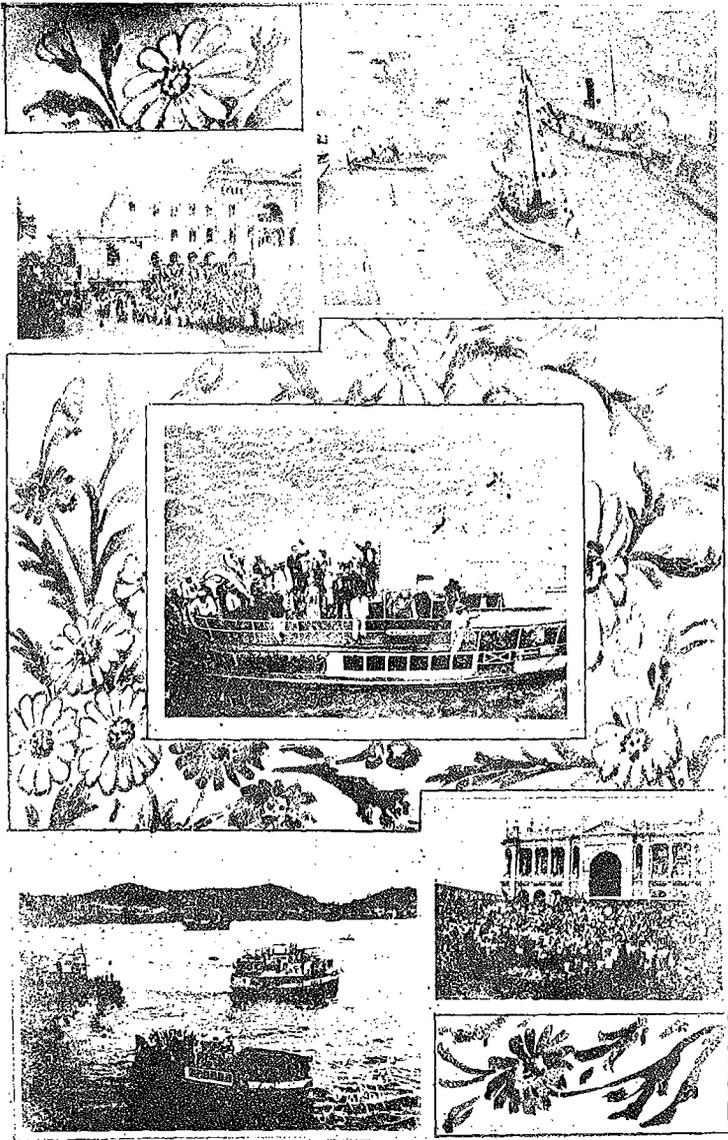
Señorita Sara Chacón:

Aclamada por la sociedad; aclamada por el pueblo; victoriosa en el certamen de belleza nacional, en que las lindas beldades postulantes, hoy asociadas a vuestro triunfo, hicieron derroche de gentileza y enloquecieron con sus atributos incomparables a sus admiradores; en nombre de Guayaquil y por honrosa cuanto inmerecida delegación suya, os proclamo Señorita Ecuador.

Llevad hasta Miami y pasead por el mundo la soberana sencillez de vuestra belleza, símbolo de la Patria, mientras nosotros, en esta ribera, tejemos la nostalgia de vuestra ausencia y nuestros corazones os acompañan en todos vuestros triunfos.



HONORES Y BOHEMIA
DE MI REINADO



I

PRIMER DIA A BORDO DEL SANTA RITA

Fué al arrullo de las olas del Océano Pacífico que bañan las costas ecuatorianas y con su agitado vaivén parecen renovar incesantemente los recuerdos más gratos al espíritu, cuando vino a mi mente la fervorosa idea de confiarle al papel las intimidades que bullían en mi corazón, dulcemente agitado y conmovido por esa arrobadora sucesión de inolvidables impresiones, que formarían por siempre la página más hermosa de mi existencia.

Vibraban, todavía, en mis oídos, aturdidos de exquisita delectación, los aplausos entusiastas de este pueblo de Guayaquil, al que tanto amo, que, desbordado de frenesí patriótico, creyó encontrar en mi humilde persona un símbolo de la raza pura, con todo su sabor nativo y característico, que fuera evocación de su río, de sus florestas, de su ardiente sol, de sus noches diáfanas, de sus cacaotales y de sus palmeras, como en sus frases, plenas de gallardía y de elocuencia, lo hizo notar

mi generoso apologista Dr. Francisco Uribe, la noche del gran torneo lírico, en que por esta sola gracia de genuina representación del Guayas y del trópico, fuí llevada a compartir las primicias de una elección popular con primorosas mujeres de mi tierra, cada una de las cuales era, a su vez, un símbolo: quien, por los cabellos, de los graciosos trigales de nuestra altiplanicie; quien, por sus ojos azules, de los tranquilos lagos andinos; quien, por su blancura, de las nevadas cimas heridas por el véspero; quien, por sus labios de grana, de los reventones claveles de nuestros jardines. Y mientras la hélice del "Santa Rita", abandonado ya Puná, y entrados en el Golfo, después de haber perdido de vista las encantadas riberas del Guayas, de este romancero de ensueños, comenzaba a destejer con más fuerza el ovillo de agua azulina y espumosa del mar, con los ojos puestos en la Patria, con el corazón puesto en el pueblo, con el alma henchida de cristalinos ideales, no había ya para mí más placer, en el puente alto del barco, que evocar, evocar...

En los salones de la nave, la música ensayaba severas partituras, alegres fox-trots, sentimentales valeses. Los pasajeros, entregados a sus amables esparcimientos de abordó, reían, departían y comentaban, concediéndole todo el valor que tenía la triunfal despedida—ese inmerecido e inolvidable honor, acaso no concedido antes a persona alguna—con que la Ciudad entera, desde los balcones, en las calles, sobre las terrazas, en las naves surtas en el río, de pié sobre el Malecón, tan atractiva, como no lo hay en los puertos que visité después, agitó el pañuelo blanco, la mano cariñosa, el sombrero galante, para decirme adiós, no seguramente porque era yo, Sara Chacón, triunfadora mimada del certamen, sino, porque, en esos momentos, y desde que abandoné la rada, era la mujer ecuatoria-



na, la Señorita Ecuador, elegida para hacer valer en lejanas tierras, en otros medios, los encantos y prestigios de nuestras mujeres, todo alma, todo sencillez, todo belleza.

Los homenajes se sucedían como de una fiesta propia del buque, gentil prolongación de las atenciones de tierra. Las copas del rubio licor, dejaban escuchar su risa cristalina, al tocarse unas con otras, brindando por el Ecuador, por la mujer ecuatoriana, por el sincero entusiasmo del pueblo de Guayaquil y por los triunfos de la que, en esos instantes, ya era el símbolo que espontáneamente se había elegido para los torneos de belleza latino-americana de Miami. Alegría por todas partes. Frases galantes y patrióticas. Promesas de risueños triunfos. Nobles conquistas de ideales, cándidos y puros ideales de la mujer que ama a su patria y a su pueblo. Un verdadero derroche de jovialidad y de deferencias de los distinguidos pasajeros ecuatorianos que se dirigían al Istmo de Panamá y a otros continentes y de los transeuntes de puertos sudamericanos. Tal, para mí, el ambiente, el memorable día del embarque, en pos de la conquista de triunfos femeninos para mi querido País en naciones extranjeras.

Sin embargo de todo esto, y no obstante las deferencias exquisitas de que era objeto, los mimos con que se me regalaba, las atenciones inestimables que se me brindaban y la alegría que se respiraba por todas partes, mi corazón, mi imaginación, estaban en Guayaquil, embriagados con los triunfos que inmerecidamente se me habían concedido: señorial gallardía de esta culta sociedad, que hizo de mis laureles los suyos; munificencia del comercio, que me colmó de presentes; derroche de entusiasmo del pueblo, que me proclamó su reina, o, algo más, su hija predilecta. Seguían resonando en mi cabeza febril las ovaciones que se me tributaron, el rumor de las fies-

tas de mis amigos, las cuerdas de las guitarras que hicieron vibrar sus serenatas de despedida bajo de mis balcones. Surgía, en fin, a mi mente, la belleza de mi suelo nativo, único capaz de hacer florecer los sentimientos así, espontáneos, abiertos, entusiastas, galantes, apasionadas hasta el delirio, por las causas nobles y por lo que signifique realzar el altísimo concepto de sus mujeres.

No sabía lo que era ausentarse de la patria. Y apenas comenzaba a valorizar en su riqueza incommensurable, lo que era ser portadora de una embajada, a donde de todo el Continente Americano concurrían representaciones. Y entonces hice de todos mis sentimientos un solo ramo, que a mis ojos, interiormente, en mi alma, se me antojaba el más fresco, puro y encantador: ahí, luciendo, mis nostalgias por la patria amada; mis sueños de mujer, elevada a una tan preeminente posición; mis ideales por hacerme digna del Ecuador en el extranjero, y merecedora del honor de la misión confiada con unánimes aplausos; mis quimeras, mis fantasías, todo lo que embarga noblemente el corazón femenino.

Y de este modo cerró la noche, que tenía a mi vista misteriosos encantos. Abandoné los comedores y salones, y las músicas, y los cumplimientos, y volé al entrepuente. Quería ver si las estrellas, confidentes, y la luna, que paseaba su pálida arrogancia por el infinito como una desposada con lo desconocido, me decían algo, algo de lo que esperaba, algo de mi Ecuador muy amado; que ya no se divisaba sino entre sombras. Y fijos los ojos en las estrellas me dije: son las mismas de mis días de triunfos y de aplausos: las que le dan vida, en las noches, a Guayaquil, y le guían, haciéndole amoríos, que mi Ciudad los recibe como un baño de rocío. Y fui feliz. La comunicación de mi espíritu se hacía desde ese momento por

intermedio de los rayos de luz de las estrellas que me aseguraban su compañía con mi rico y hermoso País.

El silencio comenzó a imponerse. Sólo el ritmo isócrono de los potentes motores del buque lo interrumpían contrarrestando con la eterna canción del mar. Vino mi padre y de su brazo bajé a mis cabinas. Nuevos recuerdos. Nuevos ideales. Dulces nostalgias de la tierra y de los amigos. Visión de miles de pañuelos blancos, de manos generosas y de sombreros galantes.

Así pasé mi primera noche lejos de Guayaquil.



II

POR LA COSTA NORTE ECUATORIANA

Como desconocía el itinerario a seguir del vapor "Santa Rita", al hacernos a la mar, dejando en Puná la comitiva que nos había acompañado hasta allí, entre la cual he de recordar siempre a mi gentil contendora en el concurso, Srta. Adalgisa Descalzzi, que supo en todo momento poner de relieve sus bondades y atenciones, creí que no habría de ver más tierra ecuatoriana en el camino. Pero mi alegría fue inusitada cuando a las 10 de la mañana la nave echaba anclas en Machalilla, mientras la población, como en un día de fiesta, se disponía a tributarme una cálida recepción, colmándome de elogios y obsequiándome con flores.

La permanencia en Machalilla fue muy corta. Como memoria del lugar, conservo con indecible afecto el diploma que un selecto grupo de personas puso en mis manos, y en mi corazón guardo el ramo de flores con que también fui obsequiada.

Después que el buque hubo cargado, siguió rumbo a Manta, con una navegación espléndida. A bordo, la animación era como la del primer día de embarque. Por las mañanas, paseos

en cubierta y juegos deportivos; por las tardes, de nuevo paseos, juegos y concursos de natación. A la hora del té, amable charla, dulces evocaciones de Guayaquil con los compatriotas que viajaban en la misma nave. Después de la comida, baile; y en todo momento, atenciones, finezas, galanterías de la oficialidad del "Santa Rita" y de los pasajeros.

Ingenuamente he de confesar que cada vez que me encontraba sola, veía desfilan en mi memoria el entusiasmo puesto por el pueblo a favor de mi candidatura para representar al Ecuador en los concursos de belleza de Miami. Me parecía un sueño o un cuento de hadas, de los que tanto endulzaron mi fantasía en la niñez, y en todos los cuales hay una princesa encantada que realiza su felicidad colmada de mimos, castillos y jardines floridos, y recorre el mundo en alas de las mariposas multicolores, alimentada con el perfume de las flores. Ni otra cosa era para mí la venturosa oportunidad que se me ofrecía, de recorrer bellos países, de representar a mi País, en un torneo de bellezas, el primero, en su género, que se celebraba con la participación de la mujer latino-americana, a la que se le reserva un grandioso porvenir. En esos momentos me sentía feliz. No se podía aspirar a más, ni podía haber sido más generosa la suerte conmigo.

¿Era, en efecto, merecedora de tanta distinción, de ese fervoroso entusiasmo popular, de la exquisita deferencia de que era objeto?

Sinceramente he creído, que, como expresión de belleza pura, como prototipo de perfección, no, en modo alguno. El concurso que se llevó a cabo en el País para elegir a la Srta. Ecuador, permitió que se admiraran muchas bellezas, en todas las provincias. Quito exhibió candidaturas de mujeres de aca-

bada belleza, como la Srta. León, soberana de Quito; la Srta. Andrade Thomas, que es fama de haber copiado en sus líneas las de las diosas de la belleza. Riobamba, Ambato, Manabí, exhibieron, igualmente, mujeres primorosas; y las del Guayas, no se diga; cada una de las postulantes era acreedora al primer premio. Pero hubo, conmigo, un sentimiento popular unánime, de cuya fuerza avasalladora salió mi elección. Y en eso admiro el entusiasmo de mi Ciudad, la convicción con que el pueblo recibió mi candidatura y la fe inquebrantable que puso en hacerla triunfar, como un símbolo local, como la expresión de una modalidad muy de este cielo y de esta tierra generosa que me vieron nacer.

Al cabo de nueve horas de navegación llegamos a Manta, simpático puerto de la provincia de Manabí. Eran las once de la noche. La fondeada del "San Rita" fue saludada con gran júbilo. Ahí se me había preparado una calurosa recepción, que se efectuó a pesar de lo avanzado de la hora. Tan pronto como la nave quedó en libre plática, comisiones del Concejo, de la sociedad y de los gremios locales, vinieron a bordo a darme la bienvenida y formular sus votos sinceros y entusiastas porque tuviera un feliz viaje y regresara a la Patria con el lauro de la victoria, con el título de Srta. Latino-América.

Invitada a desembarcar, lo hice en compañía de las comisiones a que me he referido, de mis compatriotas, camaradas de viaje, y de los pasajeros amigos que quisieron acompañarme.

Dijérase un día de fiesta. La población aclamó en mí a la Srta. Ecuador, a la mujer de su raza, a la compatriota que se ausentaba llevando un cometido de tanto valor como el de representar a la mujer ecuatoriana en un torneo internacional

de belleza. La banda recorría las calles a esa hora; y al llegar a la casa de la familia Azúa, donde se celebró una suntuosa reunión en mi obsequio, fui agasajada con una retreta de honor, que no se concluyó sino cuando, debiendo regresar a bordo para seguir la marcha rumbo al Norte, el pueblo, con la banda a la cabeza, se encaminó al muelle tocando aires que nunca podré olvidar.

La permanencia en Manta fue de pocas horas, las precisas para que el buque cargara, de modo que no me fue posible permanecer en tierra más de una hora, que, como he dicho, dejó gratos recuerdos en mi alma, pues el homenaje que se me tributó, tenía, sobre todo, los encantos de la espontaneidad y de la sencillez, tal si fuera una fiesta propia, una fiesta popular muy de su cariño.

Con los postreros acordes de la banda y los últimos vivas de la población, que no se retiró del muelle mientras el buque no alzó anclas y emprendió la marcha, salimos de Manta a las tres o cuatro de la mañana, con destino a Bahía, el último de los puertos de la costa ecuatoriana que habríamos de visitar, y donde el barco amaneció anclado.

Las fatigas del día anterior, el poco reposo que había tenido en la noche, no fueron inconveniente para que muy de mañana estuviera levantada, y con enorme regocijo asistiera al baño de luz que se daba la rica y pintoresca Ciudad de Bahía con la maravillosa ducha del sol, que le caía a raudales esmaltando de oro sus casas, paseos y campos.

La hospitalidad, que es fama distingue a Manabí, se puso de relieve en la recepción que se me tributó en Bahía,



con participación de las autoridades locales, del muy Ilustre Concejo y de la selecta sociedad.

Con más tiempo que en las poblaciones de Machalilla y Manta, el día que pasé en Bahía será de inolvidable recuerdo. En un derroche de verdadera belleza, el pensil femenino de Bahía, no cesó de demostrar su complacencia por mi visita a su ciudad querida; y después que fuí cumplimentada con frases elocuentes en el salón municipal, y se libó una copa de champagna en mi honor, a la que correspondió, en mi nombre, con frases llenas de vida y de entusiasmo, un culto compañero de viaje, Sr. Pedro Maspons, que se dirigía a Europa, quien gallantemente quiso servir de secretario de la Srta. Ecuador, fuí invitada a recorrer la ciudad, recibiendo muestras de atención y cortesía por todas partes. Las señoritas de Bahía, que son de una belleza digna de todos los concursos, tuvieron la gentileza de obsequiarme un precioso album de vistas de Manabí; un panorama del puerto, a vuelo de pájaro, en el que se puede admirar las privilegiadas condiciones en que se halla ubicada la ciudad, con una hermosa bahía que baña sus costas, circundada de campos pintorescos, y poblada de magníficos edificios, que hablan de su gran comercio y de sus actividades industriales, así como de su riqueza.

Bahía es, en la costa ecuatoriana, uno de los puertos más importantes. Su comercio es, por lo tanto, de verdadera actividad. Sus habitantes, hombres que no tienen otra preocupación que el trabajo y el adelanto de su Provincia. Sus mujeres, como ya lo he dicho, y como es fama, unas de las más bellas y hermosas del Ecuador. Hombres y mujeres son de un carácter bondadoso y franco. Y tienen como principal distintivo la hospitalidad. Manabí es solar nativo de varones ilustres; y de

allí han salido gobernantes probos, que han sabido dirigir los destinos del País. Es la egregia cuna del más grande de los gobernantes ecuatorianos, del General Eloy Alfaro.

Con la visita a Bahía le dije ya adiós al Ecuador. Era el último puerto de la costa ecuatoriana que visitaríamos. Acaso por eso sentí más hondamente el hallarme en esa tierra delicada y gentil, rodeada de atenciones, perfumada con las flores de Bahía, flores bellas, las más bellas quizá del Ecuador: las de la mujer manabita, que ha compuesto con sus encantos un privilegiado jardín de hermosura femenina.

Llegada la hora de la partida, y, ya abordo, en el entusiasmo del pueblo de Bahía, recordé el de Guayaquil. La misma deferencia, el mismo calor sincero, el mismo fervor patriótico.

Al atardecer, el "Santa Rita" elevó anclas, y poco a poco perdimos de vista a la Ciudad. Allí se quedaba mi corazón, aprisionado por el afecto. Era el último puerto que visitábamos.

Después... playas extranjeras...

BUENAVENTURA, TIERRA HERMANA

La última escala del "Santa Rita" en el Pacífico, antes de atravesar el Canal de Panamá en su trayecto a New York, puerto final de destino, fue Buenaventura, donde se detuvo desde el 19 de Febrero a las 8 de la noche,—hora de arribo,— hasta el atardecer del 20, en que siguió su itinerario.

Buenaventura es una ciudad panorámica de lo más interesante y pintoresca. Tiene mucho de nuestros puertos de la costa Norte, si bien los recursos portuarios de que disfruta son, sin duda, mucho más importantes, pues cuenta con espléndidos muelles de concreto, que dan cabida a sus costados naves de todo calado.

La en que viajábamos atracó a las 9 más o menos, recibiendo enseguida la visita de las autoridades, y, con ellas, numerosos compatriotas, acompañados del Cónsul del Ecuador, que lo es también de la República de Chile, quienes, enterados de mi paso por la tierra hermana, habían organizado una manifestación de simpatía en mi favor, invitándome, en consecuencia, a desembarcar.

La mayor parte de la población, que no es muy numerosa, según pude constatarlo al día siguiente, recorriendo todos sus paseos, edificios principales y centros de atracción, acudió a las inmediaciones del muelle, movida por la curiosidad de conocerme, expresándose del Ecuador en forma que comprometió mi gratitud, pues en mi persona se quería tributar un cariñoso homenaje a mi País, dado el carácter con que viajaba.

Abierta en alas la aglomerada muchedumbre dió paso a la comitiva de recepción que la presidía el señor Cónsul de Chile, encargado del Consulado Ecuatoriano, quien gentilmente me condujo del brazo, en la amable compañía de mis camaradas de abordó, hasta la elegante mansión consular, donde fui obsequiada con una copa de champaña, cruzándose, en el acto, expresivos discursos entre el señor Cónsul y mis compatriotas, que espontáneamente llevaron la palabra en mi representación.

El empresario del Teatro Olimpia había también preparado una función en mi honor, que dió lugar a que en ese simpático centro de atracciones, se reuniera el pueblo y la sociedad de Buenaventura, a sabiendas de que yo concurriría al espectáculo, como en efecto lo hice, en unión de todas las personas que habían desembarcado conmigo.

Obsequiada con hermosos ramos de flores, ocupé el palco de honor que previamente había sido decorado. Mi impresión fue de lo más exquisitamente honda, cuando, al encontrarme en el asiento, la orquesta del teatro ejecutó el himno de mi País, cuyos marciales y sentidos acordes desencadenaron mis nostalgias. Era la primera vez que experimentaba los encantos de homenajes como el que se tributaba en honor de mi Patria;

la primera vez que escuchaba el himno nacional en playas extranjeras, en una reunión sincera y entusiasta. Y nunca, como entonces, valoricé el poder amaravilloso del canto heroico que es el "Padre Nuestro" del patriotismo. Y de júbilo, mis ojos no pudieron contener las lágrimas. Mi emoción fue todo lo intensa que podía serlo en ocasión semejante, y no vine a recuperar la serenidad sino cuando la concurrencia rompió en aplausos, gritando, al unísono, viva el Ecuador!

Otros números del programa de agasajos me impidió, como a todos los invitados, permanecer en el Teatro Olimpia hasta la conclusión del espectáculo. Salimos, pues, enseguida, y nos dirigimos al Hotel, magnífico edificio de propiedad del Gobierno, que hace honor a la ciudad, donde se desarrolló un simpático baile, que duró hasta la hora de regresar abordo.

Ahí habían numerosas familias, bellas señoritas, cumplidos caballeros--nacionales y extranjeros--compatriotas que vivían dulces momentos de la patria ausente. La orquesta llenó de armonías el salón y elegantes parejas se entregaron al baile, que resultó una fiesta de lo más agradable, sincera y selecta. Volvieron a pronunciarse discursos de congratulación, y a hacerse votos efusivos por la prosperidad de ambos países, entonces distantes sin justificación bastante, pero, por fortuna para los dos pueblos, hoy estrechamente unidos, con los lazos irrompibles de su legendaria tradición, fundida en el alma de Bolívar y sus bravos comilitones de la Independencia.

Sería por sobre las 11 de la noche cuando regresé abordo, considerando que era una hora conveniente de retirarme, no obstante las reiteradas insinuaciones, para que no abandonara el salón de baile del Hotel.

El "Santa Rita", acoderado al muelle, continuaba su empenosa tarea de adelantar la carga. El ruido de esta labor y de los numerosos obreros que cargaban, ahogó las últimas manifestaciones de simpatía con que era despedida, por esa noche, abordo.

El día siguiente fue nuevamente de paseos. Aprovechamos las horas de menos sol y calor para recorrer la ciudad y admirar la rapidez con que se está desarrollando y dotándose de todas las comodidades y adelantos portuarios que harán de Buenaventura una ciudad de primer orden en la ruta del Pacífico.

Aun cuando al momento el perímetro de la ciudad es todavía limitado, y el comercio principal y las actividades se concentran en las calles próximas a los muelles, los proyectos que hay para el futuro son de extraordinario valor. La República de Colombia considera que con el tiempo Buenaventura será la ruta más fácil, segura y cómoda para el abastecimiento de los departamentos y ciudades del Interior, cuando el plan de vialidad que se está siguiendo con tezon sea concluido, y se halle al servicio, en todo el trayecto, el ferrocarril que unirá el puerto con Bogotá, la Capital del País.

Las personas que me acompañaban me expresaron que en los tres últimos años, las actividades de todo orden del puerto, al igual que del resto del País, se han entorpecido por efectos de la crisis económica que sufre la Nación hermana, como la mayoría de los países de este Continente y del mundo entero. Ha sido preciso poner un punto de espera en algunas edificaciones de importancia. El tráfico naviero que llegó a alcanzar proporciones considerables después de la guerra europea, dándose el caso de que fuese frecuente que hubieran en el

puento treinta y cuarenta buques cargados o por cargar, ostentando en sus mástiles banderas de todas las nacionalidades, ha sufrido una notable disminución. Sin embargo, hay fe en el trabajo de ese País, hay convicción, y unánimemente se considera que tan luego como se opere el cambio de gobierno, tornarán a intensificarse las actividades en la prosecución de su programa de mejoramiento incontenible.

¡ Buenaventura, tierra hermana! Guardo en mi memoria la sinceridad exquisita del homenaje que recibí al poner la planta en tu suelo generoso. En mis oídos vibrarán siempre el canto de los poetas que deshojaron sus versos en mi honor, y la palabra entusiasta de los oradores que revivieron la confraternidad de mi Patria y de Colombia. En mis álbumes de autógrafos, llevo firmas prestigiosas, que dejaron un noble pensamiento de recuerdo para la viajera que pasó por sus playas hospitalarias, en una gentil misión de belleza latino-americana, representando a su País. Esas páginas, con expresivos conceptos, con floridas frases, con rosas del corazón hechas poesía, lo mismo que las innumerables e igualmente efusivas que recibí por los países que me tocó en suerte visitar, serán refugio de dulces memorias, íntimas memorias, para las errantes bandadas de pájaros de mi fantasía.

Veinte y cuatro horas justas después de su llegada, el "Santa Rita" levaba anclas, completada su tarea de carga. Poco a poco la nave fué separando del muelle. Primero, una cinta de agua entre los costados del buque y la tierra firme. Después, otra vez el mar inmenso. Y a lo lejos, perdiéndose en la obscuridad de la noche, sorbidos por la distancia, los encendidos faros que se esforzaban porque llegara hasta el puente del vapor su último adiós. . .

IV

VISION GRANDIOSA DEL CANAL DE PANAMA

Un día después de abandonar Buenaventura, el "Santa Rita" entraba a la dilatada y hermosa bahía de Panamá, cuyas costas se extendían a mis ojos en una visión incomparable de luces y de fantasía, que tomaba cada vez más cuerpo, conforme el vapor se acercaba al puerto, con dirección a los muelles de Balboa, a las puertas del maravilloso Canal en el Océano Pacífico.

A las 11 de la noche la nave estaba amarrada a su atracadero, en la tramitación portuaria de costumbre, para continuar su marcha al día siguiente a través del Canal de Panamá, una de las obras de ingeniería más grandes del mundo y que mayor curiosidad despertaba en mi imaginación de viajera.

En los muelles de Balboa me esperaba el Señor Ministro del Ecuador en Panamá, Capitán Colón Eloy Alfaro y la colonia ecuatoriana residente en el Istmo, además de una delegación del Ilustre Ayuntamiento de la Capital panameña.

La intención y propósitos de los distinguidos visitantes,

así como la del Señor Ministro del Ecuador, era la de que me hubiera quedado en la Ciudad de Panamá, como huésped del Ayuntamiento, hasta reunirme allí con las otras bellezas latinoamericanas, que procedentes de Chile, Perú, Panamá, Zona del Canal, Nicaragua, Costa Rica y otros países, debían arribar de un momento a otro, y colectivamente tomar en Cristobal el "Santa María", abordo del cual emprenderíamos viaje hasta la Habana, fastuosa Capital de la Isla de Cuba en el Mar de las Antillas.

Así me lo sugirió el Señor Ministro Capitán Colón Eloy Alfaro, comisionado al efecto, enunciándome brevemente el programa de festejos que se había organizado, en Clubs, Legaciones, Teatros y Hoteles, para los visitantes que en representación de la mujer latino-americana asistían al concurso de bellezas de Miami.

El programa no podía ser más atrayente. Incluía una función de gala en el Teatro Nacional y suntuosos bailes en el Club de la Unión, el centro aristocrático y de lujo de la sociedad panameña, aparte de visitas a los lugares de interés, que, como lo veremos en el capítulo especial que le dedico a Panamá, los hay de verdadero gusto y atracción, por su recuerdo histórico, como por su típica belleza y antigüedad.

Pero, dominada por el deseo de atravesar el Canal, y conocer una obra de ingeniería tan famosa, que no tiene ponderación igual, preferí continuar la navegación en el "Santa Rita" hasta Cristobal, en lugar de hacerlo, como habría sido preciso, al detenerme en Panamá, por la vía férrea, que, paralelamente al Canal en una gran extensión, une las dos ciudades más importantes del Istmo: sean Colón y Panamá, de jurisdic-



ción de la República de Panamá; y Balboa y Cristóbal, de jurisdicción de la Zona del Canal.

El Señor Ministro del Ecuador y mis distinguidos compatriotas residentes en el Istmo, hallaron conforme mis deseos, explicándose el natural interés que tenía por conocer el Canal de Panamá; y accedieron a que fuese, a mi regreso de Miami, que visitaría detenidamente la bella Capital. Sin embargo, fui invitada a bajar a tierra por unas dos horas más o menos, durante las cuales me introdujo el Capitán Alfaro a un selecto grupo de la sociedad que se encontraba en esos momentos en el Club de la Unión, pasando luego a la residencia del Sr. Ministro, donde se sirvió una copa de champagne de bienvenida, haciendo votos por la felicidad y prosperidad del Ecuador y de la mujer ecuatoriana, que gentilmente la encontraban bien representada en mi persona.

Cumplidas las anteriores visitas y en compañía de casi todas las personas con quienes desembarqué, volví a bordo, a descansar de la primera etapa de mi viaje de Guayaquil a Panamá, con la idea fija de estar en pie muy temprano de la mañana, para no perder uno sólo de los detalles de la travesía del Canal, que, como he dicho, se iniciaría a las 6 a. m.

Con la benigna claridad matinal pude admirar desde la cubierta del buque la organización de los almacenes de depósitos, muelles, diques, talleres, edificios públicos, hospitales, hoteles, que se agrupan en la Ciudad de Balboa, a la entrada del Canal por el Océano Pacífico; el enorme movimiento portuario, la exactitud con que se cumplen los itinerarios de las embarcaciones que se disponen a la travesía; ir y venir de automóviles; alegre pitar de sirenas de los buques que entran y salen en número considerable, y de los talleres que llaman a

los obreros al trabajo diario; el orden, la limpieza, la novedad del paisaje, la diversidad de la contextura de las ciudades, que por primera vez se ofrecían a mi admiración en forma tal.

Lentamente avanzaba el vapor con dirección al Canal, entrando a poco andar en el lago de Miraflores, de encantadores contornos, poblados de preciosas residencias, que brillaban en multiplicidad de colores, encendidos sus techos por el sol, rodeados de palmeras y exuberante vegetación, que invitaban a una vida paradisíaca.

El lago Miraflores es la primera comunicación que tiene el Océano Pacífico con el Canal, estando éste unido con aquel por una esclusa que lleva su nombre, donde empieza la inteligencia humana a hacer el derroche de su sabiduría y de su poder.

Por efectos del gran desnivel que media entre la ruta canalera comprendida entre los Océanos Pacífico y Atlántico y el Lago de Gatún, creado por la mano del hombre, ha sido preciso idear el sistema de ingeniería de las esclusas, que se llenan y desaguan artificialmente, según el trayecto que sigan los buques, hasta encontrar el nivel que facilite su navegación y su entrada en los océanos.

Los buques no se gobiernan con sus propios comandos en el Canal. Están bajo la dirección de un piloto de la Zona. Y a la entrada de las esclusas, sus máquinas quedan también sujetas al remolque de sendas locomotoras, que por sus costados los conducen.

Todos los pasajeros nos encontramos en cubierta, asistiendo a tan soberbio espectáculo; y la imaginación se sobre-

coge ante la estricta regularidad con que se ejecutan los movimientos, sin la menor nota de desconcierto ni atolondramiento, que dé lugar al más mínimo accidente.

Una vez llena la exclusiva, según los casos, o vacía, una nueva gran compuerta se abre y da paso a la nave.

Las exclusas son pareadas, de manera que mientras unos buques van, otros vienen, lo cual le proporciona una más encantadora animación a la travesía.

Sigue en importancia la exclusiva de Pedro Miguel.

Libre la nave de la primeras exclusas, comienza la navegación a través del Corte de Culebra, que es la parte del Canal que mayores esfuerzos significó al construirse. Fue trabajado en roca, en gran pante; y hubo que demoler montañas medio graníticas, venciendo al fin obstáculos que parecían insalvables. Da la impresión de que se está navegando por entre un cañón de reducido diámetro o atravesando un túnel. Indudablemente que la obra es de audacia de ingeniería y apenas comprensible su tremenda complicación a la apreciación corriente.

Estamos en el Lago Gatun. Y he aquí otra portentosa mano de obra. Dijérase que navegamos por un mar tranquilo, tal la extensión del lago a la simple vista. El panorama es pintoresco. Hállase poblado de islotes, de exuberante vegetación. Las aguas son diáfanas y una refrescante brisa las sacude levemente, agitándolas en un vaivén apacible, de arrullo de niños.

El lago Gatun es también artificial, como las demás obras

del Canal. Se le construyó para aprovechar las aguas del río Chagres e impedir de ese modo sus crecientes, que habrían significado un constante peligro a la ruta canalera.

No recuerdo en estos momentos su verdadera extensión pero sé que es considerable, pues de lo contrario, habría seguido siendo un juguete para el río, que en los inviernos suele convertirse en una amenaza de desolación y de muerte.

Después del interés que ofrecen las esclusas por efectos de su prodigioso mecanismo, el Lago Gatun es lo más interesante del trayecto, lo más pintoresco. Cruzan por su cielo aves marinas y bandadas de pájaros que hacen incursiones a las islas vecinas o se disponen a fijar sus nidos en las frondas de las riberas opuestas. Cruzan sus aguas buques de tránsito, embarcaciones menores de vigilancia, pequeñas naves del ejército, yates de paseo, que ponen una espléndida nota de emoción en el espíritu del viajero que por primera vez surcan sus aguas.

Desde la cubierta de nuestro buque se divisa el penacho de humo que como una estela dejan las otras naves en distintas direcciones. Quizá es la imaginación cálida de los viajeros, que queda suspensa, flotando en el aire, aprisionada en las hondas del lago, para no borrarse jamás de su memoria.

Han transcurrido algunas pocas horas y es al tiempo del almuerzo, cuando habiendo cruzado el lago volvemos de nuevo al sistema de las compuertas, que nos franquearán definitivamente el paso, dándonos cabida en el Océano Atlántico, cuyas aguas desconocidas para mí, surcaremos en lo adelante, hasta la Ciudad de Miami, lugar de nuestro destino.

Otra vez el buque es uncido al yugo de sendas locomoto-

ras para atravesar las esclusas. Estamos ahora en las de Gatun, muy próximas a la Ciudad de Cristobal, a donde llegaremos pocos momentos después, para desembarcar allí, y en la grata y feliz compañía de las señoritas latinoamericanas, tomar pasajes en el "Santa María" y seguir viaje a la Habana.

De nuevo edificaciones como las de Balboa. Preciosos edificios residenciales de la oficialidad norteamericana que está al frente del Canal. Almacenes. Depósitos de todo orden: carboneras, tanques de petróleo. Hospitales. Ruido de ciudad fabril. Pitos de barcos, mástiles embanderados con las insignias de todas las naciones. Talleres. Movimientos de buques que en número mayor que en Balboa, entran y salen. Lanchas veloces que cruzan de un lugar a otro, ya entrados en el Océano. Enormes muelles con varios buques a sus costados...

A las dos de la tarde poco más o menos hemos completado la travesía del Canal y el "Santa Rita" ha atracado en los muelles de Cristobal.

Abordo, la despedida de los amigos que continuarán viaje en el mismo vapor. Atenciones finales de toda la oficialidad del "Santa Rita", entre los cuales hay muchos ecuatorianos. Diferencias muy especiales del Capitán, que hace gala, una vez más, de su exquisitez, que tanto derrochó siempre con la representanté de la mujer ecuatoriana en los torneos de Miami. Palabras afables. Frases galantes y sinceras en mis libros de autógrafos.

Y cuando el camarero nos indica que los equipajes han sido llevados ya para el registro de las autoridades aduaneras, abandonamos el buque que compartió mis primeras alegrías de viajera, y en el cual pasé horas inolvidables, gratas

como ningunas, en medio de bailes, músicas, cantos regionales y atenciones que serán siempre mi ilusión.

Comienzo a sentir cierta inquietud: Nada familiariza tanto como la vida a bordo. Y cada uno de los pasajeros del "Santa Rita" era ya como un afectuoso miembro de familia. En el adiós que he dado, tal vez no volveré a ver a muchas personas. Esto es lo que los poetas llaman la tristeza del viajar.

Por otra parte, el idioma que se principia a hablar con más frecuencia es el inglés. Las autoridades aduaneras, que lo son de la Zona del Canal, hablan inglés. Es otro mundo. Son otros idiomas. También otras fisonomías.

Reverbera el sol, pero Cristobal tiene un edén, lleno de sombras, de encantamiento, de elegancia sobria, de refinado gusto, poblado de diversiones propias del lugar. Es el Hotel Washington, donde nos hospedamos...

SIMPATICA PERMANENCIA EN COLON

Colón fué para mí una ciudad de descanso.

Bien podría decir que el Hotel Washington, uno de los más lujosos y confortables que hay en Suramérica—según la opinión de las personas que han recorrido muchos otros países—y tan bueno como los mejores de Europa, me sirvió admirablemente para entonar los nervios, tan sobreexcitados por las múltiples y continuadas atenciones de que venía siendo objeto desde el día en que al pueblo entusiasta de mi hermosa ciudad nativa—Guayaquil—se le ocurrió exaltarme al trono de belleza para concurrir a los torneos de Miami, en representación de la mujer ecuatoriana.

Este soberbio hotel, que cuenta con todas las comodidades imaginables, se presta, como ningún otro, para que el espíritu entre en reposo. Rodeado de palmeras; sembrados sus patios de verde césped, que jardineros atentos cuidan con suma solitud; envueltos sus muros exteriores con enredaderas de va-

riadas formas, cuyas flores perfuman el ambiente; con sus anchos, claros y extremadamente ventilados claustros; con su vista al mar, que se dibuja como una sábana azul a través de las ventanas; con su hermosísima piscina, donde se da cita diariamente toda la ciudad, para entregarse al deporte y modelar sus formas las mujeres, bajo los vivificantes rayos del sol, el Hotel Washington es algo que se le graba a uno en la memoria, envidiándolo para nuestra Ciudad, que cuenta con paseos y sitios tan apropiados para érigir otro semejante, que sea la atracción del turista y le dé movimiento a la Metrópoli, tal como ocurre en Colón, Panamá, Habana, Miami.

La permanencia de Colón, fué, pues, para mí, de lo más útil y grata. Por la mañana, concurrí a la piscina. Y después del desayuno, salí a recorrer las tiendas, que las hay admirables. Colón ha sabido reunir en sus calles comerciales cuantos caprichos hay para embrujar al viajero; y sus sederías, sus miniaturas de marfil, sus adornos de fantasía de metales bruñidos, son cosas que encantan y de las cuales no se puede librar el viajero, como recuerdo de su paso por la bella ciudad del trópico.

Las tiendas de fantasías, los bazares de lujo, los almacenes de la moda, son casi todos de árabes, indús, turcos y chinos. Hay, también, de comerciantes de otras nacionalidades, pero ninguno aventaja a los que he enumerado anteriormente.

Centro, como es Colón, de turismo y de una población flozante diaria de consideración, los propietarios de estos bazares y almacenes, saben ya como atraerse al viajero. Lo reconocen enseguida; y se afanan de tal manera, insisten tanto, que al fin se resuelve el transeunte a visitarlos. ¡Y es de verlos una vez en su poder! Un mantón de Manila; una rica pijama

del Japón; un primoroso kimono de la China; un soberbio corte de seda; un cautivador abanico de plumas raras, de paraísos y otras aves de lejanas tierra; plumas de avestruz; floreros de la India; jarrones de Asia; miniaturas de quién sabe donde; algo ha de comprarse... cuando no se ha hecho, sin los requerimientos de ellos, gastos mayores de los propuestos...

Un día de compras en Colón es el mejor paseo que puede darse para el temperamento de una mujer, que fija su atención en todo lo bello, aun cuando sea fútil; que se detiene en los caprichos de la moda; que le seduce la tersura de las sedas de verdad, la perfumería rara; que evoca sus garzas y sus pájaros en las plumas de los abanicos de las grandes vitrinas; que revive su flora admirable en los ricos mantones de Manila, y piensa en países de encantamiento como China, Japón, India, en cada uno de los detalles que se le presentan.

Aun que no hubiese necesitado efectuar algunas compras indispensables para completar mis aderezos para los días que habría de pasar en Miami, por ningún motivo me hubiese quedado sin gustar de este atrayente encanto, que es, sin duda, para una mujer, el mejor pasatiempo. Ahí gentes de todos los países: franceses, ingleses, alemanes, españoles, latinoamericanos, que de paso por el Istmo, como me ocurría a mí, se entregaba al mismo placer. Los comerciantes, que en su mayor parte hablan el español, multiplican su ingenio y su capacidad lingüística para hacerse entender; y es de verlos con qué facilidad improvisan el inglés, el francés, el italiano, el alemán y otros idiomas a su manera, en la seguridad de que se han de hacer entender, como lo demuestra al punto el resultado de sus ventas, que les dejan pingües ganancias.

El paseo por el comercio de Colón se prolongó hasta en-

trada la tarde. De regreso al hotel para el almuerzo, era portadora de sinnúmero de paquetes; y solo sentía, en mi temperamento de mujer, no haber podido adquirir tantas otras cosas más...

La hora de cita del Hotel Washington es la del té, que sirve de pretexto para tertulias de amigos y para que los esposos se reúnan con sus mujeres, que a esa hora se entregan deliciosamente al baño en la sabrosa piscina que allí existe.

Naturalmente, fatigada como estaba con el paseo de la mañana, y apesar de que ya había tomado el baño matinal en la piscina, invitada por la alegría de la concurrencia, fui de nuevo al baño, a gozar de un espectáculo precioso.

Dijérase un concurso de bellezas. Desfilan por la piscina mujeres de formas tan perfectas y hombres tan apuestos, que, en verdad, no se necesitaría de preparativos de ninguna clase para seleccionar, no una, sino muchas beldades, que por sus atributos de perfección fuesen acreedoras a los mejores premios en un torneo de belleza.

En la piscina hay la manera de hacer toda clase de ejercicios; y ancha y grande como es, cuenta con lugares apropiados, en el mismo perímetro, para todas las edades, gustos y aficiones. Los grandes nadadores ocupan el tajamar que separa la piscina y donde la profundidad es considerable; y con un atrevimiento propio del que tiene dominio de su arte y confianza en sus brazos y sus movimientos, se lanzan al agua y hacen espléndidas exhibiciones de natación. Hombres y mujeres, aún sin conocerse previamente, forman una amable camaradería, entregados al deporte, hasta que ya entrada la noche,

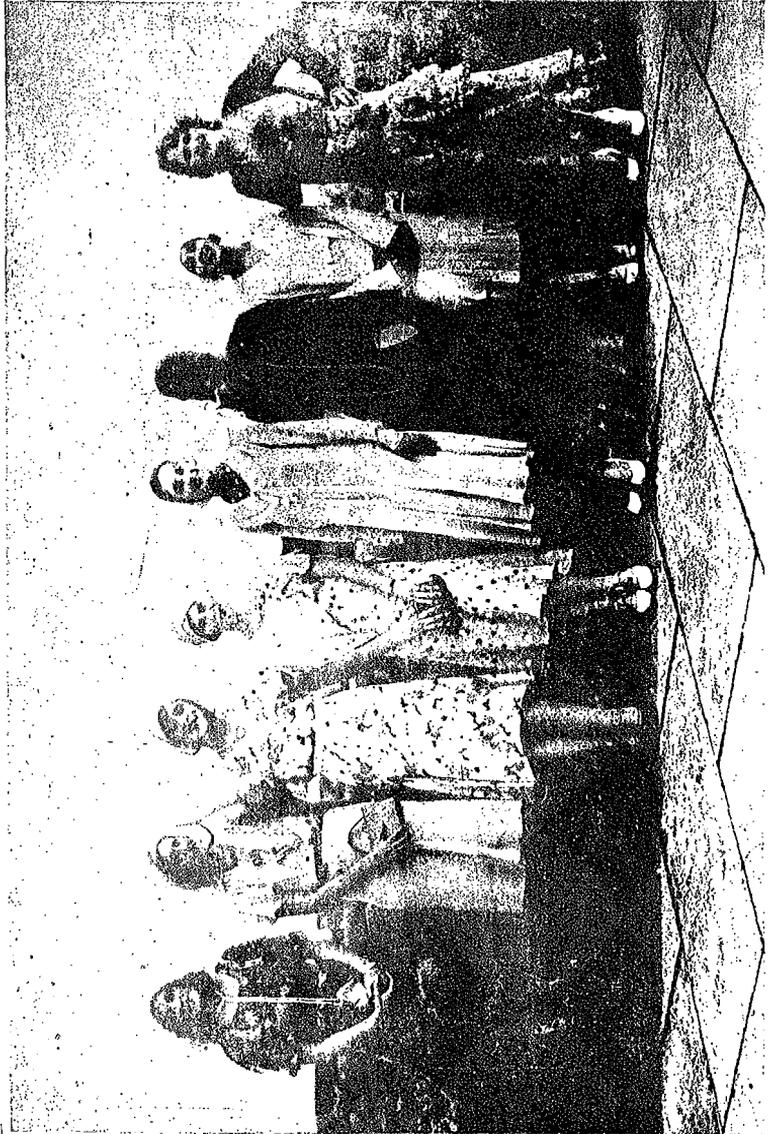
abandonan las aguas para alistarse y asistir al baile, bien a la hora del té, bien a la de la comida, concluída ésta.

Los días especiales, como ocurrió el de mi llegada, se baila hasta avanzadas horas de la noche.

Pero el descanso, desgraciadamente, fué muy breve. En el "Santa María" debían arribar las señoritas que representaban a Perú, Bolivia, Chile y demás concurrentes al torneo de Miami, quienes desembarcaron en Panamá para recibir el homenaje que se les preparaba en su honor, después de lo cual, y en esa misma nave, proseguir el viaje a la Habana, última escala antes de hacer el trayecto a la Florida.

No hubo más que alistar los equipajes con todo placer, y disponerse a recibir a las gentiles compañeras, estando anunciada la hora de su llegada a las 6 p. m.

Día de suaves impresiones y de grato descanso el de Colón. E imborrables las horas transcurridas en la paz y en la exquisitez del Hotel Washington.



VI

EL ENCUENTRO CON LAS SEÑORITAS LATINOAMERICANAS

A recibir a las Señoritas latinoamericanas, que habían de ser, en lo sucesivo, mis compañeras, entre las cuales se iba a elegir a la Señorita Latino-América, en el concurso de bellezas de Miami, fuimos con mi padre y unos pocos amigos, al muelle de Cristóbal, a las 6 de la tarde, hora en que estaba anunciada la llegada del vapor "Santa María", a cuyo bordo seguiríamos viaje a la Habana.

Con la regularidad de usanza llegó el buque y fui introducida a las Señoritas Mélida Boyd, representante de Panamá; Mary Deam, representante de la Zona del Canal; Rosa Pizarro, representante de Bolivia; Haydee Morales, representante de Nicaragua; Julia Salazar, representante de Costa Rica; Emma Mc. Braide, representante del Perú; y Violeta Gómez Briceño, representante de Chile.

Una grata impresión de confraternidad se hizo sentir inmediatamente. Las ocho concursantes latino-americanas reunidas el 24 de Marzo en Cristobal, fuimos, desde ese momento, sinceras amigas, a quienes nos unió lazos de camaradería y espontaneidad que no olvidaremos jamás.

Todas venían acompañadas de algún miembro de su familia, excepto la Señorita Panamá, Mélida Boyd, que viajaba sola, y que se sintió sumamente complacida con la reunión de todas las demás, por este mismo motivo. Mi padre era el único hombre entre la comitiva de Señoritas y sus respectivas madres. De manera que, aún ellas, tuvieron enseguida las atenciones que cumplían, del único compañero de viaje más cercano.

La alegría nuestra comenzó enseguida. Entusiasmadas con el relato que les hice de la piscina del Hotel Washington y con las informaciones que ya tenían cada una de ellas, lo primero que resolvimos fué irnos a dar un baño. Por lo demás, el sofocante calor de la tarde en Cristobal lo excusaba de sobra. De modo que poniendo manos a la obra, procedimos a celebrar la primera reunión con un momento encantador de baño.

Al principio creí que de lo que se trataba era de encontrar la oportunidad de cercionarse cada una de la belleza y formas de la otra, no fiándose mucho de los afeites de la cara ni de las galas del vestido, que tienen el privilegio de hacer bello lo que no lo es. Pero bien pronto me convencí que esas eran meras y audaces suposiciones mías, pues el trato afable, franco, confidencial, correcto en todo momento, de cada una de mis compañeras de concurso, ponían fuera de toda duda mis

aventuradas conjeturas. Por lo demás, nada tenía que envidiar la una de la otra, porque todas eran igualmente bellas, elegidas con asombrosa propiedad para representar a sus países; y si alguna diferencia había era la del color de los cabellos, la del tamaño de los ojos, la de la estatura—siendo todas altas y garridas—el color encendido o apagado de los labios, la tez blanca, mate o morena. Mas, el conjunto, la armonía de la línea, la pureza de las facciones, la riqueza de la juventud, rompiéndose en esos admirables cuerpos, era semejante en todas; y como que así lo descubrían, principiaron los elogios de las unas a las otras y las frases de apología. Comenzó, en una palabra, el concurso... en una de sus manifestaciones...

Ligeramente morena, nunca como la elegida del trópico, es la Señorita Panamá, Mérida Boyd. De grandes ojos, que retrataban la inmensidad de los dos Océanos de su País; la impresión de color variaba, entre un verde suave y un castaño pronunciado: había en ellos las cambiantes del día y la noche de los crepúsculos del Istmo. Su boca pequeña, como un trébol, encendida; su cuello fino; su perfil impecable; su talle garboso; ligera de peso, de formas onduladas y llenas. Resaltaba lo acabado de sus pantorrillas y lo armonioso de su pecho.

También un poco morena, la Señorita Bolivia, Rosa Pizarro; de mirada apasionada y dulce a la vez, respondiendo a los enigmas de unos ojos negros, poblados de finas pestañas; su cabello, gracioso, hacía contraste espléndido con los ojos; y naturalmente, bajo esas graciosas ondas, resaltaba mejor su faz, que se salía del moreno para ser tan blanca como un baño de luna, en los lagos. Cuerpo armonioso. Líneas perfectas.

La Señorita Perú, Enma Mac Braid, como la Señorita Zona del Canal, Mary Deam, y un poco también la Señorita

Chile, Violeta Gómez, descollaban por su blancura, por sus cabellos entre dorados y castaños, por sus ojos azules, que indicaban el origen quizá anglosajón de alguno de sus progenitores; a pesar de que en nuestro continente latino-americano, hay lagos azules para copiarles el color en los ojos, y un sol de oro para recibir de él las caricias de sus rayos. Los cuerpos de cada una de las Señoritas que he mencionado eran, vuelvo a repetirlo, perfectos, como lo era también el de Haydee Morales, la Señorita Nicaragua, y el de Julia Salazar, la Señorita Costa Rica, morenas ambas, de grandes ojos negros, de labios sensitivos y grana, y de una rara, admirable belleza.

Quizá no haya tenido el juicio sereno para juzgarlas, sobre todo por ser mujer, y estar comprometida en un concurso en que todas éramos partes, a cual más interesada, no únicamente por la natural vanidad femenina, sino porque nuestra misión entrañaba un sentimiento de patriotismo; y elegidas por nuestros respectivos países, cada cual soñaba, como yo, en el triunfo para su patria, más que en la vanidad, tan propia.

Pero creo haberlas interpretado a todas en la gallardía de su belleza, en la admirable elección que las llevó al torneo de Miami, en la esplendidez de sus rasgos fisonómicos y de sus formas perfectas.

En esos momentos, en la piscina del Hotel Washington, en la familiar camaradería en que estábamos, sumergiéndonos en las riquísimas aguas que desde el Océano llenaban el baño, acaso hizo falta un tribunal, el cual les habría proclamado a todas reinas de sus respectivos países y fiel intérpretes de la belleza latino-americana.

Como el tiempo apremiara, estando anunciada la sa-

lida del vapor "Santa María" para las 7 p. m., nos apresuramos a vestir, y juntas marchamos de nuevo al muelle para emprender el viaje.

Sólo se esperaba nuestra llegada para la partida. Unos minutos después, engalanado el "Santa María", donde habían viajado algunas de las Señoritas concurrentes que nos acompañaban, emprendió la marcha, dejando oír su sirena en los ámbitos de la Ciudad y del Océano.

Esa primera noche abordo del "Santa María", fué una noche de verdadero regocijo. Después de la comida se improvisó un magnífico baile, y la alegría fué nuestra incansable compañera a lo largo de la travesía, que duró tres días, gratos cual los anteriores, como si cada vez se esforzaran muchísimo más en superarse para atarnos a su recuerdo imperecedero.

VII

ELECCION DE LA REINA DEL "SANTA MARIA"

El "Santa María" es una de las grandes unidades de la moderna y espléndida flota mercante de la Grace Line. En esta gallarda nave, como ya lo he dicho, nos correspondió hacer la travesía de Cristobal a La Habana. Coincidió ello con la circunstancia de que era a su bordo que viajaban algunas de las Señoritas latino-americanas desde sus respectivos países, entre ellas Violeta Gómez, la Señorita Chile; Rosa Pizarro, la Señorita Bolivia; y Enma Mac Braid, la Señorita Perú. En Cristobal se unieron las representantes de Panamá, Zona del Canal, Nicaragua, Costa Rica y yo. Eramos por todas ocho.

La animación que reinaba a bordo era extraordinaria; y deduzco que así ha debido ser durante todo el trayecto de Valparaíso a Panamá, a juzgar por la forma como se condujo conmigo el "Santa Rita", con ser que era yo sola.

Como nunca, la nave estaba completamente ocupada en todas sus reparticiones con pasajeros que se dirigían, en su mayor parte, a los carnavales de Miami, atraídos por la inusi-

tada suntuosidad que se les concedía con los números especiales de elección de reinas de Latino-américa y de la Unión Americana, previo al concurso de Río de Janeiro de belleza internacional, promovido por el gran rotativo brasileño **A Noite**.

El centro de las atenciones era, como cabe suponerlo, las bellezas que viajaban abordo. Y demás está decir que las fiestas se sucedieron durante los tres días de navegación, que fué de lo más agradable, casi en un vértigo fascinador.

Los programas comenzaban con los juegos deportivos matinales y con los paseos por la cubierta del buque, que servían para que las mujeres exhibieran sus trajes de mañana y sus tocados de deporte; seguían con el almuerzo, que se le hacía de etiqueta, por el natural afán femenino de realizarlo con su presentación; y los originales juegos de azar, tan de moda abordo.

Las carreras de caballos eran una de las atracciones favoritas de la tarde, a las que se les prestaba un animación tal como si en verdad el público se encontrara en un gran hipódromo, frente a los ases de la velocidad, jugándose enormes fortunas. Y debo decir, que endulzada como estuve con una ganancia de cinco dólares una de las tardes de mayor entusiasmo, a punto me encontré de caer en las redes de la gran moda hípica, que tantos sacrificios, dicen, impone a sus gustadores empedernidos.

Por lo general, las carreras de caballos concluían con la atracción de las bañistas, que en pleno océano, en la cubierta de proa, lucían sus formas de verdaderas sirenas, en medio de los aplausos de los espectadores. El baile, a la hora del té, era también una diversión favorita.

Por la noche, la comida; y después, el baile de rigor, hasta horas avanzadas.

Mas, la nota emocional, y por todos conceptos simpática, del viaje abordo del "Santa María", lo dió la elección de la Reina, que llevaría la corona y el cetro a nombre de la hermosa nave.

Indudablemente, conforme se acercaba el lugar del torneo final, en la para nosotras encantada ciudad de Miami, la idea de los concursos germinaba con una facilidad asombrosa. De manera que cuando se sugirió la moción de elegir una reina del "Santa María", el entusiasmo de todos los viajeros traspasó los límites de lo increíble.

Era el segundo día de navegación, y la idea nació de la misma oficialidad del barco. Muy temprano de la mañana se esparció entre todos los viajeros la noticia, señalando para la hora de la comida la proclamación de la que resultara elegida Reina del "Santa María". Las elecciones debían verificarse, por lo tanto, en el curso del día, siendo entendido que no se aceptarían votos pasada la hora del té.

Inmediatamente se improvisaron comités pro tal o cual de las bellezas latino-americanas que se encontraban abordo, y principió la propaganda que fué tomando, a medida que transcurrían las horas, el aspecto de una verdadera lucha eleccionaria.

Por el momento se pospuso toda otra actividad que no fuera la de conquistar adhesiones para las candidaturas postulantes. En el almuerzo, a la hora de las carreras de caballos, en las mesas de bridge y de poker, no se escuchaba más apuestas que las de que fulana o sutana sería la triunfadora.

La hora culminante de la propaganda fué en circunstancias en que las bellezas latino-americanas resolvieron presentarse en la piscina de proa, a tomar el baño de todos los días. Agrupados los pasajeros en las barandas, aclámaban y aplaudían a las candidatas de sus simpatías.

Constituída la mesa escrutadora en cubierta, que estaba integrada por el Capitán del buque y tres caballeros más, de distintas nacionalidades, a la hora indicada se procedió a hacer el recuento de votos, en alta voz. Era realmente asombroso el alboroto que formaban los electores, atronando en aplausos según se pronunciaba alguno de los nombres de las candidatas.

La elección estuvo reñidísima. Todas las bellezas ahí presentes obtuvieron fuertes votaciones. Y fue elegida Rosa Pizarro, la Señorita Bolivia, como la Reina del "Santa María".

Su elección fué saludada con nutridas salvas de aplausos y exclamaciones de simpatía de todo género. Enseguida comenzaron las felicitaciones, principiando por cada una de las que habíamos sido vencidas en el torneo. Y entre hurras, vivas a Bolivia y a las Señoritas latino-americanas, y vivas y aplausos también al Capitán y cultísima oficialidad del "Santa María", se sirvió una copa de champaña en cubierta, como el primero de una serie exquisita de homenajes que se le tributaron hasta su llegada a la Habana, a la linda soberana del "Santa María", Señorita Rosa Pizarro.

La comida, como era en honor de la elegida de las simpatías del buque, fué de gran etiqueta. Había sido decorado suntuosa y alegremente el comedor, preparándose una mesa real para la Reina del "Santa María", que se destacaba en lu-

gar preferente, rodeada de su corte, que la formaban las demás Señoritas latino-americanas. En mesas adyacentes encontrábase el Capitán, la alta oficialidad del buque, los miembros del jurado calificador de las elecciones, y otras personalidades que viajaban rumbo a Miami.

La orquesta del "Santa María" dejó oír los acordes del himno de Bolivia, para saludar a la Reina de su nave, siendo aplaudida frenéticamente.

El elegante comedor del buque ofrecía un golpe de vista digno de una fotografía para ser exhibida en todos los países. La belleza, la distinción y la alegría, eran las características de la admirable reunión. Al tiempo del champaña hubo discursos alusivos, frases de elogio para todos los países, votos de sinceridad para los concurrentes, y aplausos, muchos aplausos, en medio de los cuales se inició el desfile hacia el puente, donde se había preparado el lugar del baile, primorosamente adornado con gallardetes, banderas, flores artificiales y luces.

¡ Cuánta sinceridad! ¡ Cuánta simpatía! ¡ Cuánto entusiasmo se derrochó en esta fiesta de la elección de la Reina del "Santa María"! ¡ Cómo se destacaba la espontaneidad de la manifestación! ¡ Cómo la cultura presidió las elecciones, dándole el triunfo realmente a la elegida de las simpatías del buque, que lo era en el "Santa María" la Señorita Bolivia, Rosa Pizarro! ¡ Cómo en estos instantes venía a mi memoria el fervor puesto en torno a mi nombre por el pueblo de Guayaquil, y cómo me afirmaba en el concepto de que sólo triunfa todo aquello que está alimentado por la sinceridad, la simpatía y el entusiasmo!

La elección de la Reina del "Santa María", fué, sin duda,

una fiesta digna de los viajeros de esa nave, digna de las personas en cuyo honor se efectuaba y digna del Capitán y oficialidad del buque!

Después, muchas veces he pensado en esta elección, recordando la manera como se efectuó la de Miami, de que he de ocuparme en el capítulo respectivo.

Mientras tanto, vaya mi recuerdo para la Señorita Rosa Pizarro, para la hermana República de Bolivia, tan íntimamente ligada al Ecuador, y para el "Santa María", que fué teatro de una tan bella fiesta.



ESTAMPADO
BIBLIOTECA NACIONAL DEL ECUADOR

VIII

HABANA, EDEN DE LAS ANTILLAS

Todo cuanto había oído y leído respecto a la extraordinaria belleza de la Habana, resultó desproporcionado ante lo que es, en realidad, esta magnificente metrópoli, cuya situación privilegiada la coloca en un puesto sin paralelo con los países del Mar de las Antillas.

Bajo un cielo espléndido, más intensamente azul por efectos de las reverberaciones del mar, tres días después de haber dejado Cristobal, el "Santa María" entraba en la bahía de la Habana, teniendo al frente el viejo Castillo del Morro con sus grandes murallones, que fueron testigos de acciones heroicas en la historia de la libertad de Cuba.

A las 11 a. m. estábamos en el muelle, listos a desembarcar.

¡Formidable movimiento del puerto! ¡Entrar y salir de

buques con insignias de todos los países! ¡Bullicio enorme de las fabulosas actividades de la Ciudad, que tienen mayores proporciones en el distrito portuario, donde están los grandes almacenes de depósitos, y el tráfico es todo lo intenso que puede serlo el de un emporio de riqueza como el de la Habana, asiento de la industria azucarera y primer centro productor del artículo en el mundo!

Abordo vinieron a recibirnos delegaciones de la Miami Beauty Pegeant, compañía organizadora de los concursos de belleza de Miami, a donde nos dirigíamos; delegaciones del Ayuntamiento de la Habana; representantes de todos los principales periódicos y multitud más de personas.

Como una deferencia de las innumerables que recibí del distinguido Ministro del Ecuador en Cuba, Dr. Víctor Cevallos, y que serán objeto de especiales consideraciones, para corresponder, en parte, a sus finezas, está la atención que tuvo para conmigo, de ir al muelle a encontrarme, en compañía de su cultísima y aristocrática familia, recibiendo de sus manos un precioso ramo de flores naturales, que no se marchitarán nunca en mi corazón.

Después de cumplimentar al Capitán del "Santa María" y a su atenta oficialidad, y recibir de ellos las últimas atenciones, bajamos a tierra con la comitiva de recepción, para alojarnos en el Hotel Plaza, uno de los grandes hoteles de la Habana, que cuenta, a este respecto, con verdaderos palacios de lujo, de sibaritismo, de riqueza loca, como parece que no los hay en parte otra, mejores. Quizá, iguales.

Fue en el muelle, al desembarcar, donde por primera vez conocí al señor Gastón Andrade, un representante de la Mia-

mi Beauty Pegeant, quien, por ser compatriota mío—aún cuando no le caía muy en gracia el serlo, ya que se muestra más americanizado que un yanqui legítimo—no dejó, sin embargo, de extremar sus deferencias para conmigo, congratulándose de que en el Ecuador hubiera habido el acierto de elegir para los concursos de Miami a una genuina representante de la raza. . .

El señor Gaston Andrade, a quien pronto hubimos de quitarle el señor, porque así nos lo exigió él mismo, manifestándonos que había tenido muchísima complacencia en prestarse para venir a nuestro encuentro a la Habana, tanto por hablar el español debidamente como ser uno de los organizadores del concurso en lo que atañía a nosotras, comenzó su labor de ponderación acerca de los resultados finales del concurso y del éxito sin precedentes que se nos esperaba a las Señoritas latinoamericanas que habíamos tenido la felicidad de ser elegidas en tan excepcional oportunidad. . . .

Naturalmente, conocedor del medio; vinculado, como se decía, al periodismo de la Habana y a los promotores del concurso, a más de ser uno de sus asociados, Gaston Andrade se hizo sin muchas dificultades a nuestra confianza, siendo, por otra parte, como es, hombre de mundo, de amena y expresiva conversación, de originales ocurrencias y experto en todas las andanzas de arte y de bohemia yanqui. . .

Como he dicho, la comitiva estaba integrada, además de Gaston Andrade, el representante oficial de la Miami Beauty Pegeant, por personalidades destacadas del periodismo y de la Municipalidad de la Habana, cuyos nombres deploro no consignarlos en estos apuntes, por no omitir algunos de ellos involuntariamente, ya que mi memoria no es todo lo fiel que yo quisiera.

En varios automóviles recorrimos la Ciudad antes de encaminarnos al hotel. Pasamos por los suntuosos edificios de los periódicos que habían enviado su representación a recibirnos: **El Diario de la Marina**, que hace honor al periodismo del mundo entero; **El País**, que ocupa una posición destacada en la política y en la dirección de los destinos de Cuba; **El Día**, **El Heraldo**, y otros muchos más, de significación y de enorme prestigio.

Hicimos un breve recorrido por las vías principales y los paseos más importantes, entre los cuales se destaca El Prado, que es una avenida magnífica, que une el centro de la Ciudad con el Malecón, sombreada de árboles corpulentos y siempre verdes; el Malecón, que orilla el mar, y ofrece un golpe de vista maravilloso; el Vedado, un primoroso lugar residencial de la gente adinerada y de buen gusto, donde pueden admirarse las construcciones más caprichosas y suntuosas que puede darse; el Marianao, donde funciona una estación de baños de gran moda; y, en fin, lugares que son un encanto por su limpieza, su amplitud, el arte con que han sido construídos y las edificaciones particulares que hay en todos ellos.

Después de este recorrido, que escasamente tuvo la amplitud de una cinta cinematográfica, nos dirigimos al Hotel Plaza, nuestra residencia en la Habana, y donde se nos había preparado un almuerzo de gala, al que concurrió un grupo selectísimo de invitados, que incluía periodistas, literatos, artistas, elementos oficiales y otras delegaciones más.

El almuerzo se prolongó algunas horas durante las cuales se contaron las impresiones de viaje, se comentó el entusiasmo que en cada país había habido por la elección de sus respectivas representantes, se habló de las características de

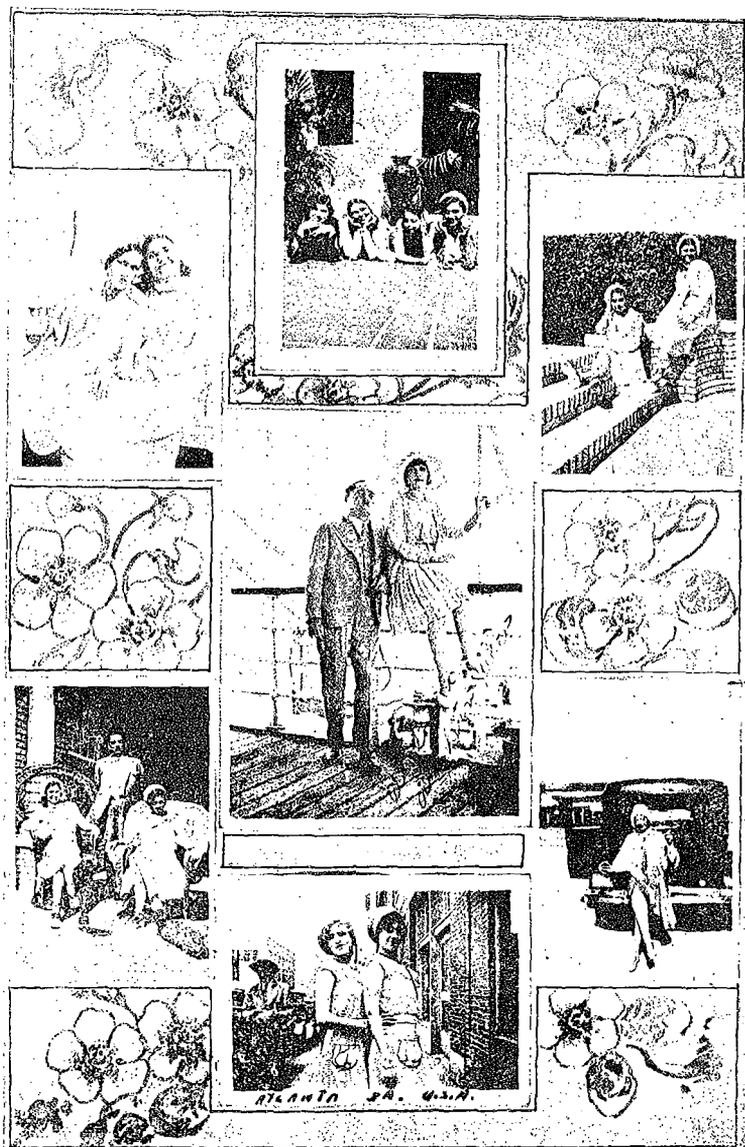
cada uno de ellos, se hicieron gratos recuerdos de personajes, anotando yo, especialmente, los conceptos que para el General Eloy Alfaro se dejaron escuchar de los intelectuales ahí reunidos, y el respeto, casi veneración, que demostraban por literatos como Don Juan Montalvo, a quien comparan con el gran José Martí, el pensador y poeta cubano, que murió defendiendo la causa de la libertad de su País.

Era natural que descansáramos, y así convinieron los cultos anfitriones. Después de libadas algunas copas de champaña y de haber derrochado elocuencia, se despidieron, dándonos cita para un recorrido minucioso por la Ciudad y sus alrededores, que tendría lugar a la hora de la puesta del sol, que es la más propicia para gustar de este edén magnífico de las Antillas, que es la Habana.

La invitación al paseo de la tarde comprendió la visita a algunos centros sociales, la asistencia al Teatro Nacional de Cuba, uno de los coliseos elegantes del Continente, y un baile en el Casino Nacional.

De no ser mujeres y jóvenes, el programa era para haber hecho pensar a cualquier persona de mayor edad, después del trabajo del día y de las fatigas del viaje...

Pero, dominadas por la curiosidad; alimentadas del afán—sobradamente justificado—de conocerlo todo; acogidas y atendidas, como no podía darse más finezas; y por lo demás, llenas de espíritu y de vida, no pusimos el menor reparo, quedando, en consecuencia, concertadas en los galantes y complicados—por los numerosos—términos de la invitación.



IX

LOS ENCANTOS DE LA HABANA

A las ocho Señoritas Latino-americanas que desembarcamos del "Santa María", se unieron en la Habana, la Señorita Cuba, Gertrudes de la Vega, una de esas gentiles habaneras que reúnen en su belleza los indecibles encantos de su suelo privilegiado: esbelta, bruna, chispeante, de formas seductoras; y Raquel Calvo, la Señorita Guatemala, que no desmentía con sus rasgos de belleza la fama de su País.

Estábamos completas, en espera del vapor que nos conduciría a Miami directamente; y todas asistíamos a las reuniones que se improvisaban u organizaban en nuestro honor.

Así es como, en la tarde de nuestra llegada, después del succulento almuerzo de recepción servido en el Hotel Plaza, en sendos y numerosos automóviles, acompañadas de distintas personas de los diversos círculos sociales e intelectuales, nos dedicamos a conocer la ciudad de la Habana, con más detenimiento de como lo hicimos en la mañana.

Saliendo del Hotel Plaza, y tomando la vía del Paseo del Prado, seguimos con dirección al Vedado, el sitio residencial de más campanillas que hay en la hermosísima capital cubana.

Nos detuvimos en la columna que se alza en el tajamar, en conmemoración de los marinos del Maine; y nos detuvimos también, frente a la estatua del héroe de la libertad de Cuba, General Antonio Maceo, erigida en el centro de una plaza, a la entrada del Vedado.

La vía del Malecón, que dejábamos atrás en nuestra carrera automovilística, se distingue porque tiene de un costado el mar inmenso, esmeraldino y levemente agitado; y del otro costado, ricos edificios, en su mayor parte de mármoles de diversos tonos y colores.

En el Vedado sería labor impropia hacer una relación de las villas que le dan una vida de encantos indecible. Pero se destaca el Hotel Almendaris, que se abre únicamente en el invierno, sea en los meses que correspondían a nuestra llegada, y donde hace derroche de opulencia el turista de los Estados Unidos de Norte América y de todo el mundo, atraído por los secretos de sus mil diversiones; el Yatch Club; inaugurado ahora unos pocos años, y que representa algunos millones de dólares y es de admirable estructura, tirado sobre el mar, con una deliciosa playa a sus plantas; el Country Club, centro favorito del sibaritismo y la moda, lugar predilecto de deportes, con sus magníficos campos de golf, su preciosa piscina y sus salones de baile a campo raso.

En cada uno de estos lugares nos detuvimos el tiempo indispensable para conocerlos brevemente.

De aquí nos dirigimos a los edificios de la Compañía de Cervezas Nacionales, donde se nos había invitado. Ahí, el gran dramaturgo español Ernesto Vilches, que se hallaba de paso, en ruta a los Angeles, y quien pocos meses antes había actuado en el Teatro Olmedo de Guayaquil con notable éxito, tomó la palabra, e improvisó un hermoso discurso en elogio de las bellezas latinoamericanas, mereciendo estruendosos aplausos.

Momentos luego, continuamos nuestro itinerario de paseo, recorriendo lugares históricos de la Ciudad: la evocadora capilla, donde se dice reposaron los restos de Cristóbal Colón; los sitios aseQUIBLES del Morro, antañera fortaleza española.

Recorrimos antiguas calles, que conservan la pureza de su sabor andaluz, por lo estrechas, irregulares, con casonas de enrejados y ventanas salientes, como dicen que son las de Sevilla.

Los edificios públicos de la Habana son de una magnificencia propia de su riqueza e importancia; y el Capitolio se destaca con su arquitectura sobria de foro antiguo.

No dejamos, naturalmente, de visitar el monumento del poeta y patriota admirable, José Martí, que con tanta justicia venera Cuba, en los pliegues de cuya bandera libre cayó, cantando a la libertad.

Y yo no me habría perdonado, si no le dedico un recuerdo al General Eloy Alfaro, nuestro héroe, que es objeto de especial admiración por parte del pueblo cubano, que reconoce los servicios que le prestó a la causa emancipadora de Cuba, en vista de lo cual se ha apresurado a enaltecer su memoria ante la conciencia del País.

Hicimos un alto en el Roof Gardens del Hotel Plaza, donde a primeras horas de la tarde se reúne la gente elegante de la Habana y se da cita el turismo, ya para el té, ya para los cocktails. Y en tan simpático y pintoresco lugar nos detuvimos, mientras llegaba la hora de asistir a la función que se había anunciado en nuestro honor, en el Teatro Nacional, donde en esos días actuaba una compañía de revistas de gran lujo.

El Teatro Nacional, como los demás teatros, cinemas, centros de espectáculos, es de inusitada elegancia. Todo en la Habana es suntuoso y rico, sobresaliendo teatros, hoteles y salones de baile.

Nuestra entrada en los palcos que se nos brindaron, fué saludada con nutridos aplausos, que se prolongaron largo rato.

La función fué una de las mejores que, en su género, había visto; y todas mis compañeras expresaron su satisfacción y contento por la forma efusiva y distinguida como éramos tratadas.

El espectáculo empezó con el Himno Nacional de Cuba.

X

EN LA LEGACION DEL ECUADOR EN CUBA

Hay manifestaciones que por sí solas dicen todo lo que se encierra, de distinguido y noble, en el corazón de las personas.

De esas son las que me prodigó con amabilidad tan exquisita y deferente el señor Ministro del Ecuador en Cuba, Dr. Don Víctor Cevallos, realzadas imponderablemente por su aristocrática familia, que harán eco por siempre en mi memoria y las evocaré tantas cuantas veces me sea dado mostrar un ejemplo de cortesanía atildada.

Fué en su regia mansión. Por motivos propios de los compromisos sociales del día; y en vista de que la mayor parte del tiempo había sido destinada de antemano a completar un programa en compañía de todas las Señoritas latino-americanas, el Sr. Ministro del Ecuador en Cuba, Dr. Don Víctor Cevallos y su gentil familia, me invitaron para un baile, a las doce de la noche, extensivo a la Señorita Nicaragua, Haydée Morales.

Como se aproximara la hora de la reunión y nos halláramos todavía en el Teatro Nacional, asistiendo a la función de honor ofrecida en nuestro homenaje por la Compañía de revistas a que me he referido en los apuntes anteriores, las dos invitadas, Haydée Morales y yo, nos vimos en el caso de separarnos de nuestras compañeras seguidas de nuestros familiares, y encaminarnos a la mansión ministerial del Dr. Cevallos, mucho antes de que finalizara el espectáculo.

La regia residencia del Ministro del Ecuador, vinculado a Cuba por su dignísima familia y por sus grandes intereses en la Isla—ya que es uno de los capitalistas y empresarios de más valía que hay allá—está ubicada en uno de los sitios residenciales de la Habana de mayor elegancia y distinción.

Profusamente iluminada; con decoraciones que revelan el selecto gusto de la familia Cevallos, que ha viajado por Europa y Estados Unidos, donde han sido educadas las bellas señoritas hijas del Señor Ministro, las entradas, corredores y salones de esta lujosa residencia, ofrecían un aspecto fascinador.

Se había dado cita en los salones de la Legación del Ecuador en Cuba, lo más granado de la sociedad habanera, que es fama goza de una distinción y exigencia como ninguna otra del Continente. Encontrábase también reunido gran parte del cuerpo diplomático residente en la capital cubana; y al compás de una admirable orquesta, las parejas rendían sus homenajes a Terpsícore, destacándose la elegancia y difícilmente igualada belleza de las mujeres, que lucían primorosos trajes, entre los destellos de sus piedras preciosas y el aleteo de sus abanicos.

Del brazo del Sr. Ministro del Ecuador fuí presentada a

la concurrencia, como lo fué también mi amiga y compañera Haydée Morales, Señorita Nicaragua.

Hubo en el salón momentos de silencio, que presumo eran de observación; pero bien pronto se reanudó la animación y la alegría pobló con sus notas el ambiente.

A la presentación vino el baile, que fue rociado con el rubio licor de las bodegas de la mansión ministerial.

Con las bellas y distinguidas hijas del Sr. Ministro, y con él mismo, hablamos del Ecuador; recordamos predilectos lugares del Dr. Cevallos, que hace ya algunos años no los visita, debido a los negocios que le vinculan a Cuba, a sus funciones diplomáticas, y a la necesidad constante en que está de viajar por Europa, para la educación de sus lindas hijas y el movimiento de sus cuantiosas empresas.

Pero su recuerdo vive perennemente unido a la Patria, a la que ama con sinceridad y patriotismo, como lo demuestra su brillante actuación diplomática ante el Gobierno de Cuba, y la acogida que encuentra a su lado, en todo momento, la colonia ecuatoriana.

La recepción de esa noche constituyó un lucido derroche de exquisiteces, no habiendo que admirar más, si las frases galantes y delicadas de los invitados para los concurrentes de honor y sus respectivos países, la belleza incomparable de la mujer habanera, ricamente representada en el baile, con el lujo y distinción que le son características, el señorío de la familia Cevallos, la hermosura del salón y la riqueza artística de sus decorados, o la esplendidez de los agasajos.

Todo estaba a la altura de la nombradía y distinción de

HONORES Y BOHEMIA...

los anfitriones. Era un ambiente soberbio, perfumado de increíbles encantos.

A avanzadas horas concluyó el baile.

Camino de mi hotel, todo en mi derredor, lo apercibía saturado de ese ambiente de refinadas distinciones del Sr. Ministro del Ecuador en Cuba.



XI

LA ETAPA AMBICIONADA

El 1° de Marzo fué un día de inusitada agitación. Era el día en que íbamos a realizar la etapa final ambicionada hasta la ciudad de Miami, el centro de todas nuestras inquietudes, la meta de nuestras aspiraciones femeninas del momento, que no tenían más horizontes, que los de conquistar el triunfo para nuestros respectivos países, y poder volver a la Patria querida con el cetro de la belleza latino-americana, no como la satisfacción de una vanidad exagerada y torpe, como ya creo haberlo dicho en otras líneas, sino como un placer íntimo para nuestros compatriotas, que de lejos seguían, con nosotros, los mismos sobresaltos por el triunfo.

En nuestro carnet de viaje había innumerables compromisos por cumplir en la Habana, la metrópoli que más galantemente nos abrió sus puertas y nos brindó una hospitalidad inmerecida, saturada de toda clase de amabilidades; y era preciso que no faltáramos con nadie, por lo mismo que la acogida había sido unánime.

En pie desde muy temprano de la mañana, y con la nerviosidad propia de la proximidad de la partida, en sendos automóviles, comenzamos nuestras visitas de despedidas y agradecimiento.

El primero en visitarse fué "El Diario de la Marina", uno de los rotativos más antiguos y prestigiosos del Continente, a cargo del cual estuvo la elección de la Señorita Cuba, recaída mercedamente en la persona de la encantadora damita habanera Gertrudes de la Vega.

Ahí fuimos atendidas y calurosamente ovacionadas por su culto Director y selecto cuerpo de redacción, brindándose una copa de champaña, entre discursos y vivas, y elogios para la mujer latino-americana.

Este gran diario cuenta con un edificio propio, de extraordinario lujo y comodidad, siendo sus salones de recepción, los estudios del Director y la sala de redacción, algo digno de conocerse.

Trabajan en él los elementos más caracterizados de Cuba y sus páginas se honran con la colaboración de las principales plumas del mundo, que son retribuidos como en los primeros periódicos de Europa, Norte América y Argentina.

Como el tiempo apremiara, y nos fuera indispensable concurrir a las oficinas de la Ward Line en demanda de los pasajes de la Habana a Miami, aligeramos las visitas a los diarios, rogando a "El Diario de la Marina" que hiciera extensivo nuestro saludo a toda la prensa de Cuba, dejando, por nuestra parte, tarjetas de despedida en cada una de las redacciones de los periódicos que se habían dignado enviarnos a salu-

dar y habían constituido representaciones ante las Señoritas latino-americanas.

En la Ward Line ya estaban ordenados los respectivos pasajes para cada una de las Señoritas concursantes y sus acompañantes, de manera que únicamente se requería firmarlos y arreglar los papeles y pasaportes en forma, hecho lo cual, y con conocimiento del vapor que nos correspondía así como de la hora de partida, resolvimos almorzar en uno de los restaurantes de la ciudad, para luego continuar las visitas de despedida antes de volver al hotel a arreglar los equipajes.

El zarpe del buque estaba fijado para las siete de la noche. Era "El Evangelina". lujosísimo trasatlántico, que completaría la travesía directamente de la Habana a Miami en doce horas.

Pasado el almuerzo, concurrimos al Club de Turismo, que se esforzó por brindarnos cuantas oportunidades se hallaban a su alcance para que conociéramos debidamente la Habana y pasáramos días tan contentos como los que disfrutamos.

No dejamos de fotografiarnos en los lugares llamativos de la ciudad, habiendo sacado en la Habana la primera fotografía en que aparecemos todas las Señoritas latino-americanas concurrentes a Miami con las respectivas bandas de nuestros países.

Las últimas horas de la Habana fueron de arreglo de los equipajes.

A las siete y minutos, "El Evangelina", levaba anclas rumbo a la ciudad fantástica.

XII

MIAMI

Abordó de "El Evangelina", de la Ward Line, trasatlántico de gran lujo, la conversación y comentarios versaban de preferencia sobre Miami, a donde llegaríamos al amanecer, doce horas después de haber salido de la Habana.

La travesía se hace cruzando la desembocadura del Golfo de México y bordeando la punta extrema de la Península de Florida, caracterizada por una enorme cantidad de islas rocosas, llamadas cayos, que se extienden muchas millas mar adentro.

El hecho de efectuarse el viaje durante la noche nos impedía gozar de cualquier espectáculo y de apreciar la conformación de la costa, que por lo exuberante de la vegetación parece ofrecer especial interés.

Navegábamos, sí, con un mar espléndido, como pocas veces podía ofrecerse en esas latitudes.

La noche de "El Evangelina" fué como todas aquellas en que una alegre juventud femenina les da vida, con su coque-terías, su garrulería simpática, sus charlas; y en que el baile se encarga de hacer correr las horas, con los versos que dicen:

La vida es corta
y sólo importa
pasarla bien

.....

Pasajeros de Cuba y otros países hispanoamericanos que habían estado en otras ocasiones en Miami, nos relataban el rápido crecimiento de esta que es hoy una de las grandes playas de moda del mundo.

Miami, como ciudad del Estado de Florida, que lo forma la Península de la parte Sur de los Estados Unidos de Norte América, es, quizá, una de las más pequeñas y de reciente formación. No ha venido a desarrollarse sino con el incremento que día a día toma en la Unión Norteamericana la idea nacionalista de que su inmigración de turismo, que significa enormes inversiones, las cuales se traducen en fabulosas utilidades para otros países, se utilicen en el propio país, contando, como cuenta, con lugares insuperables como estaciones climatéricas apropiadas para todas las épocas del año.

Y para el invierno, que es extremadamente riguroso en los estados del Norte de la Unión, nada comparable a la benignidad y esplendidez de la mayor parte de las ciudades de Florida, la dorada tierra que descubrió ese caballero español enamorado de la vida, Ponce de León, que buscaba para sí un paraíso de eterna primavera...



El clima es delicioso durante todas las épocas del año; pero, inmejorable, en el invierno, lo que ha motivado, más que toda otra causa, la importancia de las ciudades de esta región, entre las cuales las hay de verdadera valía como Tampa, Jacksonville, San Agustín, Orlando, Sanford, Pensacola, y la que recuerda, por llevar su nombre—Ponce de León—a su descubridor.

La historia exalta a la Península de la Florida, como un centro de la codicia extranjera. La descubrieron los españoles. Con los hugonotes, la debentaron los franceses, siendo luego recuperada por los bravos mantenedores de las conquistas de Ponce de León, Narváez y Hernando de Soto. Los británicos, no consintieron en quedarse fuera de parte; y usurparon también el territorio, en el que, además de su clima inmejorable, soñaban con minas de oro como no las había mejores en el universo...

Pero Miami es, relativamente, joven. Comenzó siendo una playa hermosa, en un recodo admirablemente acondicionado de la Bahía de Viscaya. Esta circunstancia; lo abrigado de sus aguas; la amplitud de sus extensos arenales, en uno como mar abierto, le dieron supremacía sobre las ciudades vecinas. Y Miami comenzó a conquistarse la celebridad que tiene hoy en día, y que tanta inmigración atrae para sus famosos carnavales durante los fríos días de invierno de otros lugares.

Acequible por mar y por tierra, su situación topográfica no puede ser mejor. Está unida al resto del país, en todas direcciones, por los grandes trenes transcontinentales, que viniendo de New York, pasan por ahí con destino a Key West, y bordeando el Golfo de México, van hasta San Francisco de California, y se unen con las líneas del interior de la Unión,

proporcionando contacto rápido y regular con cualquier ciudad.

Por otra parte, la red de carreteras es tan extensa, que, sin exageraciones, no hay lugar a donde no se pueda ir en automóvil.

Hoy día, Miami es invernadero de millonarios. Todos aquellos que anteriormente emigraban con rumbo a la Costa Azul, atraídos por los encantos de Niza, Monte Carlo, San Remo; o emprendían en largas cruzadas por el Cairo, o por lo menos marchaban a la Habana, que como pocas ciudades ofrece cuanto quiera el viajero rico para saciar su sibaritismo y colmar los más refinados caprichos, han descubierto en Miami el centro que mejor les sienta; y, naturalmente, están dotando a la ciudad de cuantas comodidades y diversiones sean necesarias para rivalizar con los centros parecidos de otros países.

Las residencias de los millonarios en Miami son únicas. Me imagino que el mismo afán puesto para hacer de New York la ciudad audaz que desafía al Cielo con sus enormes edificios, ha puesto el capitalismo en construir paraísos para viviendas de los potentados, con jardines, arboledas, sabanas de golf, que sólo se leen en los libros, sin que la imaginación los presente, aún en ese caso, en toda la magnitud que tienen.

Hoteles, casinos, clubs, hipódromos, teatros, jardines públicos, playas debidamente acondicionadas para los bañistas, campos de golf públicos, patios de tenis, gimnacios; todo es enorme y completo en Miami. Y si a esto se une, que ya se ha constituido el lugar en centro de la moda, donde los sastres lucen las toilets que regirán en primavera y otoño, y los jo-

yeros exhiben los últimos modelos de su rica pedrería, y los modistos el corte de reciente novedad para caballeros, y los fabricantes prueban el gusto y la finura de sus telas, y, en fin, las fábricas de automóviles presentan las carrocerías que se implantarán en los círculos exigentes, se tiene que Miami, es el vértice de todas las atenciones y el foco que irradia su elegancia, durante el tiempo de la estación, no sólo en Estados Unidos, sino en el mundo entero.

Tales eran los comentarios que se hacían abordo, a medida que "El Evangelina" avanzaba hacia el paraíso donde las diosas de la belleza iban a ser coronadas, con un cetro especial para Latino-América, entre las concursantes que merecieran el veredicto del docto jurado.

¿Qué más para avivar nuestra imaginación? Sabíamos que Miami era un centro de distinción; pero no estábamos en tantos antecedentes, que eran como darle mayor fuerza a nuestra fantasía. Y llegaríamos, justamente en los días de la máxima animación, en el delirio loco de los alegres carnavales, de los juegos florales, de los bailes de disfraces, de las serpentinas y de los confetis y perfumes, y mimos de las colombinas, y de las tristes alegrías de los pierrots... siempre inconscientes...

Eran solamente doce horas de travesía, y a la verdad, que el tiempo se nos hacía un mundo, una eternidad. Habíamos comido ya, descansábamos del baile, y no adelantaban las horas; seguíamos en las once de la noche...

Para que el tiempo corra raudo, al igual que la fantasía y los caprichos de las mujeres, no hay como el sueño, apesar

de que en circunstancias semejantes, es tarea difícil conciliarlo.

No había caso, a dormir, me dije, y mañana será otro día, el día de Miami, la ciudad paradisiaca, la meta de nuestros entusiasmos, el teatro del gran torneo, que atropellaba mi imaginación; pues aún cuando no lo mereciera, ambicionaba el cetro de la belleza para el Ecuador, de modo de poder comunicarlo en el acto, y decirle a mi País, que había sido digna de sus entusiasmos, sentimiento que abrigábamos todas las Señoritas latino-americanas.

El sueño fué intermitente. Sobre sus alas misteriosas recorría Miami. Desfilé en compañía de todas las Señoritas latino-americanas por frente al severo tribunal, compuesto de artistas, astros cinematográficos, empresarios del concurso y otras personas más de significación. Recorrí las calles de la ciudad en automóvil, en un vértigo de velocidad, anhelante de sorberme todo de un sólo vistazo. Volví a Guayaquil, e hice formal entrega del trofeo conquistado en el concurso; y habría seguido en estos dulces encantos, si la sirena de "El Evangelina", no me hubiese despertado, volviéndome a la realidad, que no era otra que el sueño ambicionado de Miami...

Surto el barco en el puerto, de la ciudad venía uno como hálito del trópico: eran las palmeras que exhalaban aromas de bienvenida para las viajeras, muchas de las cuales copiaban en sus siluetas, su flexibilidad y encantos. Las aguas, reprimidas en uno como homenaje de suspiros blancos, deshacían su larga fatiga, trayendo en sus lomos mensajes de tierras lejanas. Había un derróche de sol, como el de Guayaquil en sus días claros; de purísimo oro. El ambiente era en extremo gratísimo.

La gran recepción nos esperaba en tierra. El Ayuntamiento, los directores de la Miami Beauty Pageant, corresponsales de los periódicos estadounidenses, fotógrafos, cinematografistas; y una muchedumbre que exclamaba entusiastas frases que no comprendía, desgraciadamente, porque todas eran en inglés...

Seguidos de la banda local; y después de ser recibidos por el Alcalde, nos dirigimos al hotel que se nos había reservado, el Hotel Alcázar...

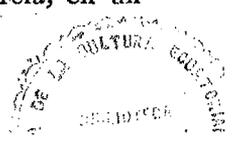
XIII

LA ALEGRÍA DE LOS CARNAVALES

Miami vivía en un derroche de fastuosidad nunca imaginada antes por mí los indecibles momentos de los más bellos carnavales.

A la riqueza de su cielo, de una limpidez de fontana; y al derramarse del sol en cataratas de alegría, unía la riqueza inmensa de sus cascabelantes risas, de las músicas de sus salones y de las mil formas como la población se divertía, olvidando las pequeñeces cotidianas, propias de la existencia, bajo los cosméticos y los antifaces, detrás de los cuales quién sabe cuántas tristezas se ocultaban...

Pero como lo que importaba era el aspecto exterior, la casi uniformidad del placer, ya fuese en el rictus de una máscara como en el de la propia cara, Miami reía, reía, en un desenfreno cordial de loca alegría.



Dijérase que del ambiente hubiese desaparecido todo lo que no fuera contribuir a hacer, aunque breve, efímera, la felicidad del hombre.

El aire entero estaba saturado de armonías, de músicas festivas, de sonoras palmas, de cantarinas voces, de exclamaciones de contento...

¡Las calles pregonaban fiesta! Embanderadas y con guirnaldas de flores las ventanas de los edificios, en los paseos principales; en algunos lugares, arcos triunfales, por bajo los cuales desfilaban las carrozas de las alegres mascaradas y los carros alegóricos, durante los días de los certámenes de exposición de industrias, jardinerías y modas, en cada uno de cuyos órdenes, los competidores se habían esmerado por imprimirle un sello de grandeza al espectáculo.

Esto durante el día, a la hora de los paseos, cuando la abigarrada muchedumbre se empeñaba en combates de flores, de confetis, de serpentinas y perfumes, dejando las calles materialmente alfombradas, como si se prepararan para alguna fiesta real, y quisiesen tender a las plantas del ungido pétalos para su entrada triunfal.

Por las noches, con las iluminaciones eléctricas dispuestas con inimitable arte, la impresión era la de que la ciudad estuviera irrizada de diamantes, que contrastaban maravillosamente con la orfebrería celeste, que se descolgaba en hilos de luz, para engarzar la fantasía de los hombres...

El carnaval, la gran fiesta de la farsa humana, o quizá de la realidad, se celebra en todo el mundo.

Recordaba la forma de celebrarlo en mi tierra, que no conoce todavía la manera de disfrazar más la vida, y que se conforma con enharinarse la cara y regalarle un baño inesperado al transeunte, entre las clases populares; y en los círculos sociales, con bailes, perfumes y confetis...

Mucho había oído ponderar estas fiestas en otras ciudades.

Los carnavales de Niza, dicen que son cosa de verse antes de pagar el tributo de la vida a la madre tierra, y disfrutar de la única realidad verdadera y eterna, la del descanso de la mentira humana.

Niza, que se arroja con las tibias brisas que atravesando el Mediterráneo vienen desde Africa durante los crudos inviernos del Norte de Europa, ha hecho de los carnavales una especie de credo para la riqueza y allá va el mundo entero elegante, a pagar su lujo y a aligerar su existencia en el carro del placer embriagador...

Ahora, la contribución de público que de los Estados Unidos de Norte América va a Niza, Monte Carlo, San Remo, y todas las estaciones de invernadero de Europa, quizá ya no sea igual. Miami se propone rivalizar con estos centros de placer y de riqueza, contando a su favor ventajas superiores por la excelencia de su clima admirable.

Posiblemente la única ciudad que no será superada nunca en sus carnavales sea Venecia, por las condiciones excepcionales de su topografía y los mil encantos históricos y de imponderable poesía de que es poseedora la fantástica ciudad italia-

na, que vive una vida de romance perpétuo, y que aún, sin conocerla, ejerce una suprema atracción sobre el espíritu. como ningún otro lugar del mundo.

Pero Miami tiene en invierno secretos que no los hay en parte otra alguna. Sus playas son únicas, tibias, caldeadas por un sol tropical, con quitasoles naturales de palmeras, que le hablan constantemente de esperanzas al corazón... Y sus carnavales, que coinciden con lo mejor de la estación invernal, se desarrollan en un ambiente de tantas novedades, que creo que el que los ha pasado aquí, no pudiendo, después, establecer comparaciones, debe tenerse por muy satisfecho, y bendecir la oportunidad en que vivió un minuto tan bello...

Huéspedes, como éramos, de la Ciudad de Miami, y el centro de la atención del momento, pues que todavía no habían llegado las Señoritas de la Unión Norte Americana, los días discurrían para nosotros como en un sueño de placer interminable.

Grandes paseos a la playa, a la hora en que toda la ciudad se encontraba reunida allí, disfrutando del sol, cuando no sumergida en el mar, envuelta de arena, bajo de vistosas sombrillas o en los pequeños y pintorescos kioscos de baño diseminados a lo largo de la playa.

Lo elegante para las norteamericanas era quemarse al sol, hasta perder su color blanco de nieve... Había una como fascinación por el color moreno... ¡Los contrastes...!

Por las tardes efectuábamos recorridos en automóvil por la ciudad y pequeñas poblaciones circunvecinas, o por las demás playas elegantes y las suntuosas residencias de los millonarios.



Teníamos bailes en la noche, en distintos lugares, y banquetes aquí y allá, ora ofrecidos por las autoridades locales, bien por los centros latino-americanos, o por los clubs de turismo y los grandes hoteles de moda...

Más agitación no era posible; una agitación rica, de impresiones agradables.

Contábamos, en todo lugar a donde concurríamos, con la gentil deferencia de los circunstantes, que se placían con hacernos toda clase de obsequios y atenciones.

Habíamos trabado ya algunas amistades del lugar; y también de su parte éramos atendidas particularmente.

La fotografía era uno de nuestros números obligados del programa de todos los días, para obsequiarlas a los amigos y para atender a las demandas de los centros de publicidad y de propaganda.

El radio no se libró de nuestras voces; y en más de una ocasión dirigimos mensajes verbales a cada uno de nuestros países, con la ilusión de que seríamos escuchadas.

Los operadores cinematográficos de novedades internacionales, asimismo nos enfocaban continuamente, a lo que nos prestábamos con el mayor gusto, bajo la obsesión del cine y la poderosa atracción de Hollywood.

Mientras se avecinaba el día del gran concurso, que no tuvo lugar sino ocho o diez días después de llegadas a Miami, las Señoritas de Latino-América, disfrutamos de momentos inolvidables, sintiendo sólo, que, como los carnavales, conclui-

rían pronto al igual de como concluyen, naturalmente, todas las cosas.

¡Tardes alegres del Hotel Alcazar! ¡Noches diáfanas y embalsamadas de recuerdos! ¡Alegóricos desfiles y paseo triunfal de carrozas cargadas de flores y de mujeres bellas! ¡Divinos días de los carnavales de Miami! ¡Yo os evoco con íntima complacencia y con el espíritu vuelvo a vivir esos instantes que compartieron los primeros y más delicados encantos de mi juventud; más, mucho más que todo cuanto pueda haber embriagado mi fantasía!

XIV

LA LLAVE DE LA CIUDAD DE MIAMI

El honor de mayores proporciones que puede hacerse a un forastero en Estados Unidos; fué el que tuvo para con la Señorita Ecuador, en mi persona; el Alcalde de Miami, al poner en mis manos la simbólica llave de la Ciudad.

No esperaba una deferencia tan señalada, toda vez que los concursos de belleza que se celebraban, no tenían un carácter oficial, sino que eran organizados por una corporación particular; respondían a un negocio corriente, en el que se ponía en juego fuertes sumas de dinero con el fin de realizar, así mismo, substanciales utilidades.

Como seguramente se habrá informado con toda la amplitud necesaria, ni el gobierno, ni la municipalidad tenían nada que hacer con los concursos de bellezas. La Miami Beauty Pageant, así denominada la corporación que afrontaba este negocio, concibió el plan de un vasto concurso con representaciones de todo el Continente, que al llevarlo a cabo le significaría pin-

gües utilidades, no habiendo estado, desde luego, desacertada al hacerlo, pues que de observar un procedimiento metódico en debida forma, los resultados habrían sobrepasado los cálculos.

De manera que la formal entrega de la llave de Miami hecha por el Alcalde a la Señorita Ecuador, revestía una importancia y tenía méritos excepcionales; no se hizo lo propio con las demás concurrentes, quizá porque al hacerlo conmigo se sobreentendía extensiva la atención al resto de mis compañeras, siendo yo únicamente el símbolo de los países latino-americanos.

Como quiera, honor tan señalado obligó mi persona a la bella ciudad que de modo excepcional me acogía en su seno. Al agradecer al Alcalde de la distinción, recibí, además, de sus manos, sendas cartas para el Presidente de la República del Ecuador y para el Gobernador de la Provincia del Guayas.

Guardo con el cuidado que se merece la llave de la Ciudad de Miami, fundida en plata y bañada en oro; y la estimo como el mejor retorno a las esperanzas que en mí pusieron mis electores. No conquisté el cetro de la belleza latino-americana, que habría colmado mis aspiraciones de mujer en esos momentos; pero traje, en cambio, honores como éste, que sólo se conceden en circunstancias muy especiales.

Por supuesto que todas las Señoritas latino-americanas fuimos recibidas en audiencia oficial por el Alcalde, en la Casa del Pueblo, escuchando de sus labios generosos y galantes frases de aplauso y complacencia por nuestra visita, que él consideraba, aún cuando no implicaba un carácter protocolario, como de enorme trascendencia para el desarrollo de las relaciones futuras de los países de Latino-América y la Unión

Norteamericana, que en su concepto deben estrecharse cada vez más, por lo mismo que existe una comunidad de intereses y de la forma como se cultive su amistad, depende el mayor o menor impulso que se le dé a su desenvolvimiento económico y social.

La solemne entrega que me hizo el Alcalde de Miami de la llave de la Ciudad, fué precedida también de expresiones de enorme significación para el Ecuador, país por el cual los Estados Unidos de Norte América tienen una distinción, de que se gozan.

Yo sentí en esos momentos no ser poseedora del don precioso de la palabra, para haber devuelto, con frases igualmente entusiastas, las expresiones del Sr. Alcalde, y haberle manifestado lo orgulloso que se sentiría mi País al conocer las muestras de distinción de que era objeto la representante de su mujer, que ostentaba en su pecho el nombre de Señorita Ecuador.

Deploraba, más aún, desconocer por completo el idioma inglés, para exteriorizar de una manera sincera y sentida la emoción que embargaba mi espíritu, al ser objeto de un homenaje semejante.

Pero si mis palabras eran incapaces de interpretar los sentimientos de mi corazón, en cambio, estoy segura que en mis ojos, en mi actitud, en la emoción toda de mi persona, ha debido recibir el Alcalde los agradecimientos con que retornaba su atención.

Este hecho me ligó sobremanera al Alcalde, que tuvo siempre y en todo momento exquisitas deferencias y atenciones que no olvidaré nunca.

En los países aristocráticos, donde todavía imperan las casas reales, la moda la imponen los príncipes, en las suntuosas recepciones de palacio, en lo que respecta a los trajes de gran etiqueta, y en las estaciones climatéricas y playas de lujo, en lo que hace a la ropa de calle, para los distintos usos y horas del día.

En Miami, la moda la dictan los millonarios, los actores de fama y los astros cinematográficos.

Y por lo mismo que existe diversa procedencia, los gustos responden, estrictamente, al círculo de donde salen.

La supremacía la llevan, por mil razones, los astros de la cinematografía, que reúnen en sus personas los mayores atributos en relación a la moda: riqueza, belleza y mundo.

Y como los grandes balnearios y estaciones climatéricas de los Estados Unidos, igual que Miami, disfrutan, en primer término, de la concurrencia de artistas teatrales y actores cinematográficos, puede considerarse que son ellos allí los árbitros de la moda.

Sin riqueza no puede haber modas ni elegancia, naturalmente; pero como Miami es un arrobador refugio de gentes ricas, en ninguna otra parte, como aquí, la moda ofrece tantos matices de suntuosidad y variedad.

¡Qué de caprichos, qué de encantos!

Cada una de las bellas mujeres que asistían a los restaurantes de distinción, a los paseos de fama, a los teatros de la temporada, a los hoteles y a cada uno de los lugares predilectos de la localidad, era nada menos que un modelo viviente.

Predominaban los colores llamativos; y tanto en los trajes de mañana como en los de sarao, imperaba la falda larga, coquetamente recogida en uno de sus costados, o de cola a vuelos, como la graciosa ornamentación de un pavo real.

También lucían, con suma gracia, los trajes a colores combinados, floreados y a puntos, en telas de riquísima seda, siendo, en todos, el distintivo, el talle ceñido, como recordando los tiempos de los aderezos pompadur, en que se exhibían la cinturas, de una espiritualidad paradójica...

Difícil se hace recoger impresiones respecto a los usos en el campo de la moda, porque cada modelo lleva tan a lo vivo el sello de lo personalísimo, que la mayor atracción está, justamente, en la enorme variedad de cortes y en la particularidad del estilo a que responde cada cual.

Había, sin embargo, una cierta rebeldía contra la falda larga, al menos en los trajes de mañana; lo cual se explica sin dificultades, desde que se tenga presente el poderoso influjo que en ciertos pormenores de la mujer, como la edad, por ejemplo, influye de veras la altura de la falda.

Las partidarias de la falda larga, eran, por lo general, las muchachas menores de veinte años; contándose entre las que sobrepasaban esta edad, las decididas mantenedoras de la falda corta...

Pero faldas largas y faldas cortas interpretaban estilos de una preciosidad acabada.

Jóvenes y señoras se veían sumamente bien con sus trajes de etiqueta de falda larga y sus escotes que permitía la

exhibición de sus ebúrneas espaldas y de su garboso pecho; y así mismo, señoras y señoritas mostrábanse ágiles, bien vestidas, elegantes, con sus sencillos trajes de mañana, a la altura de la pantorrilla.

Pude darme cuenta, que compenetradas de lo bien que les caía a sus cuerpos esta dualidad de trajes a base de la falda corta para la calle y la falda larga, al menos en uno de los costados, para la noche, las mujeres mantenían los dos estilos, que creo seguirán en uso por algún tiempo más.

En cuanto a sombreros, zapatos, guantes, pieles, abrigos, la moda no ha hecho sino combinar los colores. Estaba muy en boga la uniformidad del sombrero y los zapatos; y la de estas dos prendas con la cartera, de finísimo cuero, y una bufanda de seda al cuello del mismo color.

También se destacaba la uniformidad del color en todo el aderezo, incluso zapatos, medias y guantes, particularmente tratándose de vestidos de sarao.

Los colores en boga eran el tinto, el granate, el vino, el púrpura suave, el verde esmeralda, el blanco. Todos los colores vivos.

Con lo subido de la gama de colores en uso, el tocado exigía una mayor acentuación de los tonos de los cosméticos y "chapas"; habiéndose, por lo mismo, generalizado más de lo ordinario el uso de la pintura en el tocador. A colores fuertes del vestido, tonos más altos en la cara, en juego de combinación con lo subido de las uñas, siendo lo elegante recargarles de rosa hasta rayar en tinto.

En materia de gustos no hay nada escrito, ha dicho al-

guien; y es la verdad. La moda es enteramente personalísima. Y el éxito de los modistos está en eso: procurar revolucionar el gusto, a fuerza de creaciones raras, extravagantes, si se quiere.

Con todo, la mujer, particularmente, no puede mantenerse al margen del torbellino de la elegancia, a menos que con su manera de vestir y sus galas, quiera, inconscientemente, dejar de ser lo que ha sido siempre, la más alta expresión de la moda.

Más que toda otra atracción, en ciudades como Miami, lo principal es la moda; el poder de sus encantos es subyugador; apenas comparable con el de la mujer misma.

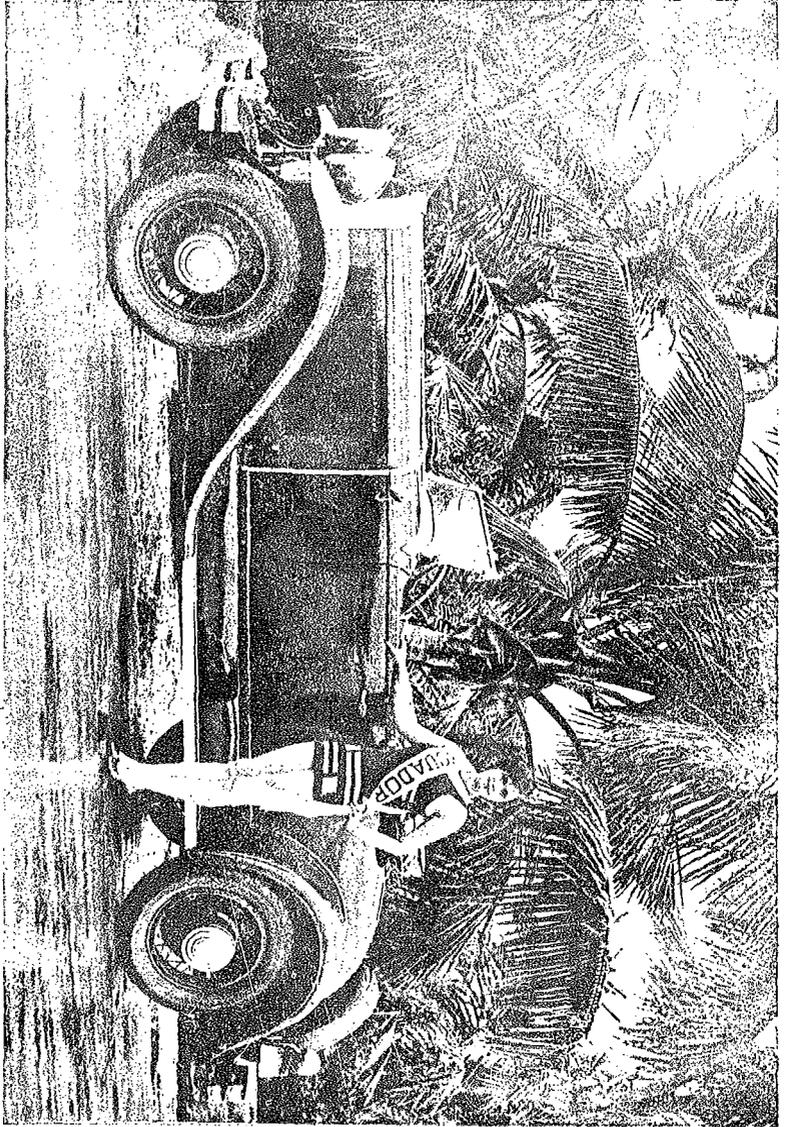
Las revoluciones de la moda son tremendas; y Miami era el teatro de la lucha final entre la falda corta y la falda larga.

¿Cuál de las dos saldría triunfante?

La seguridad de los modistos ya lo tenía previsto: primero, dejando unos modelos para la mañana, y otros para la noche; y después, combinando los dos gustos: una pantorrilla cubierta y otra al aire.

¡Cosas y caprichos de la moda!

¡Atracciones de Miami!



XVI

EL BUICK DE LA CASA MAULME

Un positivo complemento de éxito para los triunfos de cualquier persona, es, sin duda, con los extraordinarios adelantos del siglo, el automóvil, que ha alcanzado el más asombroso perfeccionamiento, debido a lo cual, las fábricas de Europa y Estados Unidos se esfuerzan, en competencia arrolladora, por lanzar al mercado los modelos del más refinado gusto, al propio tiempo que maquinarias de la mayor precisión.

Los encantos de un buen automóvil me eran desconocidos hasta tanto la gran firma comercial de Guayaquil, E. Maulme—primero en la ciudad de todos mis afectos y después en Miami—no puso a mi entera disposición sus magníficos carros modelos 1930 de la insuperable marca Buick.

Había paseado, naturalmente, como la mayoría de las personas, en buenos automóviles de diversas y reputadas marcas; y en Panamá, Habana y ciudades de la Florida que visi-

té, donde se exhiben en las calles, manejados por sus propios dueños, carros de verdadero gusto y de última creación, pude apreciar la enorme variedad de carrocerías, y los modelos, en general, más gustados del público.

Pero al llegar a la ciudad de Miami, y por una deferencia muy propia de la Casa Maulme—que es, en el Ecuador, la más grande importadora de los principales tipos de automóviles de lujo, entre los cuales figura, en primera línea, el Buick—estuvo a recibirme al muelle el carro del tipo roadster y de la admirable marca Buick, que galantemente se había ordenado fuese puesto a mi disposición, para que en él se exhibiera, a la altura que le corresponde, la mujer ecuatoriana, que yo representaba en esos momentos ante el torneo de belleza latinoamericana que se celebraba en la hermosísima playa de la encantadora tierra que descubrió Ponce León, fué cuando me dí cabal cuenta del alto valor de la marca y de las espléndidas condiciones del modelo, pues que de otra manera, al no haber sido el tipo ideal para lucirse en un centro de tantos refinamientos como Miami, seguramente que la Casa Maulme habría dispuesto que fuera otra marca la que se me facilitara.

Era, realmente, el automóvil de gran moda en las playas de Miami. La deferencia que tuvo para conmigo la Casa Maulme, en atención a la investidura que llevaba, estuvo, por lo mismo, ampliamente compensada; pues el roadster Buick que me servía, se popularizó inmensamente, toda vez que, entre las señoritas que asistíamos al concurso en representación de Latino-América y de la Unión Americana, era la única que había sido distinguida con una atención tan señalada; y en el que yo llamaba ya “mi Buick”—no sin hacer presente, en todo momento, que era la cortesía de la más prestigiosa firma importadora de esa marca de automóviles en el Ecuador, señores.

E. Maulme—paseaban casi todas mis compañeras de torneo, encantadas y satisfechas de un carro tan precioso, deplorando, únicamente, no ser, como yo, dueñas durante las fiestas y la permanencia en Miami, de sendos automóviles de la misma marca y tipo.

Mucha de la popularidad que me rodeó en Miami, sin que en esto haya la menor vanidad ni exageración, debióse, en buena parte, al hecho de tener constantemente a mi disposición el roadster Buick, que fué un compañero inseparable, con el que compartí la esplendidez de los paseos en las grandes carreteras que unen a Miami con todos los lugares más apartados de la Unión Norte Americana, las cuales recorrí en la parte mínima en que sirven de arterias de acceso a las vías secundarias, que ponen en rápido contacto a Miami con una infinidad de pequeñas ciudades y playas de moda que demoran en derredor de este centro, y ofrecen panoramas soberbios de riquísimas plantaciones de palmeras que recuerdan nuestra vegetación del trópico, a cada una de cuyas vías se alzan edificaciones de millonarios, en el centro de jardines primorosos o de arboledas encantadoras, que parecen cosas de otro mundo o simples exageraciones de la fantasía.

En todas las manifestaciones oficiales y en todas las fiestas que con motivo de los carnavales se celebraban en Miami, siempre que era del caso, me hacía presente en el roadster Buick; era el carro de la Señorita Ecuador y su aparición, naturalmente, atraía la curiosidad de las personas, lo mismo que ocurre en todas las ciudades pequeñas, pues Miami no era un lugar, por el número de habitantes, donde se pudiese pasar inadvertida. Yo atribuía el hecho, no solamente a la circunstancia de mi aparición sino a la belleza en sí del carro, dado

que era el último modelo en su tipo, que la marca Buick exhibía, para el año de 1930.

Debo, pues, a la excelente bondad del carro que los señores E. Maulme pusieron a mi servicio en Miami, no sólo las horas felices que pasé recorriendo en él la ciudad, y conociéndola en todos sus detalles, sino, como lo he expresado, gran parte de la popularidad que durante mi permanencia tuvo allá, la Señorita Ecuador, que tanto importaba para el buen nombre del País.

En Guayaquil probé la resistencia puesta a prueba de las maquinarias del Buick, ya que, en el entusiasmo popular, el carro era materialmente asaltado por mis generosos admiradores, que con sus aplausos, y en número abrumador se subían en él. En Miami gusté, hasta lo indecible, de la belleza, elegancia y atracción del automóvil Buick, como que, en su tipo, el roadster modelo 1930, que estuvo a mi disposición, era el más lindo de cuantos habían salido al mercado.

Aún en este respecto, mi ciudad querida procuró con afanoso empeño y desprendimiento que le honran, rodearme de condiciones excepcionales para que en todo momento, circunstancias y lugar, el nombre del Ecuador fuese mantenido en alto, con los timbres y merecimientos que le corresponden, por una hija del Guayas.

El automóvil Buick, modelo 1930, reúne los requisitos que el gusto más exigente puede imponer; era la opinión que unánimemente prevalecía en los círculos de latino-americanos que frecuentaba; y así lo hago constar en mérito a la extrema galantería de sus representantes en el Ecuador y únicos distribuidores, señores E. Maulme, que supieron dar una nota de

atildada distinción con la portadora de una embajada de belleza de su País.

Siempre será, con mi gratitud para los señores E. Maulme, mi marca predilecta de automóvil, la Buick; y sigo soñando con un roadster... como el de Miami.

licitaciones de parte de ilustrísimos preladados de los Estados Unidos, que vieron en esa actitud, una manifestación muy propia de recato, ya que la exhibición, tal cual se había efectuado en otros concursos, era sobremanera censurada.

La Señorita Costa Rica, una preciosa mujer de ojos negros y de afligranado cuerpo, como son la mayor parte de las mujeres de ese bello país, adujo como razones para no permitir el que se le exhibiera en traje de baño, el hecho de que el certamen no se efectuaba a campo abierto, en una playa, donde nada tenía de particular, y antes era lo indicado, el presentarse en traje de baño. Las demás concursantes, no pudimos menos que apresurarnos a adherirnos al parecer de la Señorita Costa Rica, aun cuando de antemano habíamos sido informadas respecto a la manera como se efectuaría el certamen, lo que implícitamente habíamos aceptado.

Los organizadores del concurso, no pusieron mayores objeciones a la reserva expuesta y convinieron en que sería de esa manera como se celebraría la primera exhibición, es decir, aquella en que se proclamaría a la Señorita Latino-América, dejando para posteriores exhibiciones en la playa, el que las concursantes al torneo se presentaran en trajes de baño.

Según pudimos informarnos posteriormente, a estas reservas parece que obedeció el que los empresarios de la Miami Beauty Pageant, no se interesaran más en continuar la gira que tenían proyectada por la mayor parte de los Estados de la Unión, hasta la capital cinematográfica, donde concluiría la gira, y determinaron, dar por terminados sus compromisos, una vez concluidos los concursos, entregando a los interesados los respectivos pasajes de regreso a sus países, tan lue-

go como manifestaran, en el curso de los próximos diez días de finalizadas las fiestas oficiales, sus deseos de retornar.

En corrillos se comentaba, que no había razones para que, tratándose de una reunión de arte y de belleza, en un medio ampliamente civilizado, al que habían concurrido las señoritas de más distinción y compostura que podía darse dentro de los términos del concurso, acompañadas de sus respectivos miembros de familia más cercanos, se hubiera puesto obstáculos a la exhibición de todas ellas en traje de baño, al igual de todos los concursos de belleza que se han celebrado en Estados Unidos de Norte América, y en el mundo entero, dando lugar, con ello, a censuras, a críticas acres, sobre esta clase de manifestaciones de cultura, exentas de toda malicia, desprovistas de ideas que las enturbien y de propósitos dudosos.

El deber nuestro, desde luego, era solidarizarnos con una opinión surgida en el seno de las Señoritas Latino-americanas, y nadie vaciló en hacerlo; antes, bien, se pronunció en un todo y por todo en igual sentido. Y como felizmente no se insistió en que la exhibición se efectuara de otro modo, después de descansar convenientemente, y sintiéndonos ya agujoneadas por la proximidad, casi de minutos, del concurso y la elección, cada cual puso todos sus afanes en preparar el traje que habría de llevar para presentarse ante el formidable público que esperaba ansiosamente la presentación de las Señoritas Latino-americanas.

Vestidas, pues, con trajes de etiqueta, cada una habiéndolo elegido a su gusto, desprovistas de joyas ni nada que estorbara la apreciación del jurado, nos presentamos en el Madison Square Gardens, iniciándose el desfile, por algunos mi-

matos para cada una de las Señoritas, en medio de la apoteosis de la alegría y de los aplausos.

No fué una ceremonia larga, ni mucho menos.

Cuando desfiló la última de las candidatas al cetro de la belleza de Latino-América, que con tal nombre sería ungida esa noche en libre elección, el jurado ya había dado su veredicto, siendo elegida, en consecuencia, la Señorita Mélida Boyd, Señorita Panamá, reina de la belleza Latino-americana, con el título de Señorita Latino-América.

Le siguieron a la Señorita Mélida Boyd, con el segundo y tercer puesto, respectivamente, las Señoritas Julia Salazar y Haydée Morales, representantes de Costa Rica y de Nicaragua.

Así terminaron los concursos de Miami, que tanto habían inquietado nuestro espíritu y apasionado a nuestros admiradores, con una elección muy merecida de tres bellezas representantes del Continente, que sin duda hacían honor a los países por los cuales habían sido electas.

Con esta elección terminó, igualmente, para la generalidad del público, las festividades de ese día, y quizá todas las fiestas de la temporada invernal de Miami, siendo entendido, que cada cual comenzaría a alistarse para el regreso a su país.

El grupo de compañeras de la triunfadora, Señorita América-Latina, quisimos celebrar su elección esa noche misma, ya que al recibir la copa de la victoria era justo que bebiéramos en ella la satisfacción de que hubiese sido distinguida con tal alto y merecido honor; y le invitamos al Roof del Hotel Alcazar, donde en la intimidad del más intenso y verdadero

afecto, compartimos instantes deliciosos al compás de la música y del baile.

Había finalizado nuestra misión de embajadoras de nuestros países a los concursos de Miami; estábamos muy contentas del triunfo recaído en Mélida Boyd, la linda representante de Panamá, que ostenta ahora con legítimo orgullo el título de Señorita América-Latina, en cuyo concepto concurrirá a Río de Janeiro a los torneos que ha organizado "A Noite"; pedimos una copa, no de rubio licor, porque siendo nuestra la fiesta, queríamos observar la Ley Seca del país de cuya hospitalidad disfrutábamos, sino de kola, sabrosa kola que la brindaba la camaradería y la solidaridad de la raza, y con vivas a la reina del trópico y recuerdos a nuestros queridos países, libamos por ella y por los exquisitos momentos de júbilo de que gozábamos.

El sueño de esa noche, a avanzadas horas, que se prolongó hasta avanzadas horas del día siguiente, sí que fué, en verdad, reparador...

XIX

MELIDA BOYD, SEÑORITA LATINO-AMERICA

De regresó a Guayaquil me he informado que se hicieron comentarios al rededor de la elección de la Señorita Latino-América, título recaído en Mélida Boyd, quien ostentaba en Miami la representación de la República de Panamá; como tratando de denunciar que había existido parcialidad del Tribunal al elegirla; y, más aún, dándole al asunto un giro de política internacional, de interés de Estados Unidos de Norte América en congraciarse con los países limítrofes a la Zona del Canal, que no podía tener en ningún caso.

Con este particular, parecen haberse trasmitido cablegramas procedentes de Miami, de cuyo contenido no he venido a enterarme sino a mi llegada a Guayaquil, en los cuales, quizá se ha entrevisto, por defectuosa interpretación de los correspondenciales que los han dirigido, una ambigüedad de apreciación que bien ha podido traducirse como descontento de los resultados de la elección, habiendo sido, por el contrario, unánime-

mente, bien recibido el título que con sobrada justicia recayó en la encantadora representante de Panamá, Mélida Boyd.

Sé, también, que en los periódicos de Guayaquil se ha publicado una peregrina entrevista celebrada conmigo, según cuyo contexto aparezco ufanándome de una eterna belleza y juventud, en lo cual no puede menos que haber mediado una por todos conceptos errónea interpretación de las respuestas que dí, verbalmente, a un corresponsal de Miami, en ocasión en que se me preguntó si me gustaría asistir a un nuevo concurso; a lo que contesté, como lo habría hecho cualquier señorita de mi edad, es decir, afirmativamente, porque no había razón para hacerlo de otro modo.

Y como quiera que esto pudiera haberse interpretado mal, concluiré manifestando que se debió al hecho de que yo no supiera inglés para comprender debidamente las preguntas y dar las respuestas de conformidad, y al hecho, parecido, del corresponsal cablegráfico, de que tampoco supiera español para ponerse de acuerdo conmigo. Cosas que, en todo caso, no pueden tener ninguna importancia.

Todas las señoritas latinoamericanas habríamos deseado vivamente salir triunfadoras en el concurso, puesto que para ello habíamos sido elegidas por nuestros respectivos países; pero de este justo anhelo, a desaprobar u objetar, o al menos censurar y demostrar desagrado por la brillante elección de la Señorita Panamá, hay muchísima distancia. Tal cosa no podía ocurrir sin que cualquiera de nosotros que se hubiera pronunciado en ese sentido, hubiese dado muestras de completa incorrección.

Antes del torneo final, teníamos derecho legítimo a as-

pirar al cetro de la belleza Latino-Americana; después de la elección, debíamos ser las primeras en saludar a la vencedora, haciendo de su triunfo nuestro propio triunfo, tal como lo hicimos, en el seno de la más dulce y estrecha camaradería, brindando con una copa de kola por su felicidad y por nuestra imperecedera amistad.

Y es que es necesario conocer a Mélida Boyd, estar frente de sus ojos, oír la voz de sus labios, gustar de su delicada sonrisa, admirar la esbeltez de sus formas, sentir el calor que irradia su hermosura, estrechar sus manos lánguidas y finas, para darse cabal cuenta de lo altamente merecida que fué su elección.

Blanca, sin rayar en la albura de las hijas de Norte América, suavemente esmerilado su cutis por el sol de los trópicos; frondosa su cabellera, que se riega sobre los hombros en deliciosos rizos, realzando el contorno de sus mejillas, dulcemente agitadas por torbellinos de inocencia; boca diminuta, como el corazón de una garza morena de los manglares de las costas de su País; cejas pobladas y pestañas sedosas, largas y rizadas, enmarcando unos ojos que son dueños de todos los misterios: verdes, color de mar, a la luz del día; brunos y fúlgidos, como los lagos, en noche clara.

¿Y su cuerpo?

Por frente de los tribunales de Miami que juzgaron de la belleza de las Señoritas de Norte América y de la América Latina, desfilaron las formas más perfectas que podía concebirse, en emulación constante con las de la belleza perfecta, pregando el triunfo de la educación moderna, que revive el culto griego de las líneas y los músculos, en cantos de primavera,

de amor y de vida, como la única modalidad que salvará al mundo de la precoz decrepitud a que le estaba arrastrando un romanticismo lleno de meticulosidades, de vanas cursilerías y de pudibundeces malsanas.

Hoy día, como en los vigorosos tiempos de Esparta y Atenas, la virtud y la inteligencia han menester de cuerpos lozanos, frescos y jóvenes, por el constante cultivo de los músculos y el cuidado integral de las formas, para responder al sentido estético que se ha impuesto después de tanteos de todo orden, en escuelas y colegios, universidades y academias, rompiendo la tradición caduca, de que sólo se debía atender a los imperativos del saber, en el sentido de hartarle a la cabeza sin un respiro apropiado para el cuerpo.

La gimnasia, el baile, la natación, los deportes de toda clase, tanto en el hombre como en la mujer, han transformado a ésta, hasta exaltarla al nivel masculino, en lo que respecta a sus atributos físicos y a sus aptitudes y capacidades para el goce normal de la vida. Y los grandes concursos internacionales que se celebran en el mundo entero, concibo que, en el fondo, no tienen otra finalidad importante, que estimular a la mujer en estas prácticas, como el mejor refugio para su virtud y su felicidad.

Pues, apesar de que la exhibición en traje de baño de las Señoritas de Norte América, con la perfección de sus formas, la pureza de sus líneas, la agilidad y esbeltez de sus cuerpos, la gallardía de sus movimientos, la proporcionalidad de sus músculos y la redondez exquisita de todos sus miembros, abrumó la imaginación de los circunstantes en el Madison Square Garden, la presentación de las Señoritas Latino-americanas, entre las que descollaba la elegida, Méliida Boyd, fué contun-

XVII

LAS INQUIETUDES DEL CONCURSO

Para todas nosotras, las Señoritas Latino-Americanas, la ceremonia de la elección en el concurso de belleza por el título de Señorita Latino-América, tenía solemnidades de bautizo, de matrimonio o de divorcio, que, antes de la muerte, dicen que son las que más preocupan a la humanidad...

Sin que lo manifestáramos, pero, asimismo, sin que dejáramos de exteriorizarlo, cada cual estaba pendiente de su persona, y del concepto que sobre ella se fuesen formando los personajes que estaban indicadas para presidir el certamen.

No dejo de reconocerlo que en ello había mucho de natural coquetería, y, como lo he expresado, el firme deseo de salir triunfante en la elección.

Dominadas por esta preocupación, los días transcurridos hasta el 11 de Marzo, fecha convenida para la elección, fue-



de decirse que nos manteníamos en un constante sobresalto, que sólo podía ponerle fin la elección misma, una vez que el doctísimo tribunal, con "seca expresión" diera a conocer los resultados, y supiéramos ya a qué atenernos, disponiéndonos, entonces, a disfrutar de la estancia en Miami libres de toda preocupación.

Muy frecuentemente la conversación entre las Señoritas Latino-americanas versaba sobre en cuál de todas recaería la felicísima elección; y en estos momentos todas éramos de lo más liberales y generosas entre sí, concediéndoles a las otras los merecimientos del torneo, que, desde luego, con suma y nunca igualada cortesía, eran devueltos a su turno.

Gastón Andrade, como promotor del concurso, y según él, hombre de lo más influyente en los círculos de la Miami Beauty Pegeant y en el de los astros cinematográficos y periódicos de la localidad y de toda la Unión Americana, era el que, en realidad, se aprovechaba de la ingenuidad de las Señoritas Latino-americanas, a quienes les hacía creer que del trato que se le diera, de las consideraciones que se le guardarán y del apoyo que se le prestara posteriormente para una nueva empresa de exhibición de las concurrentes, en las principales ciudades de Estados Unidos, dependía el éxito de la elección, es decir, el título de Señorita Latino-América.

Naturalmente, Andrade era por demás ducho, y buen cuidado tenía de no decírselo a todas en reunión, sino a cada una por separado, donde las otras no lo oyeran ni por asomo, y poder presentárseles con iguales proposiciones, preparando el terreno para los planes que había concebido con nosotros.

Sin embargo, no fué muy difícil descubrirle sus hábiles

maquinaciones valiéndonos de nuestra propia ingenuidad. Llegó el momento en que no pudimos ocultar los ofrecimientos que habíamos recibido de Andrade para ser elegidas en el concurso, declarando terminantemente que eso no era posible, porque se trataría de un tribunal independiente, docto en la difícil materia que tenía por juzgar, con la vista de ocho Señoritas Latino-americanas puesta en él y seguida de sus respectivos países, que era de presumirse, como el mío, estaban pendientes de los resultados de la elección.

Y así nos atrevimos un día a decírselo, que no nos viniera más con proposiciones, pues que él no se había conformado con ofrecerle a una sola el trono, sino que lo había hecho por igual con todas...

La Señorita Guatemala, sinembargo, fué la más creída en las promesas del que para nosotros era hasta ese momento, y a despecho de sus habilidades y su labia desenfrenada, un simpático bebe grande, muy grande, que bien pudo ser mascota de la Miami Beauty Pegeant; pero, a juzgar por la forma como concluyó, fué todo lo contrario. La Señorita Guatemala se unió en nupcias con el que por esta razón, y mientras no tornó a decírnoslo que se lo quitáramos, volvió a ser el señor Gastón Andrade.

En esta incertidumbre pasamos los primeros diez días después de nuestra feliz arribada a Miami, deseosas de que se realizara cuanto antes el torneo; de modo que cuando se anunció la llegada de las Señoritas de la Unión Americana, representantes de los cuarenta y dos Estados, entre las cuales se iba a elegir Miss América, que concurriría, por ese solo hecho, a los concursos mundiales de Río de Janeiro, nuestra alegría

subió de punto, porque era indicio de que comenzarían los torneos.

Como estaba anunciado, llegaron las Señoritas de la Unión Americana, que fueron recibidas con un júbilo extraordinario y agasajadas espléndidamente, cual correspondía a un conjunto tan admirable de bellezas, como jamás habían presenciado mis ojos. Dijérase que se habían escapado todas las vírgenes del Cielo: tales sus caras, tal la perfección de sus cuerpos de Venus.

Naturalmente, el día de su llegada estuvimos en la estación del ferrocarril a recibirlas, formando parte de la gran manifestación que se organizó en su honor y participando en las suntuosas fiestas y bailes con que se les tributó. Pronto trabamos amistad con ellas; y yo, en particular, conservo bellas frases que galantemente consignaron en mi libro de autógrafos.

No esperándose sino su llegada para dar comienzo los torneos. Estos empezaron enseguida.

Miami era teatro, en esos momentos, de la agitación de belleza más grande que puede darse. La ciudad se deshacía en galanteos para la mujer que tan grata misión había traído. El ambiente era, como nunca, espléndido; y en el aire flotaba, con misteriosos encantos, la alegría y la vida. ¡ Toda una vendimia de amor y de felicidad!

Hasta ese momento, las Señoritas Latino-Americanas éramos meras espectadoras, que contribuíamos con nuestra presencia a animar las fiestas; y nuestras inquietudes no cesaban.

Llegó, por fin, el día en que ante el tribunal desfilaron las

cuarenta y dos reinas de la belleza de los cuarenta y dos Estados de la Unión Americana, que en un derroche de líneas, de blancura, de cabellos rubios, de ojos azules, de labios encendidos, de formas embriagadoras, se disputaban el título embicionado de Miss América.

Su presentación, al uso de los distintos concursos que se habían celebrado anteriormente en Estados Unidos, fué en traje de baño, que permitía la exhibición completa de todos los atributos que componen la armonía del conjunto en una mujer.

Todas las que desfilaban nos parecían merecedoras del primer premio; y todas, por igual, eran estruendosamente aplaudidas por una enorme muchedumbre que colmaba de bote en bote, al altísimo precio a que habían sido señaladas las localidades, el espacioso local del Madison Square Gardens, donde tenían lugar los torneos.

Pasado el desfile triunfal de las primorosas Señoritas de la Unión Americana, el tribunal pronunció el veredicto, recayendo el título de Miss América en la Señorita California, una diosa escapada de algún cuadro célebre.

En medio de los vítores y las aclamaciones más legítimas, fué sacada triunfalmente la ganadora del concurso, Miss América, a quien se le confirió el título, que por otra parte le daba derecho para llevar la representación oficial de su país, al gran concurso del Brasil.

En la calle la esperaba la multitud que por falta de localidades se privó de entrar al Madison Square Gardens; y seguida de ella y de cuantas personas se sumaban a la comitiva,

HONORES Y BOHEMIA...

así como de todas las demás concursantes, tanto de los Estados Unidos como de Norte América, que lucían sus respectivas enseñas, recorrió las calles de Miami, recibiendo el homenaje cálido y fervoroso de sus admiradores y de toda la ciudad que le aclamaba.

La elección de Miss América fué el prelude de la elección de la Señorita Latino-América, la ceremonia con que concluirían las fiestas de Miami.

Nuestro turno signió el 11 de Marzo.

XVIII

EL DIA DE LA ELECCION

En vísperas de la elección, vigilia; el 11 de Marzo, día señalado, descanso.

¿Quién duerme vísperas de un acontecimiento extraordinario?

Los grandes guerreros, parece, sin embargo, que es cuando mejor concilian el sueño, sin la menor preocupación de la batalla que van a dirigir.

Con las mujeres no ocurre lo mismo, sin que dejen de tener unas cuantas batallas en su vida...

De chica recuerdo que siempre me fué difícil pegar las pestañas la víspera de un examen, sobre todo cuando tenía ropa nueva que lucir, y estaba entre las designadas a algún premio por mi excelente aplicación y buena conducta durante el año...

Después, los trances más difíciles que he tenido han sido los de mi proclamación de Señorita Ecuador, que nunca lo esperé, pues que reconocía la superioridad de belleza de las Señoritas que competían conmigo; y la elección de la Señorita Latino-América, título que sí ambicionaba—no obstante que tampoco era merecedora de él, habiendo, como habían, más bellas representantes del Continente—por el fervoroso anhelo, que guardaba en mi pecho de hacerme presente ante el pueblo que se ilusionó con mis modestas galas, siendo la portadora de una distinción que habría colmado sus aspiraciones legítimas.

¿Cómo podía dormirse entonces?

Después pude informarme que lo propio había ocurrido con la mayor parte de mis compañeras.

Lo indicado, fué, en consecuencia, descansar el día señalado para el concurso, a fin de ver como reponíamos con el reposo las fuerzas gastadas con la falta de sueño; y nuestras figuras y animación correspondían, a la hora del certamen, a las justas esperanzas de los promotores, y de la fabulosa muchedumbre que se disponía a asistir al acto.

Como el de las Señoritas de la Unión Americana, el certamen de las Señoritas de Latino-América estaba dispuesto que se celebraría en el Madison Squaré Gardens.

Se presentaron, por supuesto, dificultades que no se habían presentado con las Señoritas de la Unión Americana, relativas a la forma como debían aparecer las concursantes, si en traje de baño o en traje de sarao, acerca de lo cual se ocupó la prensa de los Estados Unidos, mereciendo la Señorita Costa Rica, de quien surgió la diferencia, entusiastas fe-

dente. Podían haber cuerpos iguales a los de ella; mejores, más bien torneados, de arrogancia mayor, de curvas más armónicas, no los había. No podía menos que ser decisivo su triunfo, en consecuencia.

Aparte de los atributos físicos a que me he referido; en elogio y recuerdo de la Señorita Latino-América, Mélida Boyd, debo agregar que a tantas y tan bellas prendas uné una inteligencia nada común, una gran cultura, como que pertenece al docto profesorado de la República de Panamá, donde goza de especiales consideraciones y simpatías por sus encantos, virtudes y exquisitas maneras.

Nuestra amistad llegó a ser de lo más sincera. Fuimos, desde el momento en que trabamos mayor intimidad, las amigas inseparables. Ella viajaba sola, y para nosotros, mi padre y yo, era un verdadero placer el servirles de compañeros. Los paseos los hacíamos juntas. En las reuniones procurábamos permanecer unidas. Nos identificamos, en una palabra, como correspondía a dos personas que habían llegado a conocerse a fondo y sabían de sobra que sus sentimientos eran sinceros, y, desde luego, su amistad verdadera. En los hoteles ocupábamos el mismo cuarto. Y cuando fué el momento de regresar a nuestros queridos países, lo hicimos también juntas, no separándonos sino al quedar ella en el suyo, gozando de los afectos, consideraciones y mimos de los suyos y de sus admiradores, y continuar yo viaje hacia el mío, en busca del tibio y dulce abrigo del hogar.

Como la triunfadora en el concurso de Miami, la Señorita Latino-América, Mélida Boyd, quedó designada para que concurra a los torneos universales de belleza de Río de Janeiro, próximos a celebrarse en la preciosa Capital de la Repu-

blica del Brasil, por iniciativa y bajo la dirección de uno de los más grandes y prestigiosos rotativos latino-americanos, "A'Noite", donde, sin duda alguna, al igual que lo hizo en la bella ciudad de la Península de Florida, sabrá poner en alto los prestigios de la raza, los justos merecimientos de su País y el orgullo de Latino-América.

Entonces será una nueva victoria la que celebraremos sus admiradoras.

CASTILLO QUE SE DERRUMBA

Pasada la ceremonia eleccionaria, no quedaba en nuestra imaginación otra idea que el proyectado viaje a la capital cinematográfica del mundo, después de haber conocido los demás Estados de la Unión Americana, según los planes originales de la Miami Beauty Pegeant, que hacían de taladro de diamante en nuestra fantasía, obsesionándonos hasta lo indecible.

Hollywood destilaba atracción en nuestro cerebro, con todas sus constelaciones de astros y de estrellas, incendiando nuestros deseos por conocer el santuario del divino arte, que ha revolucionado el universo entero con el poder mágico y fascinador de fuerzas extraordinarias.

Volar a los Angeles; situarnos en uno de sus maravillosos hoteles, donde se dan cita las figuras más prominentes del celuloide y acuden los curiosos mundanos y adimerados de

las cuatro partes del globo, en peregrinación de emociones, a purgar los pecados de la tentación con el suplicio cantarino de sus áureas monedas; ver discurrir la moda por los grandes bulevares, desafiando al demonio de la vanidad humana; sentir el deslumbramiento de las estrellas del cine, en las horas de tedio, en que se entregan a buscar con sus joyas, y trajes, y maneras de coquetería imponderable, el amor que no les dió la pantalla, la alegría que no les proporcionó el argumento que interpretaban, la tristeza que burló el enamorado infiel de un acto que no reprisé el celuloide; visitar los fabulosos estudios cinematográficos, poblados de jardines de estrafalarias mentiras, que la imaginación concibe reales y aturdidores, donde los palacios pregonan el eterno disfraz de las cosas, mintiendo mármoles los rugosos cartones, y joyas la pedrería vana; pero donde, al mismo tiempo, dicen que mora la suprema conquista del siglo tras de cuyas caricias, acaso imposibles, marcha una inmensa carabana, ávida de triunfos, de glorias artísticas y de la felicidad del dinero; interesar, tal vez, a alguna empresa cinematográfica y convertirse en estrella; irradiar fama y nombre, y levantar muchedumbres de admiradores, enamorados románticos, apasionados del arte mudo; he aquí todo cuanto discurría por nuestra imaginación, al sólo pensar en la posibilidad de que la Miami Beauty Pegeant, como lo había dispuesto al principio, se resolviera a emprender con nosotros la ambicionada gira.

¡Cuántos proyectos para el futuro! ¡Cómo, nuestros comentarios, al discurrir sobre Hollywood, adquirirían proporciones de pirámide! ¡Qué hermosas perspectivas! ¡Qué alucinación, en una palabra, de glorias inesperadas, de fortunas imprevistas, de un mundo raro, desconocido, y por lo mismo, embriagador!

Al fin éramos muchachas. Con el siglo, lo que más se ha

adentrado en el espíritu de la mujer es el cinematógrafo, que domina en todas partes y ejerce una sugestión loca a través de ese caleidoscopio de fantasías infinitas que es la pantalla, donde no se miran las tristezas de los actores, ni se descubren fácilmente las bambalinas, ni se da cuenta de las intrigas, amarguras e infelicidades que agobian a astros y estrellas, figuras secundarias y comparsas, sino que se deleita con lo meramente exterior: con la belleza por virtud del maquillaje, con la alegría por virtud del argumento, con el amor por virtud de la impostura escénica, con la riqueza, y el lujo, y la vida mundana, y ese eterno disfrutar de una dicha interminable, por virtud de la necesidad de ganarse la existencia en los escenarios, buscándole pasatiempos a la humanidad, complaciendo el gusto artístico como el plebeyo, agradando al grande como al chico, en una democratización absoluta del arte. Y, naturalmente, haciendo caso omiso de esas sesudas consideraciones de escritores y filósofos de actualidad, que por otra parte no han vivido, ni siquiera compartido, la realidad del Hollywood, que ha creado figuras eminentísimas y actrices que no cambiarían su destino por todas las apreciaciones de otro orden que se les ofreciera en forma de dones verdaderos del cielo para gustar de la suprema dicha en la tierra, soñábamos, con el calor de un ideal inextinguible, en llegar a la Meca dorada, si no para poner en juego la fortuna de aptitudes, al menos para admirar lo que hubiese de admirable, de grandioso, de original y único, en Hollywood.

Conocer a los actores favoritos: ver un día en la calle el soberbio Emil Jannings, con su investidura de hombre, con su fisonomía legítima, despojado de las mil caracterizaciones geniales que la han hecho ya inmortal; encontrarse, inesperadamente, con Lon Chaney, asimismo genial: con el gallardo John Gilbert; con el apuesto Gary Cooper, con el sin igual Douglas

Fairbanks; tratar al admirable John Barrymore; tropezar con Charles Chaplin; conocer a la subyugante Bebe Daniels, a la singular Clara Bow, a la diabólica y santa Greta Garbo; a la soberanamente bella Esther Ralston; y en fin, bañarse en la luz prodigiosa de ese mundo etéreo, de astros y estrellas, era toda nuestra ambición, fomentada espontáneamente con promesas de que seríamos llevadas; de que trabajaríamos todas en una cinta parlante, la última creación de la ciencia y el arte de la cinematografía; de que se nos brindarían oportunidades, al demostrar aptitudes fotogénicas, para celebrar un contrato con la Metro Goldwyn Mayer, Artistas Unidos, Paramount Pictures, o cualquiera de las grandes firmas de films; o, en todo caso, que después de haber satisfecho nuestros deseos y haber conocido Hollywood, retornaríamos a nuestro país, si eso era lo que más nos convenía, quedando, en consecuencia, cancelado el compromiso total de la Miami Beauty Pegeant, desde luego en los términos más admirables que podía ambicionarse.

Todo, no fué, empero, más que un castillo de ilusiones, que se vino al suelo al más leve contacto de la realidad. Las entradas que el concurso le había reportado a la Miami Beauty Pegeant, no eran bastantes ni para cubrir los ingentes gastos que había tenido con la propaganda en Latino-América de los torneos próximos a celebrarse y la elección de las representantes de los países que concurren, el transporte de las Señoritas latino-americanas y sus acompañantes, gastos de viaje, permanencia en Miami y gastos de retorno. De tal manera, que hallándose en esa situación, se hizo trascendental la noticia de que había cancelado su compromiso por fuerza mayor, y cada una de las allí presentes todavía, quedaba en libertad de elegir entre quedarse o regresar a sus respectivas naciones, no siendo posible, por imposibilidad material, financiar

el recorrido por la Unión Americana y la visita a los Angeles, en el Estado de California.

¡Nada más natural que expresáramos nuestro asentimiento, aunque con sentimiento, por tan infausta noticia, que frustraba toda una cosecha lozana de ilusiones!

Conoceríamos Hollywood en otra ocasión, ya que el destino es tan caprichoso que quizá nos lo conceda. Encajonaríamos nuestros planes de llegar a ser un día estrellas cinematográficas o figuras de alguna importancia en otros órdenes de la vida, para mejor oportunidad; si bien, en lo que respecta a mí, lo que más me atraía de Hollywood, no era ser estrella, ni siquiera figura secundaria, sino simple componedora de argumentos de cine para artistas latino-americanos, ahora que se pensaba en darle mayor amplitud a la filmación de películas parlantes para estos países, que comienzan a ser magníficos clientes de la producción cinematográfica de Estados Unidos; Nos conformaríamos con seguir admirando en la pantalla a los astros favoritos y con escribirles epístolas de aplauso por las mejores interpretaciones que hubiésemos visto de ellos, como es tan de usanza entre las muchachas...

Lo cierto es que nos encontrábamos ya en circunstancias de emprender viaje de retorno, aprovechando de las ofertas de pasajes de regreso que nos había hecho la Miami Beauty Pegeant, olvidadas de Hollywood y sus encantos imponderables y substituídos por la simple asistencia a los teatros de la localidad donde se exhibían las últimas creaciones del cine parlante, que llegó a ser nuestro divertimento favorito, de casi todas las noches, cuando surgieron nuevos empresarios que proponían continuárenos con ellos y siguiéramos el itinerario que se había fijado la Miami Beauty Pegeant, teniendo como

lugar final de la jornada los Angeles, donde, en término si no iguales, parecidos a los de los primitivos empresarios, se nos garantizaba que ganaríamos dinerales y realizaríamos las aspiraciones tanto tiempo fomentadas por nosotras.

¡Era un nuevo castillo que se erigía para nuestra fantasía! ¡Ilusiones que renacían! ¡Planes que tornaban a tomar cuerpo! ¡Curiosidades que se despertaban con el aguijón de lo desconocido y las brillantes promesas que se nos hacían, pintadas en tonos de irresistible argumentación!

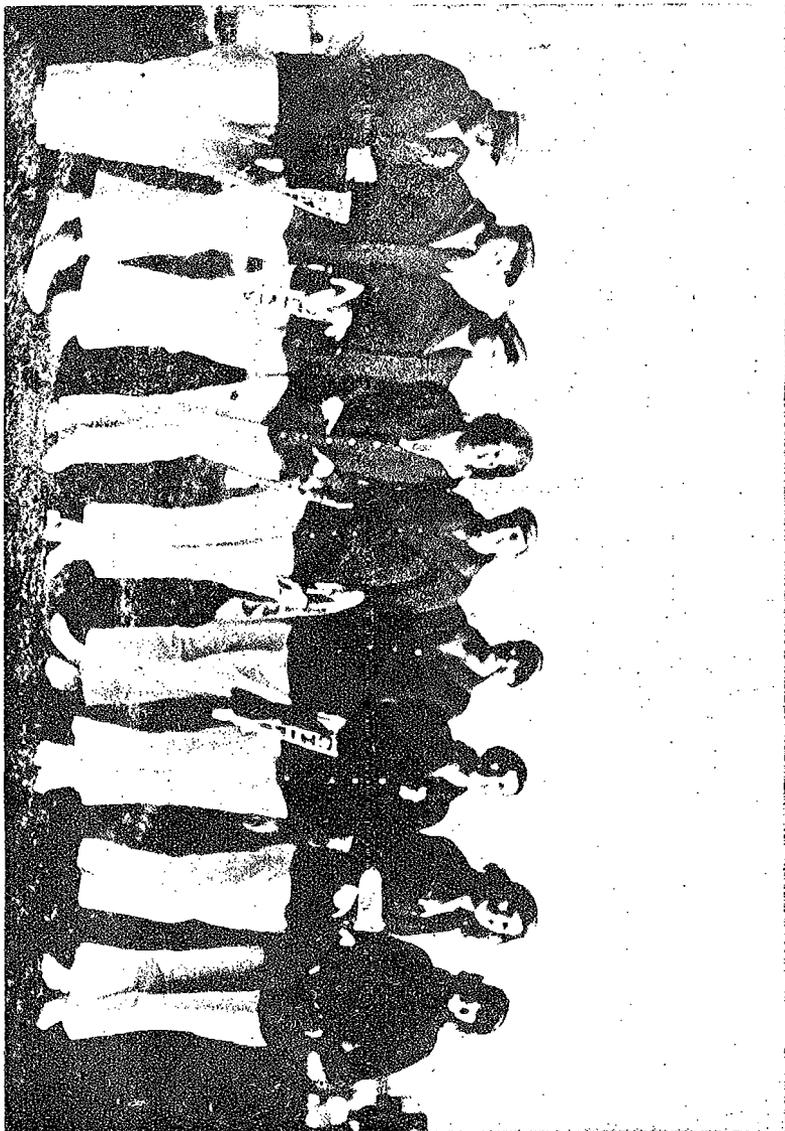
Nada tan fácil como conquistarnos en un terreno semejante. Por nuestra parte, no había inconvenientes. A Hollywood, nos digimos, unánimemente, sin entrar en mayores reparos. A Hollywood, como sea.

Sin embargo, era preciso contar con el asentimiento de nuestros padres, y en ese sentido respondimos a los nuevos empresarios de la ambicionada correría. Era ellos quienes tenían que resolverlo, siendo entendido que de nuestra parte el terreno estaba abonado.

¿Pero quiénes eran los empresarios? ¿Con qué elementos contaban? ¿Qué seguridades podían ofrecer? ¿Qué apoyo habían encontrado, que les capacitara para una empresa de semejantes proporciones? ¿Acaso estaba interesada, de verdad, alguna Firma cinematográfica? ¿Eran los mismos miembros de la Miami Beauty Pegeant, que se habían convertido en nuevos empresarios conviniendo en la formación de un sindicato con este solo fin?

El asunto no es para contarse en este capítulo, concretado a llorar sobre las ruinas del primer castillo que se nos vino

al suelo; de manera que, caro lector y amigo, os trasladamos a los subsiguientes donde podrás informarte de estos y otros detalles dignos de felice memoria; y donde se cantan en estrofas pedestres de mala prosa, episodios no de una bohemia como la del Barrio Latino de los estudiantes de París, ni siquiera andanzas de sabrosa mundanidad; sino una cualquier salida que por los campos de Florida hicieron, en autobuses, que no en rocinantes ni rocines, trenes ni automóviles, las cruzadas caballerías de la belleza latino-americana, bajo el sórtiligio y las lucubraciones espirituales del que a propuesta suya y consentimiento nuestro, quiso llevarnos a Hooywood, y nos dejó, apenas iniciada la jornada... sin doblones y con deudas...



POR LOS CAMPOS DE FLORIDA

Diremos con Cide Hamet Benengeli, cronista inmortal de Don Quijote de la Mancha, quien también ha de tener reparos de hidalguía para estas que fuimos errantes cruzadas de un torneo gentil, que por el arte de encantamiento de uno que fué ducho en enredar, que no en desfacer entuertos, nos vimos un buen día, en fecha y lugar conocidos, como que era a 16 de Marzo del año de gracia en curso, y en la arrobadora ciudad de Miami, no a horcajadás, porque no eran rocinantes ni rocines, como ya lo he dicho, sino ligeramente apretujadas, por el número de personas, todas las señoritas latino-americanas, concursantes de belleza, abordo de apacible autobús, en mérito a las carreteras, camino de lo desconocido, los ojos puestos en Hollywood, trepidándonos el corazón por efecto de los resortes del descomunal vehículo.

El cuadro debe tener pintura, y a fé que lo tenía. Regábase el sol, como empañado en demostrarnos con la convicción.

de sus quemantes rayos, que no debíamos insistir en semejante aventura; que éramos víctimas de un embrujador, que se nos había presentado en figura de empresario, gordo, alto, lozano, a fin de infundirnos confianza, pero que todas esas no eran sino argucias para que buenamente abriéramos nuestra bolsa, y de la poca blanca que nos quedaba, compartiéramos con él, para seguir adelante, hasta donde alcanzara para entretener los espíritus que alimentaban la fantasía suya; que lo mejor que podíamos hacer era tomar a manera de paseo el viaje en autobús; dar por perdido el préstamo o préstamos que hubiésemos hecho, y buenamente tornáramos a Miami, a alistar las maletas y seguir rumbo a casa, aprovechando de los generosos ofrecimientos e intervención del Alcalde de la Ciudad; que mejor se está en casa que andando cuando hay malas compañías; y que preferible es una quebradura que un mal paso, aunque leve, en tierras desconocidas...

Los campos se mostraban floridos, verdegueantes, dispuestos con admirable coquetería agrícola, pues que en estos países, no sólo se aprovecha de la tierra para alimentarse de ella, sino que se le arregla y cuida con esmero. Los sembríos también nos guiñaban, insinuándonos que no hiciésemos caso. Lo malo es que todo ello no venimos a comprenderlo sino tarde, cuando ya habíamos avanzado lejos y habíamos visitado varias ciudades, adornecidas con las promesas e ilusiones de nuestro encantador empresario, de cuyo nombre ya no quiero acordarme más...

Nuestro destino era Tampa, cruzando la península de Florida, del Océano Atlántico casi al Golfo de México.

La ilusión alimentaba nuestros espíritus y poco, ningún caso hacíamos de los menesteres del día, que hasta el apetito

se suele refrenar con calma, cuando se está nutriendo de ilusiones, así sean éstas las más triviales, como nos ocurría en el trayecto, en que toda nuestra conversación giraba al rededor de los triunfos que alcanzaríamos en Hollywood, del golpe que íbamos a pegar, convertidas de la noche a la mañana en estrellas de primera magnitud, al lado de genialidades artísticas como Lupe Vélez, dueñas de palacetes y autos suntuosos y tantas boberías más, que llenaban de humo nuestras cabezas, y de palabras y palabras nuestros labios...

Nuestro empresario y guía, quizá no tenía estas preocupaciones. Para él nunca fuera tan seco el tiempo, como el que pasó en el vehículo de su predilección, ya que en otro no habría cabido tan fácilmente. Los espíritus le acompañaban de cuerpo entero, en forma de cilindros de vidrio pletóricos de alma, que le comunicaban una energía sin igual, capaz de hacerle salir triunfante con las suyas...

El autobús rodaba, unas veces de prisa, otras lento. Los pasajeros, cuando no avivábamos el trayecto con nuestra ingenua charla, nos dejábamos coger del sueño blandamente, y cabeza con hombro, en sus alas misteriosas seguíamos alimentando una pira, que bien pudo tomar proporciones e incendiarnos...

Un derroche de luz espléndida, como el de todas las ciudades que me tocó en suerte conocer, desde mi llegada a Panamá, y que será motivo de unas líneas especiales, nos anunció, al caer de la tarde, o mejor dicho, entrada la noche, que estábamos en las puertas de Tampa, adonde habíamos telegrafiado que llegaríamos en el curso del día, por lo cual se nos preparó gentil acogida, a la que no faltaron ni las autoridades ni los centros de distinción de la localidad.

Tampa, con su grata bienvenida, con sus constantes aga-

sajos, con su exquisitez imponderable, nos hizo creer firmemente que no estábamos erradas en la empresa que acometíamos, abrigando la casi seguridad de que lo mismo ocurriría en todas las ciudades del tránsito, hasta culminar en la etapa definitiva, en los Angeles, ciudad del cielo y de la tierra, paraíso del placer y del arte, foco de grandeza y de extravagancias.

Como era necesario aprovisionarse para seguir la jornada, Tampa fué lugar de reposo, de breve y grato reposo, donde no sentimos el menor contratiempo, que no fuese el constante pedirnos de nuestros dineros el empresario, mientras sus banqueros le situaban los fondos que esperaba para la conclusión del programa...

Así deberá ser, nos decíamos, y quien más, quien menos, es decir, cada una al alcance de sus recursos, que no los de todas eran holgados, procurábamos ablandar la situación de nuestro empresario, de modo que no sufriera el menor contratiempo, y pudiese continuar la marcha sin interrupción.

—Es preciso presentarse en público, dijo un día, para que el público aplauda a las bellidades del Continente Latinoamericano; y, además, para que empecemos a cosechar los frutos de la jornada, que es de este modo como procederemos en lo sucesivo, en cada una de las ciudades que toquemos al tránsito.

—Si hay que hacerlo, hagámoslo, no haya más remedio, repusimos. Por otra parte, nada tan natural, como que ocupemos un teatro para el objeto, tanto más cuanto que eso nos va a reportar lo necesario, dentro de un ambiente de la más absoluta corrección, para seguir nuestro itinerario.

—Pero, será del caso, que además de su belleza exhiban habilidades propias de cada uno de sus países, nos decía con su cara bonachona, risueña, bien nutrida y espiritual...

—¿Y qué podemos hacer, para completar la presentación?

—Pues que canten o bailen, o hagan algo por el estilo.

—¿Cantar?—preguntó una.

—Lo que es yo no canto—repuso otra.

—Bailaré, entonces—dijo el empresario.

—Ni canto ni bailo, dije yo.

—Buenos, en ese caso, Ud. tendrá una participación menor.

—Como sea.

El debate fué largo y por el estilo, llegando a la conclusión de que, en conjunto, nada tendría de extraño que cantáramos alguna cosa, que bien podría resultar de interés y de agrado.

Al conocer nuestra determinación, no muy expresa todavía, el empresario se apresuró a buscar en el ropero de su memoria, lo que más fácilmente pudiésemos cantar todas y que fuese del gusto del público; y cuando hubo encontrado, y acordándose de la letra, hasta donde le alcanzaba la frescura de sus recuerdos, nos dijo:

—Ya está. Les enseñaré "Cielito Lindo", preciosa canción

mexicana, en la seguridad de que con solo esto vamos a obtener el triunfo más ruidoso de la historia.

Comenzó el ensayo; siguió el ensayo; volvimos a ensayar. Y de verdad que lo sabíamos; pero ¿cantarlo en público? De ninguna manera. Sin embargo, no quisimos entabrar la acción del empresario. Le manifestamos que lo haríamos, en cuya seguridad seguramente que realizó un magnífico contrato. Mas, ya en el escenario, creímos que bastaba y sobraba con que el público que había concurrido, admirara a las triunfadoras del certamen de Miami, en nuestra compañía.

Síntesis: Tampa le proporcionó dineros al empresario. La culta ciudad nos acogió brillantemente. Nos permitió un domingo ir a misa, oír un bello sermón, que por desgracia no entendimos, porque era pronunciado en inglés. Pero si oramos porque saliésemos bien en la gira, ya que después de breves días, y de habernos divertido bastante y acabado de ilusionar, debíamos de proseguir la marcha, como en efecto lo hicimos, por los floridos campos de la Florida.

XXII

UNA GIRA DE LANZADERA

¿Habré de seguir, caro lector, evocando recuerdos de un ir y venir sin sentido, por ciudades de la Florida, como Tampa, Orlando, Sanford y algunas otras más, que fueron teatro de las últimas aventuras de nuestra gira a Miami, a fuer de creyentes en promesas y de susceptibles en darle rienda suelta a nuestras ilusiones?

En lo que tuvo de pintoresca la correría, acaso os podría interesar, ya que, ciudades son estas donde la naturaleza se ha esmerado en dotarlas de los más primorosos encantos, aprovechando de su excepcional posición como centros de esparcimiento.

Unas más importantes que otras o mejor acondicionadas en su riqueza urbana, todas se muestran, con su carácter de exquisitez, tentadoras a seguir las habitando. Sus moradores, que no viven la fiebre de las grandes metrópolis, sino que pasan los días en el reposo que pone en sus corazones la casi

beatitud de estos lugares, donde la vegetación evoca nuestras lejanas comarcas del trópico, son gentes sencillas, acogedoras y buenas, que se gozan con brindarle espléndida hospitalidad al forastero.

Alternando con las atenciones sociales de las ciudades que visitamos, hacíamos la presentación pública de las triunfadoras del concurso, en una amigable camaradería de todas las señoritas latino-americanas, de acuerdo con el plan que nos habíamos propuesto bajo la sugestión del empresario, en nuestro éxodo a Los Angeles.

Desde luego, estábamos ajenas a las negociaciones o convenios que hacía el ya tantas veces mencionado personaje, y, mejor percatadas de sus fines, y de la imposibilidad en que cada día lo veíamos de que pudiera salir airoso con el compromiso que había contraído, ya comenzábamos a pensar en que era necesario deshacernos de él y procurarnos el viaje de regreso a nuestros respectivos países.

Ocurrió que en estas andanzas nuestro empresario contrajo matrimonio con la Señorita Guatemala, de lo cual fuimos informadas sorpresivamente, no sin que dejara de causarnos una admiración extraña y de preocuparnos la suerte que pudiese correr nuestra buena y gentil amiga.

—Me he casado, nos dijo un buen día el empresario, enseñándonos el respectivo permiso que le autorizó a efectuar la ceremonia.

—¿Con que se ha casado?, insistimos, sin quererlo creer.

—¿Y lo dudan, acaso?, repuso en forma interrogativa.

—No lo dudamos, pero lo sentimos...

—Ya lo ven Uds., dijo complacido.

—No lo sentimos por Ud., sino por ella.

Y era, en verdad, de sentirlo, si se ha de tener en cuenta, que el primer acto de dominio conyugal puesto de relieve por el joven desposado de la cara plácida, fué una descomunal... Oh, no; aquéllo no podía ser, y rehuyo el espectáculo, que me recordaba el afecto del palo y de la chicha de nuestros aborígenes...

Aparte de este suceso, ninguno hay que sea acreedor de rememoración, como tal, y como para que haga eco en los fastos de la despreocupación humana y de los designios de la suerte.

Otras cosas de menor importancia, siempre las hubo, como aquella en que se disolvió la caravana y desapareció el conductor de ella.

Habíamos ido de paseo a la playa, invitadas por un grupo de amigos hispanoamericanos, después de dos o tres días de negarnos a seguir exhibiéndonos en teatros, alegando que estaba en su punto el que lo hiciésemos una o dos veces en cada ciudad, para satisfacer la curiosidad del público y procurarnos con el producto de esas exhibiciones los medios de seguir adelante en nuestra gira; pero que más era colocarnos en una situación nada apropiada a nuestro carácter y a la investidura que llevábamos.

Ese día fué de tremenda excitación para el empresario. Todos sus proyectos se vinieron al suelo.

¿Qué hizo el muy avezado en esto de desaparecer de la noche a la mañana?

Pues nada menos que marcharse con las pequeñas sumas que hubo de sacar del bolsillo nuestro y con lo ganado en nuestras exhibiciones, y que él no lo repartía, manifestando que estaba destinado al pago del alojamiento.

Inquiriendo en el hotel, a nuestro regreso del paseo, por los motivos que había para exigiérsenos inmediatamente el pago del hospedaje, cuando su valor ha debido ser pagado, se nos expresó que el empresario había dado órdenes de que se procediera de esa manera, y de que, al no cumplir de nuestra parte, se hiciesen pago con nuestros equipajes.

Linda cosa. No hay para que agregar que nuestro desconcierto fué completo. Habíamos sido oficialmente defraudadas, y no nos quedaba más que procurarnos una retirada decorosa.

Por mi parte, con los pocos recursos que nos quedaban, a mi padre y a mí, invitamos a la Señorita Panamá, Mélida Boyd, a que viniese en nuestra compañía, ofreciéndole pagar sus gastos hasta la ciudad de Panamá, mientras a ella le situaban fondos de su país.

Y así, con pena, dejamos a nuestras compañeras, habiendo sido algunas inmediatamente atendidas por las legaciones de sus respectivos países en Washington o por sus cónsules, y otras, menos afortunadas, obligadas a permanecer en garantía de sus deudas, por falta del apoyo inmediato que las sacase de tan tremenda situación.

Como os lo he dicho, caro lector, aventuras son, las que

dejo relatadas, sin ninguna importancia ni interés; y no las hubiese contado, a no ser porque el hilo de las crónicas lo exige, en guarda de la unidad de exposición; y aunque lunares, bueno es que se conozcan: no son de los que agracian una cara hermosa, lindamente colocados cerca a un hoyuelo de las mejillas; y antes de los que afean, por peludos y grotescos; mas era de exhibirlos, como alumbramiento de mala fé y explicación de lo ocurrido con las señoritas que fueron víctimas de una ambición desmedida y mal encaminada.

Resuelto nuestro regreso, Mélida Boyd, mi padre y yo, tomamos el tren con dirección a Miami, para ultimar aquí los preparativos y embarcarnos rumbo a nuestros queridos países.

Informada la Legación del Ecuador en Washington de que se nos habían presentado contratiempos, en el preciso momento en que nos embarcábamos para Key West, recibimos una fina comunicación preguntando si necesitábamos su apoyo, a lo que hubimos de responder agradeciéndolo, negativamente, en vista de que carecíamos de tiempo para informar al señor Ministro del Ecuador en Washington de la realidad de la situación, reservándonos el hacerlo una vez en el país.

Unas horas en Miami. Un recorrido en tren hasta Key West. El espectáculo de esta admirable construcción férrea, que está en muchos kilómetros como tirada sobre el mar, dando la sensación de que se navega en tren por encima de las olas, con el océano de lado y lado. Formalidades de emigración. Abordo nuevamente. Una multitud que invade el buque. Gran agitación entre los viajeros. Adioses. Tres largas y sonoras pitadas de sirena, y el país que llenó un mundo de fantasías comienza a alejarse de nuestra vista, perdiéndose en el horizonte, con evocaciones de ensueño y reverberaciones de melancolía...

XXIII

EN VIAJE DE REGRESO A LA PATRIA

De Miami ya no quedaba más que el recuerdo, vivo, sonriente, grato, no obstante los días que siguieron al concurso de belleza, que fueron también de alegría, pero más de zozobra, sin saber cual sería el paradero de la aventura en que nos habíamos metido, aún cuando la galante hospitalidad de las ciudades recorridas al azar supo en todo momento hacernos menos sensible de como hubiera sido de otra manera.

Como quiera, estábamos contentas, Mélida Boyd y yo, de haber salido airoosas, y habernos podido embarcar, las primeras, con destino a nuestros países.

Sentíamos, naturalmente, la ausencia de nuestras compañeras, y, más aún, los contratiempos que todavía pudiesen presentárseles, dado que no todas tuvieron la suerte de ser oportunamente atendidas por los representantes diplomáticos o consulares de sus naciones, siendo su situación en extremo delicada, solas, sin apoyo, sin el conocimiento del medio y con

las deudas que siguiesen contrayendo, mientras recibían los auxilios que con justicia esperaban.

Quedaba, pues, de nuestro recorrido, esa gran preocupación. Con algunas de nuestras compañeras logramos comunicarnos por medio del radio y del cable, despedirnos de aquellas cuyo paradero conocíamos y recibir, igualmente, frases de felicidad en nuestra cruzada de regreso.

Confiamos en que bien pronto todo se les arreglaría satisfactoriamente a las que quedaban en condiciones desfavorables; y amablemente nos dispusimos a gustar de una deliciosa travesía, con itinerario en la ciudad de la Habana, donde ya habíamos estado, llenas de atenciones, y en la ciudad de Panamá, que me había reservado conocerla detenidamente a mi regreso, ofreciéndoseme la oportunidad de hacerlo por el hecho de acompañar a la Señorita Panamá, triunfadora del concurso, a quien se disponía su país a tributarle el homenaje a que era acreedora por su brillante actuación.

Ocho horas después de haber dejado Key West, llegamos a la Habana.

Ya en esta ciudad se conocía, por las informaciones de los corresponsales de las empresas cablegráficas, el desastre que había seguido al concurso y las aventuras que habían pasado las señoritas latino-americanas. El ambiente era hostil para todas aquellas personas que directa o indirectamente pudieran tener alguna participación en las consecuencias de semejante irregularidad.

La permanencia en la Habana fué todo lo breve, como para lograr únicamente la conexión de buque que nos llevase a Cristobal. Sin embargo, en los pocos días de ser huéspedes

de la bella Capital cubana, la exquisitez de sus habitantes tornó a manifestarse como cuando estuvimos allí la primera vez, dejando más estrechamente ligado nuestro agradecimiento a sus imponderables finezas.

Ya me he referido a la Legación del Ecuador en la Habana, y a su digno ministro Dr. Víctor Zevallos, que no limitó sus cumplimientos una y otra ocasión, apresurándose a poner a nuestras órdenes cuanto pudiésemos necesitar para completar convenientemente el viaje hasta nuestros países. Me resta sobre este particular decir que el Ecuador no podía tener jamás una más alta representación diplomática en el extranjero; y que el Dr. Víctor Zevallos es un ciudadano de admirables merecimientos, que honra con sus actos a la nación que sirve.

Apremiados por la escasez de recursos, aligeramos el viaje con destino a Cristobal, abordo de un simpático buque de la United Fruit Company, el "Calamares", completando la travesía en cuatro días, con un tiempo espléndido y en un medio de lo más entretenedor, pues que en esa nave venía una regular cantidad de turistas norte-americanos, en travesía al rededor de la América del Sur, y pronto tuvimos su amistad y formamos parte de sus grupos en los juegos deportivos y, en general, en todas las diversiones.

Abordo del "Calamares" recibimos varias comunicaciones radiotelegráficas, procedentes en su mayor parte, de Panamá, inquiriendo si allí regresaba la Señorita Latino-América, Méli-da Boyd, para prepararle el recibimiento del caso, e insinuando la idea de que yo permaneciera algunos días en la importante Capital del Istmo.

Los directores de "La Estrella de Panamá", uno de los rotativos de más circulación e influencia en la República istme-

ña, entre los cuales el señor Tomás Gabriel Duque es de singular significación en el periodismo y la política de su país, se apresuraron, al saber que Mérida Boyd venía en el "Calamares", y que había sido objeto de contratiempos, a situarle los fondos que necesitara para cubrir en el acto los compromisos que hubiese contraído.

No dejó de impresionarme gratamente el proceder de este notable periódico, que patrocinó la candidatura de la Señorita Panamá, al ver con cuanta oportunidad se apresuraba a poner en guarda de los más leves comentarios, el nombre de la señorita que había sido elegida bajo sus auspicios y salido triunfante, no sólo en los torneos nacionales, sino en Miami y, no sólo por su belleza, sino por su cultura, como ya tuve la ocasión de expresarlo, celebrando su amistad.

Mi país, que tanto calor puso en mi elección, podrá suponer, sin dificultades, la magnitud del recibimiento que se le hizo a la Señorita Panamá a su arribo a la patria.

Aún cuando el itinerario del buque sufrió algún retardo, comisiones del magisterio de toda la República—al cual pertenece Mérida Boyd—delegaciones de los centros sociales, representantes de la prensa e infinidad de personas más, estuvieron a darle la bienvenida en el muelle donde atracó el "Calamares", aclamándola como la verdadera representativa de su país, y, en esos momentos, y por virtud del concurso, como la representativa del Continente latino-americano.

Flores, vivas, aplausos, sonrisas de satisfacción, alegría, hicieron sin igual derroche con este motivo, alcanzándome a mí también alguna parte, ya que en todo momento estuvo aclamado mi país y aplaudido por los admiradores de la reina de la belleza de Panamá, que se distinguió hasta el final por su

deferencia para conmigo, significándome su simpatía por la forma solidaria como me había conducido con ella.

En Cristobal fuí invitada a seguir a Panamá por la vía del ferrocarril en compañía de Mélida Boyd y del séquito que estuvo a recibirla.

Tenía los más vivos deseos de conocer la hermosa Capital de Panamá y no rehusé la invitación. Además coincidió mi corta estada con una ligera indisposición y la necesidad de someterme a un tratamiento médico, que si no de cuidado era impostergable el hacerlo.

La ciudad de Panamá; la singular amabilidad del Capitán Colón Eloy Alfaro, Ministro del Ecuador; las atenciones de la "Estrella de Panamá"; de la culta sociedad y de mis compatriotas, que hacen honor al país en la Capital istmeña, por sus vinculaciones, su capacidad y sus obras, serán objeto de unas frases especiales, que las quisiera tan bellas, como bella es la hermosa metrópoli panameña; tan efusivas, como efusivo fué su recibimiento; tan delicado, como delicadas fueron sus atenciones; tan espontáneas, como espontánea es su proverbial hospitalidad; y tan afectuosa, como la manera como me acogieron en su seno, con el Ministro del Ecuador, mis cariñosos compatriotas.

Pero, lo he de decir de una vez. En esta compilación de recuerdos, no he buscado otra cosa, que dejar constancia ante mi país, de la manera patriótica como quise representarlo en el extranjero, apesar de no tener credenciales oficiales, y únicamente formar parte de un concurso de belleza. Y como creo que las atenciones que se me tributaron no fueron especialmente a mi sino a mi país, era de mi deber concebir un librito

de memorias, que siempre hablará de la sencillez y el corazón de una mujer que ama a su patria y que se esfuerza en enaltecer su nombre en la modesta capacidad de sus aptitudes.

Dentro de este circuito de sinceridad, le debo unas frases a la República de Panamá, que el lector amable las encontrará en el capítulo siguiente.

XXIV

PANAMA, CORAZON DEL MUNDO

Bolívar, el Libertador de América, lo dijo ya, en frases que compendian el trascendental valor de Panamá ante el mundo, y que yo las transcribo en homenaje a este bello País:

“Parece que si el mundo hubiese de elegir su Capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino; colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por otro el Africa y Europa”.

Tal es la verdad. Pocos pueblos han estado llamados a un mejor destino en el concierto de la civilización como la República de Panamá, que le ha tocado en suerte servir de nuevas rutas para el mundo, poniendo en más estrecho contacto a las naciones, antes tan apartadas por falta de una vía como el Canal interoceánico, que hace que tácitamente se cumpla la profecía de Bolívar, de que Panamá sea la Capital del Mundo.

No es bastante lo que dijera un poeta, improvisando un brindis a la apertura del Canal de Panamá:

“En los canales profundos,
Que abren los brazos humanos,
dos mares se dan las manos
y se despiden dos mundos”.

En los canales como el de Panamá, hay algo más que este estrecho abrazo que se han dado los océanos Pacífico y Atlántico, mientras, al parecer, se alejaban dos continentes, el del Norte y el del Sur.

Panamá ha venido a ser, por esta virtud, un lazo más estrecho para el mundo, un centro de interés internacional y universal, un faro para la navegación cosmopolita, que no podrá menos de bendecirse y admirarse considerando la suerte que le ha tocado por este motivo, aparte de otros muchos más, de ser un centro privilegiado del planeta, como lo fueron en la antigüedad, Corinto; como no lo es seguramente Suez; como no lo es casi nada en una imparcial valorización del esfuerzo humano puesto al servicio de la civilización y del progreso de las naciones.

Esta situación privilegiada de la República de Panamá, ha hecho de su Capital, un centro admirable, sean cualesquiera los aspectos que se tomen en consideración.

Si belleza urbana, Panamá la tiene como pocas capitales del Continente. Dentro de las exigencias modernas, ha conservado su aspecto inconfundible que recibió de la Colonia; y sus magestuosos edificios y parques, y sus espléndidas obras pú-

blicas, alternan en estilos, compitiendo con lo moderno, sin perder el acento antiguo, que tan bien sienta a su trazado general.

Si belleza panorámica, Panamá es un canto primoroso al trópico, por la exuberancia de su vegetación y la viveza de colores de su espléndido sol. La baña el mar Pacífico, que muere a sus pies en abiertos arenales, sombreados de palmeras. Tiene en la bahía preciosas islas, que son deliciosos rincones paradisiacos. Sus contornos conocen de todos los celajes románticos, al romperse el día y al cerrarse la noche. El cielo es azul. Perfumado el ambiente.

La historia es de lo más rica. Bolívar soñó que Panamá fuera la Capital del mundo; y en esta soberbia preocupación, reunió en la Capital istmeña un congreso, cuyo memorable centenario acaba de celebrarse, y que ha vuelto a fijar la atención de las naciones sobre el glorioso destino de Panamá.

De la colonia se conservan primorosos relicarios, que el tiempo respeta con amor paternal; y allí un tesoro, en una pequeñísima capilla, cuya riqueza deriva de su antigüedad y de su arte admirable.

La civilización moderna le ha colmado de cuanto ha menester una ciudad de primer orden para estar a la altura de su puesto. Y allí hoteles, clubs, paseos, teatros, universidades, escuelas, periódicos, como los hay en las capitales de los grandes países.

Y en medio de todo, una sociedad cultísima, un ambiente hospitalario y cosmopolita, un medio que se le adentra al espíritu como un remanso de cariño, del que no se ha de olvidar nunca.

En este medio evocador y evocativo, pasé días de gratísima hospitalidad, colmada de atenciones oficiales y particulares, y distinguida por la bella amiga, Mérida Boyd, de quien me despediría allí, para seguir a mi país.

Para el Capitán Colón Eloy Alfaro, nuestro Ministro, que tanto afecto pone en servir a sus compatriotas, no tengo sino palabras de imperecedera gratitud. En su compañía, conocí todo lo que hay que admirar y conocer en Panamá, así como en la Zona del Canal, aprovechando de las relaciones e influencias que él tiene en ese país.

Con mis compatriotas; el Dr. Carlos Puig, quien dirige un importante periódico, y su distinguida familia, natural de allí; con los directores de la "Estrella de Panamá", y la intelectualidad panameña, disfruté, igualmente, de las consideraciones que me prodigaron.

¡Cómo se quiere a la patria cuando se está ausente! ¡Cómo todas las reuniones de los ecuatorianos, se concretaban a hacer de ellas un motivo para evocar el país, para celebrar sus triunfos, o dolerse, en la intimidad, de sus contratiempos! ¡Cuánto amor se sabe poner en todo lo que tiene o dice algo de la patria!

¡Así me explico los días inolvidables que me hicieron pasar, superándose los unos a los otros en sus atenciones!

Yo correspondo a esa deferencia suya; y por eso hago un paréntesis a mis aptitudes: y sin tener ninguna que excuse el que entregue a la luz pública un libro, no vacilo en reunir mis recuerdos, y sin reparar en su mala forma, los ofrezco como un retorno de las múltiples finezas recibidas.

En Panamá hay un sincero cariño para el Ecuador. Siempre lo ha habido, pero ahora es mucho más intenso y significativo. Los ecuatorianos son en Panamá forasteros a quienes no se trata como a tales, sino como a los propios connacionales. Ocupan elevada posición todos, en la sociedad, en las letras, en la enseñanza, en el periodismo, en las industrias y artes.

El Ministro del Ecuador, Capitán Colón Eloy Alfaro, ha contribuido, sin duda, con su exquisitez, su tradicional afabilidad, su sencillez, sus vinculaciones de familia, y el enorme respeto y veneración que hay por su padre el General Eloy Alfaro, a intensificar estas relaciones que hoy día son excelentes, sin paralelo con los demás países.

El cosmopolitismo de esta hermosísima ciudad no ha apagado sus sentimientos hispano-americanistas; viendo en cada país de la América un hermano, ligado a la República del Istmo por un común destino.

Se ha hecho honor a los grandes hombres de América, como a los grandes benefactores del País; y regios monumentos recuerdan sus acciones generosas o los merecimientos que les ha hecho acreedores al honor de perpetuar su memoria en mármoles y bronce.

Para el Ecuador debe ser motivo de orgullo saber que hay un hombre ilustre, que ha sido digno de esta conmemoración; y es el General Eloy Alfaro, de quien se levanta un busto, como un homenaje que Panamá rinde al gran reformador ecuatoriano, quien vivió allá sus proscipciones y fundó también un hogar con una de las matronas de más timbres del Istmo.



HONORES Y BOHEMIA

Indispuesta de la salud como estaba, el tiempo me fué estrecho para asistir a tantos compromisos sociales como los que se organizaron en mi honor; así como para regalarme, todo lo que hubiera deseado con la admiración de los lugares históricos y bellos de Panamá.

Pero al partir, tuve la sensación de que dejaba tierra propia, y en ella un pedazo de mi alma.

HOMENAJE AL GENERAL ELOY ALFARO

Pasar por Panamá sin rendirle un tributo fervoroso de admiración al gran reformador ecuatoriano, General Eloy Alfaro, es algo que no podría hacerlo persona alguna que conozca los inmensos beneficios que la patria le debe a uno de los hijos más preclaros de esta tierra.

El tiempo, que es el purificador de todo, se ha encargado sin esfuerzos de hacer más fúlgida, en el cielo de los verdaderos valores nacionales, la memoria del ínclito General Eloy Alfaro, cuyo recuerdo se agiganta cada día, hasta llegar a las proporciones continentales en que está colocado, no únicamente como un grande hombre del Ecuador, sino como uno de los hombres guías de Hispano-América en las conquistas del civismo.

Y en circunstancias en que su país deja los odios y rencores nacidos al calor de la política militante, para sólo apre-

ciar en el General Eloy Alfaro, al hombre que se consagró por entero a las luchas por el triunfo de ideas más en armonía con la libertad y el derecho de estos pueblos, aquellas naciones que un día hospedaron al ilustre proscrito y recibieron de su virtud lecciones, y consejos de su noble experiencia, se han apresurado a honrar su memoria y perpetuarla en monumentos que sean testigos del fervor que se ha puesto en la valorización de su gloriosa figura.

Entre los países que tal acto de merecida justicia han hecho con el que la posteridad llama el Viejo Luchador, simbolizando la voluntad más firme al servicio de las causas justas, y que tanto obligan al Ecuador, están Cuba y Panamá, con sendos monumentos en la Habana y la Capital del Istmo.

Cuba ha querido exteriorizar su gratitud por el mandatario que en todos los momentos que el pueblo mártir hubo necesidad de un apoyo moral por la libertad de la hermosa isla antillana, en donde al fin floreció la independencia abonada con la sangre inmortal del poeta José Martí, supo prestarlo sin rodeos, siendo de un trascendental valor, la comunicación que dirigió a la Reina de España, rogando, el primero, sin debilidad, como debía hacerlo, por la libertad y la autonomía de Cuba.

La Perla del Caribe ha erigido un busto a la memoria del estadista ecuatoriano, que armoniza noblemente con la de los patriotas de Cuba, el inmortal José Martí y el denodado y glorioso Antonio Maceo.

Tampoco al pasar por Cuba, puede dejar de hacer acto de presencia en el monumento del General Eloy Alfaro.

Panamá ha sido de lo más expresiva en guardar la memoria del adalid de la nación hermana.

En uno de los lugares más llamativos de la ciudad, se alza el monumento al Viejo Luchador, que es un busto, en el cual se destacan los rasgos enérgicos que han sido los distintivos de este grande hombre.

La circunstancia de ser uno de sus hijos, el Capitán Colón Eloy Alfaro, el Ministro de mi País en Panamá; y haber sido objeto, de su parte, de las más delicadas y oportunas atenciones, si no otros motivos de más fuerza, como el de la devoción que le debemos a los varones ilustres, determinaron a que en mi corta permanencia en la primorosa Capital istmeña, le dedicara un día a rendirle pleito homenaje al General Eloy Alfaro.

En compañía de la colonia ecuatoriana, compuesta, como ya creo haberlo dicho, de elementos que honran a su país en las distintas actividades que desempeñan en la nación hermana, y con algunas otras personas más, que quisieron asociarse a la manifestación al benemérito General Alfaro, fuimos al lugar donde se alza su monumento, a depositar una ofrenda floral y a evocar su recuerdo, tan lleno de hazañas generosas, de actos de valor indomable, de ejemplos de hombría de bien y de condiciones superiores, como las que le han hecho acreedor en todas partes a la admiración sincera y justiciera.

Aquel en que depositamos una corona de flores en el monumento del esclarecido compatriota, fué un acto pleno de emoción. Estábamos ausentes de la patria, pero la sentíamos, como nunca, cerca de nosotros. Es el milagro de desdoblamiento que se experimenta en presencia de algo en verdad evoca-

tivo. Y el General Alfaro evocaba en nuestro espíritu la historia viva del Ecuador.

Habríamos querido pronunciar algunas frases entonces; pero era tan sincero y solemne el acto, que el silencio admirativo, la reconcentración en nosotros mismos, fué el mejor elogio que podíamos tener para este grande hombre.

De regreso de esta peregrinación patriótica, el Ecuador se nos ofrecía a la vista plétórico de porvenir, porque la memoria del General Alfaro toma relieves únicos en estos momentos, y hay una juventud vigorosa que se levanta y que sabrá encarnar los merecimientos indiscutibles del gran reformador.

Fué el último deber que cumplí, antes de abandonar Panamá, de regreso para mi tierra amada.

XXVI

CIUDADES DE LUZ

El viajero que, saliendo del Ecuador, llega a Panamá, visita la Habana, recorre algunas ciudades de los Estados Unidos, experimenta una sensación maravillosa con el espectáculo que ofrecen estas ciudades, materialmente encendidas, con gracia y arte, en paseos, calles, vitrinas de almacenes, teatros, edificios públicos y lugares especiales de anuncios importantes, donde la técnica eléctrica, con un gusto admirable, se esfuerza por enriquecer los atractivos de la ciudad, al propio tiempo que por brindar brillantes oportunidades para la propaganda, en forma tan eficaz y sugestiva como no podría lograrse por medio otro alguno.

Conversando sobre el particular con personas que han viajado por otros países, me decían que nada había comparable en este sentido a New York y París, ciudades de luz, donde se ha valorizado la incuestionable importancia del anuncio eléctrico, que además pone una nota de celestial fantasía en el ambiente nocturno de estas grandes urbes.

Sin haber conocido las dos fabulosas y embrujadoras metrópolis arriba nombradas, sé decir que basta con un recorrido por las calles de Panamá, Habana y ciudades de la Florida, para apreciar el valor y el desarrollo prodigioso que ha tomado la electricidad en los últimos años y la capacidad creadora que ofrece como un complemento de las industrias, del comercio, del ornato público y del anuncio en general, aparte de los servicios que desempeña en la vida doméstica, en cuyo terreno la electricidad lo ha abarcado todo.

Un recorrido nocturno en estas ciudades por los almacenes y las calles donde se hallan ubicados los teatros y centros de divertimento, es algo inolvidable. Del arreglo de los escaparates y las grandes vitrinas de los almacenes, y por lo común de todas las tiendas, se ha hecho un arte especial, del que es parte principalísima la disposición y el concurso de la electricidad. Se trata de algo perfecto, que uno añora, en tierras lejanas, en otras naciones, para su propio país, donde la incertidumbre general ha pospuesto a otras formas menos decisivas y más dispendiosas, el aprovechamiento de la fuerza eléctrica, contando, sin embargo, como contamos, con una empresa perfectamente preparada y capacitada para darle a este ramo impulsos tan importantes como los que empresas de las cuales la del Ecuador forma parte,—“Compañía Panameña de Fuerza y Luz”, “Compañía Cubana de Electricidad” y “Florida Power & Light Co.”, que funcionan en las ciudades que por fortuna me fué dado conocer en mi viaje a Miami—lo han hecho en breve tiempo y con resultados admirables para su embellecimiento.

En la ciudad de Panamá, el comercio permanece abierto en muchos sectores durante la noche; y no se sabe qué admirar más, si el golpe de vista espléndido que ofrece este afán.

inextinguible de trabajo, aprovechando de las constantes visitas del turismo, que sólo permanece en tierra unas horas para continuar su itinerario de viaje, o la soberbia disposición del alumbrado, que es la atracción de nacionales y extranjeros, pues que, como lo he dicho, uno de los paseos favoritos del público, es el de salir a recorrer almacenes y vitrinas, gozando de la delectación que se ha puesto en la exhibición de sus mejores artículos, realzados por una incomparable riqueza de alumbrado eléctrico.

Esta forma de exposiciones permanentes es todavía desconocida en nuestro país; y es, en verdad una lástima, que Guayaquil, que cuenta con todos los requisitos para hacerlo, por lo menos en los sectores comerciales, no se haya anticipado a adoptar tales sistemas de propaganda, en la seguridad de cosechar resultados inmejorables.

Contamos con una Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica como lo es la Empresa Eléctrica del Ecuador Inc.", que está admirablemente capacitada para colaborar con el anunciador y el comerciante a fin de que las inversiones que hagan en alumbrado eléctrico con tales propósitos, se hallen en relación a los rendimientos que les reporte, al igual de lo que sus empresas afiliadas o asociadas de Panamá, Habana y Florida lo hacen, con un enorme empeño de embellecimiento y de progreso.

Almacenes como el que ha abierto, por ejemplo, en el Bulevard 9 de Octubre, J. Ricardo Gabela, el gran sastre ecuatoriano, son corrientes en las ciudades que visité. Su iluminación es profusa, generalmente permanecen abiertos toda la noche, y significan, desde luego, una notable contribución a la alegría y al ornato de la urbe, a lo cual está obligado el co-

mercio, dado que de las ciudades depende su existencia y prosperidad.

En la Habana, los sistemas de alumbrado comercial son todavía mucho más hermosos. Casas anunciadoras hay que han llegado a la perfección en esto de presentar curiosidades: juegos de luces que simulan bailes, gramófonos, surtidores, hilanderías, ruedas giratorias; combinaciones de colores que por sí solas bastan para entretener a la población; anuncios corridos de lectura, etc. etc.

La riqueza de la Habana lo permite, desde luego; pero ello no quiere decir que Guayaquil no está en capacidad de hacerlo. Panamá es mucho más pequeña que nuestra ciudad y sus recursos quizá mucho menores, y sin embargo, la contribución del comercio en el ornato público es de consideración, a juzgar por el gusto con que se sirve del alumbrado eléctrico para substituir las maravillas de la luz solar con las maravillas de la luz eléctrica, obra del ingenio humano.

Admirando todo esto, que tan gratamente me impresionó; y conociendo, por la vecindad en que estoy, las fábricas de la "Empresa Eléctrica del Ecuador Inc.", que según supe eran asociadas o dependían de una misma casa central con las empresas de Panamá, Habana y Florida, recordaba el poco uso que en Guayaquil se hace de un servicio tan completo y necesario, habiendo, como hay, una empresa con la cual se puede lograr el más decisivo contingente para la expansión comercial y el ornato público en el aprovechamiento de sus notables recursos eléctricos y organización.

En ocasión en que ya de regreso a Guayaquil, conversaba con un viajero respecto a la impresión que me habían causado

las ciudades que conocí durante el paseo a Miami, le dije que el de ser éstas ciudades de luz.

—¿Por lo que tienen de parecidas con Guayaquil en lo maravilloso de su sol?, me preguntó.

—No únicamente por eso. Es porque son ciudades envueltas en luz día y noche, por el sol y por la riqueza de su alumbrado eléctrico.

—¡Ah!... Y si conociera Ud. Broadway, la Rue de la Paix, Picadilly Circus. La electricidad ha hecho prodigios por superarse a todos los caprichos y gustos, a pesar de que en estas ciudades la fuerza eléctrica es sumamente cara! Qué almacenes! ¡Qué forma de propaganda! ¡Qué lujo de exhibición en teatros, hoteles y lugares de divertimento!

—Juzgando por lo poco que he visto, puedo deducir lo que eso será. ¡Como Guayaquil se incorporara en las mismas corrientes!

—Pero Guayaquil ha mejorado notablemente. Poco a poco se irá dando cuenta de la necesidad de modernizar sus servicios de propaganda; y entonces Ud. verá los progresos que alcanza aprovechando de la eficiencia de la Empresa que tiene ahora el alumbrado eléctrico.

—¡Ojalá lo haga!

En verdad, quien ha visto lo que es el aprovechamiento del servicio eléctrico en otras partes, no puede pensar de otra manera; y yo ambiciono para Guayaquil algo parecido.



XXVII

LA ILUSION DEL REGRESO

Otra vez el Mar Pacífico que me vió partir y supo de las nostalgias con que me alejaba de la Patria; está azul, como mis ilusiones por regresar al seno del hogar y volver a gozar de mis viejos amigos y bañarme en la luz del diáfano cielo de mi Guayaquil querido.

Si bello es ausentarse del País, con sed de otros mundos, bajo la dulce presión del encanto de conocer otras ciudades, más bello, sin comparación, es aproximarse a las costas amadas, donde está el calor de los suyos, y todo respira amor y afecto.

Cada nudo que recorría el "Targis", era como la cuenta de un rosario en la oración de placer que elevaba en aras del retorno a la Patria ausente.

Nada comparable a ello. Todo me parecía un sueño, un sueño íntimo que tardaba en realizarse, con ser veloz el an-

dar de la nave, que se esforzaba por aligerar la marcha interpretando mis deseos.

Pronto estuvo el "Targis" en comunicación con naves amigas, que surcaban por iguales rutas; pronto recibí también el primer mensaje de mi tierra, tratando de informarse del día y hora de la entrada del buque en Guayaquil; pronto llegó, así mismo, un radiotelegrama de mi madre, que me esperaba en Puná, justamente en el mismo lugar donde semanas antes nos habíamos dicho adiós, separándonos por primera vez.

La mañana en que divisé las primeras costas del Ecuador, sentí como que renacía a la vida.

Muy feliz había sido en todos los momentos del viaje. Feliz en las fiestas de Miami; feliz en las breves aventuras que siguieron al concurso; feliz con las atenciones que recibí en Panamá, Habana y ciudades de Florida; pero como lo era en los momentos de sentirme a las puertas de mi País, cuyo nombre había paseado con fruición de enamorada, consciente de lo que es el amor de una Patria que vale tanto, que está llamada a tan gran porvenir, madre de hombres ilustres: cuna de Olmedo, de Rocafuerte, de Alfaro, de Juan Montalvo, de León Mera; panteón glorioso donde reposan los restos del Gran Mariscal de Ayacucho; altar donde se venera a los héroes, entre los cuales Abdón Calderón no tiene paralelo en la historia del sacrificio y del heroísmo; como lo era en esos momentos, digo, no hay palabras para ponderarlo.

Se agolpaba la sangre a mi cabeza, ardía en llamas mi corazón, más rauda que las gaviotas que venían a nuestro encuentro, volaba mi fantasía con mensajes heráldicos para el

pueblo que fué tan gentil en aclamarme, para la sociedad que fué tan benevolente en colmarme de finezas.

¡Y por fin el minuto feliz!

Puná se arropaba en los arreboles de la tarde, cuando entró el "Targis" en la rada.

Emoción como la de la llegada no la habré de volver a experimentar nunca más.

Allí mi madre. Allí unos amigos.

Afecto como el de entonces, rompiéndose en besos y abrazos de felicidad, tampoco habré de experimentarlo otra vez.

Con la primera marea, la esbelta nave emprendió la remontada del río.

De un lado y otro la vegetación de mi tierra me embriagaba con su perfume.

Era la más hermosa entrada triunfal, en medio de verdes palmeras y mangles tupidos.

Todo me hablaba al oído de algo propio, eso que enterneció al poeta cuando dijo:

La tierra donde se nace
es la que nunca se olvida,
otras podrán ser mejores,
pero mi tierra es la mía.

Y Guayaquil, como un enjambre de palomas, águilas y cóndores, se destacó a mi vista, relucientes sus bellos plumajes por la luz que se derramaba a torrentes.

¡Y, oh felicidad infinita! ¡El pueblo que me vió partir, igualmente en una manifestación grandiosa, que no pudo menos de empapar mis ojos en lágrimas y colmar de dicha mi corazón!

Por esta sinceridad excepcional; este apasionamiento íntimo; esta hidalguía única; este calor y este afecto, Guayaquil será siempre lo que ha sido; arteria vital de la Patria.

